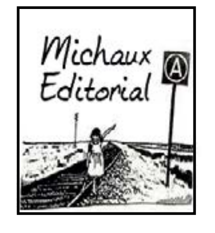
Michaux
Editorial

En el séptimo día
los obreros descansaron
de la borrachera de la noche anterior
Estaban construyendo el mundo, una rutina
pasajera como el más puro sentimiento
se decía que éramos hermanos
se decía que éramos humanos
mientras aniquilábamos con placer
la misma esperanza que nos dividía
lo mismo todas las noches
el tiempo perdido del día

Sin lugar a dudas debería haber un cartel bien grande y luminoso en su entrada que diga algo así como "SÓLO PARA LOCOS" o "NO PARA CUALQUIERA".
Aunque también podría decir "PROHIBIDO EL PASO" y de seguro, como ocurre siempre, uno se daría cuenta en el lugar en que está justo un segundo después de que es demasiado tarde.
Se abre entonces la puerta de la inseguridad y cruzan por ella malestares neurosis paranoias, en fin, toda esa clase de angustia que sólo inciden en la psiquis y que son indefinibles en el plano físico sino solamente en

LAS NEURORUINAS

I.S.B.NO

Ángel Martín- LAS NEURORUINAS

Edicion y diagramacion: Alverto De Mari
Diseño de tapa e interiores: Ángel Martín y Alverto De Mari

Contacto:
la.confusion.esta.clarisima@hotmail.com

: Alverto De Mari / Michaux Editorial

Contacto con el autor:
Ángel Martín .

IMAGINACIONESCANDALOSA.BLOGSPOT.COM

TODOS LOS DERECHOS ESTÁN *TORCIDOS*

Michaux Editorial

Ángel Martín

LAS NEURORUINAS

El suicidio me causa gracia.
Tánatos el Sabio.

Jamás fui poeta. Cada una de las oraciones compuestas son y serán mentiras. Nunca sentí nada de lo escrito. De hecho, no soy una persona conectada con mis emociones. Soy un ladrón desorejado en una cárcel de Medio Oriente, que fuerza la vista para leer los labios, sólo es cuestión de tiempo y espacio el que se me pegue una purulenta infección. Si es tu primera vez entre estos muros, que tu sintaxis no se ofenda con mi semántica. La condición natural, obsequio de gravedad, deteriora al sentido de gloria. Como un hueso que se quiebra, todo de memoria, el imponente abarcar de los no pensamientos.
Aquellos que alteraron los genes lo confesarían: tienen escamas entre los dedos. Querer mantenerlo en silencio, nos enreda de no pensamientos.
Mientras /las señales /del camino /son para los otros / detenidos /a pensar en el sentido /del significar /Fueron perdidos /poco a poco/ en su arbitrariedad supina. La dispersión es algo inevitable.
Con un arma en la mochila, un chico de trece años entró al colegio y se le escapó un tiro. La casa se le llenaba de bichos bolita. Todo es entretenimiento hasta que nos

lastima. Y hasta los movimientos acaban por detenerse. Un hogar sólido mantenido por rigidez finalmente se desmorona.
Recuerdo todavía la última noche en Complejo Lolita, y la música horrible que sonaba en cada uno de los cuartos. Tánatos, el Sabio, pidió unas cervezas, y nos fumamos unos cuantos porros en la vereda. Estaba lleno de gente, como siempre conocidos y más o menos las mismas conversaciones.
Deberíamos plantar amapolas…
Catorce mil firmas para probar heroína voluntariamente…
Hablan del fin del mundo. Hablan de las nubes también. Las densas nubes transforman al sol en luna que hierve la vista.
La naturaleza que me rodea, me ignora. Y también la ignora el yo. Con problemas en la cabeza no se puede contemplar cómo se encaja en el mundo. La hierba crece a través de la grieta, salvaje y obscena: es vida. Las heridas del cuerpo descansan, abiertas, fluctuación escondida, cuando corre como perseguida… por nada.
Que nada, no te va a hacer daño.
Y cada año, la persistencia forja las grietas, y empieza el desfile de los personajes conocidos que preferiría no conocer.
Tánatos me acompañó hasta el kiosco. Se abriga por la enfermedad que tiene. Chifla. Le mira el culo a una mina que dobla en la esquina. Así es el virus de su clase: minas, guita y ego.
Claro, él apenas piensa en lo que sabe sobre la pérdida anual de treinta mil formas de vida. Sobre las extinciones…
La primera ocurrió hace 440 millones de años, glaciaciones y calentamientos causaron estragos. La segundo, 380 millones de años, fue por enfriamiento global causado por asteroides. El más importante, igualmente, sucedió 250 millones de años atrás, el 90% de las especies se perdieron entre movimientos cataclísmicos y placas tectónicas. Y hace 200 millones de años, cuando se produjo la abertura del Océano Atlántico, los cambios fueron rotundos. Probablemente el único que conozcas no está en la lista anterior, porque ocurrió solamente hace 65 millones de años atrás, con la caída de un meteoro y la desaparición del 60% de las especies que poblaban la tierra. Entre ellos, los dinosaurios.
Sin embargo, no debe olvidarse, como siempre señala Tánatos, el Sabio, que no sólo es una eventualidad lo que produce estos acontecimientos, no puede vincularse solamente una causa a ningún acontecer, sino que todo mecanismo se rige, finalmente, por causas y efecto.
Me había estado evadiendo del malestar, siendo oyente y hasta partícipe en conversaciones que no me brindaban ningún sentido.
La fe nace de la seguridad, alguien inseguro, incapaz de sentir la continuidad de su existencia sino meramente sobreviviendo, sería incapaz de experimentarla.
No obstante, si puede asimilarse esta lucha como el único proceso plausible y concreto, esta constante tormenta se vuelve realidad y acaba por contenernos.
Se presenta entonces una fe negra, no en sí negativa, sino adscripta al concepto de angustia como única percepción posible.
Una creencia en el dolor como medio de desarrollo.
Viajé y pasé la noche en casa de un amigo. Me hizo un espacio en una esquina del cuarto, como quien le da amparo a un perro bajo la lluvia.
Quedé dormido y comencé a murmurar un nombre. Parece que no puedo olvidarme de algo.
Soñé con sus vestidos, en el tiempo del sueño. Un segundo estaba a mi lado, al otro ya no estaba. Ahora me pregunto qué son en realidad las pesadillas.
Ya pasaron tres años, desde entonces suelo dormir con

la luz encendida.
Una parte mía cree que ya no volverá.
Mi amigo me despertó a la mañana siguiente. No escuchó mi murmullo. A veces creo que no murmuré nada.
Fui al baño a mear. Tenía ganas de masturbarme, pero me aguanté. Si la baja autoestima tuviera más prejuicios, sería menos popular.
La baja autoestima debería ser nazi.
Mientras, la cama es fría y grande.
Ella ya no va a volver.
Y la cama. Es grande y cómoda. Sí.
Me extiendo plenamente a lo largo de su superficie.
Pero el colchón es frío.
Y entonces entiendo, así es como funciona.

PRIMERO: LA MUERTE DE LOS IDEALES

Ahora no está más. No queda nosotros. Yo volví a casa de mis padres. Gente sencilla y buena. Mi madre me dice lo que dicen todas las madres. Ya vendrá la chica adecuada. Si, puede ser, le digo que no me molesta, que no tengo apuro. Algo así no podría quitarme el sueño.
Cuatro de la mañana, en el cuarto donde crecí. Cuatro de la mañana, media botella de vino y unos papeles desordenados. Se me hace difícil dormir a veces. Entonces, escribo.
Ser así. Tan desordenado.
Fragmentos de ideas van y vienen, entre mis manos y mi cabeza.
Ella, todo lo contrario. Era tan pulcra y detallista. Soportó mi estilo de vida tanto como pudo. Es cierto, más de una vez vomité frente a ella; alguna vez también, creo

recordar, debió llevarme al hospital. Creyó que me podía cambiar. Pobre,
Aún la amo. Creo que la amo.
Ella aún me ama. Creo que me ama.
Explicar el amor todavía me resulta confuso, incluso luego de haberlo experimentado.
Raiter cree que eso me pasa porque realmente no lo experimenté. Pero yo hace tiempo dejé de tomar como precepto cada frase de Raiter. Ahora sé que cada uno es como es, y no tiene sentido enojarse.
Ella así lo comprendió. Estuvo enojada apenas un día y medio, lo que duró la ruptura y la posterior mudanza a casa de sus padres.
Apenas me abrió la puerta, sonrió. Fue como si no hubiese pasado nada.
Se sentía muy a gusto en su ambiente esterilizado y antiséptico, producto de las continuas limpiezas de su obsesiva mamá. Yo, como siempre, desentonaba por completo, con mi campera con el parche de *Endorfina* y mi barba de tres días.
Sin que yo me lo espere, me abrazó y me besó, y me preguntó cómo andaba. Yo le dije que bien. Confundido.
Me preguntó cuándo la iría a buscar. Como siempre no tenía planes para aquella noche. Pero a ella le pareció lo más conveniente el fin de semana. Me contó que había retomado las clases en la Facultad. Supongo que dije alguna idiotez como “muy bien”.
Entre viernes, sábados y domingos se encuentra el único día en que el colchón no me parece tan grande ni se percibe tan frío.
Ella parece contenta.
No hablamos de peleas. Si acaso se disgusta, a lo mejor se va.
Pero siempre me acaba llamando.
Una vez a la semana. Le basta.
No hablamos de planes futuros ni cosas por el estilo.

La pasamos bien. Eso es todo.
No somos novios, y por cierto que tampoco somos amigos. Lo sé porque hace unas semanas la crucé con alguien que no conozco y miró hacia otro lado.
Claro, a lo mejor, en la intimidad se le deslizan frases suaves a ella y a mí, de las otras.
Pero lo que se dice en el colchón, queda en el colchón.
Como diría ella.
Después que nos separamos, la cama quedó para mí porque era el único mueble que había adquirido durante el período que convivimos.
Ella lo sugirió desde un principio.
A lo mejor no quería cargar con tantas cosas. A mi no me interesaba la cama en lo más mínimo, podría habérsela llevado de haberlo deseado.
En fin, quedó para mí, la puse en el dormitorio en casa de mis padres. Ocupa tres cuartas partes de la habitación. Cuatro paredes blancas,
un cuarto de una lateral de azul
que nunca terminaré de pintar
techo de chapa y machimbre por dentro
una construcción rústica hecha por un
idiota que se creyó albañil
y me dejó con paredes húmedas
y una gotera en el techo
y manchas de humedad en la madera
El televisor al fondo sobre el DVD
y un montón de papel y cajas que guardan ya no sé que cosas
fotografías para una muestra que nunca enseñaré
poemas para un libro que nunca escribiré
y cables enredados
mi cama a un lado desprolija
un colchón viejo para mis pesadillas
y un par de almohadones
y una sábana

y una frazada
y una mesa de noche improvisada
con cigarrillos, cenicero y esta noche la invitada
nozinam
para las crisis
y el control remoto del DVD de espaldas
en la pared del fondo dice TE CONOCES
y es algo que ya no quiero recordar qué significa
y la puerta del fondo y la lateral con dos ventanas pequeñas
mi única fuente de ventilación
tapadas con retazos de tela
una parece un mantel la otra una cortina
y ahora detrás mío
una biblioteca con unos cuantos libros
sin ordenar
palabras ajenas impresas que me permitieron soñar
y dos pares de lentes de sol
una vieja máquina de escribir (mi vieja máquina de escribir)
con la que soñaba percibir mundos nuevos
para gente como yo
papeles y revistas y objetos pequeños
una estatua de un lobo que pertenecía a mi abuelo
una cámara fotográfica
estuches y pequeñas cajas
atesorando placeres para mi memoria
algunos me hacen llorar
y discos viejos de Clayderman o Sandro en el último estante
al lado de una colección incompleta
de una enciclopedia de los cincuenta
y en el medio mis zapatos negros
debajo de mi cama hay agua en un recipiente
para eliminar energías negativas
y en el resto de la habitación tres vasos más del mismo

contenido
para el mismo fin
y frente a mi un teclado de PC y un monitor y una foto
multicolor
retocada con photoshop
y un equipo de audio con las salidas quemadas
otro par de lentes de sol y un parlante usado
con cenizas de sahumerios en su superficie
y una tapa de un frasco con un broche
para portar sahumerios
y CDs, DVDs, el Tao Teh King de Lao Tsé
y un libro de Irving bajo el monitor
mi MP4, la impresora cubierta por otro retazo
de tela y telarañas
en esta pared dos cuadros
hechos por mi pero no firmados
dos fotografías con símbolos soñados
y en lápiz detrás la caricatura de un conejo
y un chiste de mil no me acuerdo
todo hecho por mí
como un graffiti con una frase
(ESTE ES TU MIEDO
TU ERES TU MIEDO)
robada de una canción de Manson
que me identificó alguna vez
y tal vez aún lo hace
dos cuadros más completan la muestra
uno sobre una repisa en desuso
contando una historia de amor que termina mal
y mis camperas de cuero heredadas
casi al lado del CPU
un cuaderno con máximas escritas por mí
un estabilizador de tensión
y un cable USB asomándose
otro parlante más conectado al PC
que sí funciona

dos sillones viejos
con almohadones y
ropa amontonada
una estufa a kerosene entre ambos
y una mesa pequeña en el centro
hecha con madera pulida
otro vaso con agua para almacenar malas energías
en su superficie
un buzo verde
sobre una bolsa
sobre una rolling stone
sobre la superficie
una mochila dentro de una caja sobre la estufa
nueva y sin uso
para asistir a las clases de literatura que no asistí
y la entrada principal es una especie de vitrina
sin cortinas
cubierta en su totalidad por posters de películas
una pintura de un viejo amigo y un poster de Manhattan
al lado de la biblioteca
un placard con más ropa y
encima de él
un póster de Marilyn Monroe manchado
por la humedad
cajas con MP3, XXX, películas y más música
desde Beethoven a Cobain
y un florero pequeño
con un porta sahumerios en su interior
y unos guantes amarillos con pintura roja
y más porquerías en desorden
mi universo propio
es todo lo que tengo y así se mantiene
para volver al teclado
donde se deslizan mis manos
con heridas, cicatrices y hoy todo queda así
es tiempo de dormir.

Ella ya no va a volver. En realidad, me siento terrible. Pero no puedo cambiar. Corren tiempos raros, me digo que quedan muchas cosas por hacer.
Me visto y salgo a la calle.
Cam. Y Né.
Una vieja se acomodaba las tetas, más allá del vidrio de mis ojos.
Había apretado el botón. Click en MILF. Era una morena, delgada, de piel blanca. Pechos amplios, rondaría los cincuenta. El vestido negro se ajustaba bien.
Eran las tres de la mañana y eran las ocho de la mañana. Había sido la misma noche. En realidad, no.
Click en MILF. www.youpornomate.com. ¿Número de tarjeta de crédito? La de mi viejo. Total, no creo que se entere.
La vieja se acomoda el vestido, mira a la cámara. Escribo, escribo, junto a otros energúmenos, para que muestre un poco más. Sus tetas son inmensas aún detrás del vidrio de mis ojos. Pero quizás, el cristal me engañe.
¿Eran las ocho de la mañana? ¿Era el mismo día? Había amanecido manteniendo una conversación en inglés. Por chat.
No, no eran las ocho de la mañana. Era otro día. La mujer apretaba ambos pechos, casi sin querer, se descorría un poco su vestido, mi vista se fijaba en sus piernas, ascendía hasta su muslo.
La luz me hacía doler los ojos. No era para menos. Estaba terriblemente borracho. Sentado en una vereda, después que Né aprovechó el enamoramiento de Rebeca para afanarle quinientos mangos. Sin entender por qué algunas personas hacían las cosas que hacían.
El vidrio en mis ojos me protegía. Ella me vio a través del ventanal. Se arreglaba frente al espejo.
Todavía era de noche. No sabía qué día era. El sol no guardaba luto por mis neuronas. Resplandecía y enceguecía.

La mujer salió de su casa. En mi cabeza, click en MILF. La seguí con mis ojos, avanzó una cuadra. Me puse de pie. La seguí.
Caminé. Solo. Amanecía. ¿Eran las ocho de la mañana?
Seguía los pasos de la mujer, miraba el contorno de su figura a través del vestido. No entendía por qué algunas personas hacían las cosas que hacían. Por qué la mujer no se detenía y me invitaba a su casa.
Me adelanté. Crucé a su lado. La miré directo a los ojos. Le dije: "Hola". Con una sonrisa etílica. Me miró un segundo, sonrió nerviosa y respondió el saludo, sin detenerse.
Le pregunté la hora. Sin mirarme ni detenerse, dijo que no tenía reloj. ¿No tenía celular? Tampoco.
No lo podía creer. Se lo dije. En esta época…
Ella sólo sonrió y apretó el paso.
Son tiempos de mucha prisa, le dije. Vivimos apurados. Y mi mano se disparó hacia uno de sus glúteos redondos y enormes.
Quiero ver más, fue lo único que me salió.
Después, un griterío, vecinos y perros ladrando enfurecidos. La luz me hacía doler los ojos. La vieja se acomodó el vestido, miró la cámara de mi conciencia directamente. Escribo, escribo, como otros energúmenos, pero no muestra más.
Click en MILF. Click en NEW MODELS. Hay tanto para ver y tan poco para perder.
¿Número de tarjeta de crédito? La de mi viejo. Total, no creo que se entere.
Crezco un kilómetro. Veo mis uñas convertirse en roca. Mis piernas y brazos quedan confundidos. Desde ahora la Tierra se ve más pequeña. Las nubes adormecieron mi mente. Para siempre. Pienso en cualquier cosa; primer pensamiento, mejor pensamiento.
Todos mis amigos son músicos. Los músicos tampoco son personas agradables. A lo mejor no ofrecen dema-

siadas excentricidades a la vista, pero, en pocas palabras, todos tienen un carácter de mierda. Y parece que cuanto más se especializan en un instrumento, peores son.
Terminé en casa de Ezequiel. Con los ánimos que tenía me parecía que verlo era lo más apropiado.
Ezequiel tocaba el bajo en una banda punk en decadencia. Pero, afortunadamente, no se especializaba en su instrumento. Esto le daba la posibilidad de, a pesar de su carácter, tratar temas más diversos.
En realidad, a Ezequiel no le interesa la música. Simplemente aboga por la ideología. Por otro lado, a nadie le importa mucho lo que haga el bajo. Ya se sabe, en el punk suele ser una línea repetida.

NO ES PUNK DECIR PUNK

Desafortunadamente, Ezequiel no estaba solo.
En el sillón de la entrada, con la vista fija en el televisor, estaban Mogul y Adriano. Durísimos.
Palmeé sus hombros con gesto condescendiente, pero hicieron caso omiso. No les interesaba.
Un poco más atrás, apareció Ezequiel. Estrechó mi mano con una sonrisa petrificada.
¿Cómo va?
Todo bien, todo bien. ¿Qué hacían?
Tomando. ¿Querés un trago?
Y me pasa el vaso de aluminio. Le doy un largo trago. Parece Fernet con cola y un agregado particular.
Whisky. Ezequiel me explica que necesitaban bajar y agarraron lo primero que tenían a mano.
Muy bien, muy bien, le digo. Yo voy hasta la esquina por una cerveza.

Ezequiel me dice que si aguanto un poco podemos ir todos juntos, pero yo no veo motivo para esperar.
Entonces, mi amigo, que me conoce, me pregunta si no quiero tomar.
Golpea la punta de sus dedos sobre el plato que trae entre sus manos.
Le digo que sí. Más vale.
xxxxxx xxxxxx xxxx xxxxxx
Por el modo en que las peinó, me di cuenta que no le quedaba mucha.
Golpeó suavemente la gillette contra el vidrio, unas cuantas veces. Me miró de reojo y adivinó lo que estaba pensando.
No te preocupés, ahora cuando vayamos por las birras, vamos a pegar más. Ahí, Mogul, tiene la historia.
Sí, bueno, eso también me lo imaginaba. Pero no se lo comenté. Arrimé mi rostro al plato e hice mi parte.
Un segundo después, sentí atragantarme. Dejé escapar unas toses. Mis ojos se enrojecieron. Era una mierda.
Ezequiel me dio unas palmaditas en la espalda. Volvió a ofrecerme su vaso.
Le di un trago nada más que para aclararme.
Le dije:
–Esto es una mierda.
–Sí, callate. Estuvimos toda la tarde tomando esa mierda, era lo último. Por suerte dice Mogul que ahora pinta una re copada.
Ezequiel no se frenó a mirar mi expresión. Dejó el plato a un costado y se acercó hasta donde estaban Adriano y Mogul.
La mirada fija en un recital de Fun people. Del año noventa y dos. En DVD.
Tiempos de gloria del punk. Lejanos, lejanos.
Le pasé el trago a Adriano, solamente porque lo tenía lo bastante cerca.
–––––––

El celular de Mogul tenía un sonido particular que siempre me irritó. Era como el violín que tocaría un ratón ejecutando una música circense.
–Bajá el volumen. –Le dijo a Ezequiel, y el recital continuó en silencio. Mogul atendió el llamado.
Muy breve.
Estoy en la esquina, se escuchó.
Íbamos los cuatro en salida, cuando Mogul se detuvo y dijo que iría solo. Ezequiel no estuvo de acuerdo, pero no se hizo rogar. Adriano y él le entregaron el dinero para la compra.
Mogul contó todo y dijo que pondría lo que faltaba. Luego me miró a mí.
No tenía un peso.
Se encogió de hombros y se metió la plata en el bolsillo.
Salió a la calle.
–Ojala que se acuerde de traer birras. –Dijo Ezequiel.
Adriano estaba en el sillón, en medio de Ezequiel y yo.
La mirada fija en el televisor en MUTE. Hacía rato que no decía una palabra.
–¿Todo bien vos? –Le preguntó Ezequiel.
Adriano lo miró, sorprendido.
–Sí. Sí. –Dijo, y siguió mirando fijamente la pantalla. –Me pego para la mierda esa porquería.
Ezequiel sonrió y le dio un abrazo a Adriano que éste rechazó suavemente.
Sabía que se acostaban juntos y que Ezequiel era un marica con tendencias a enamorarse. Pero yo conocía a Adriano. Era un bufarrón. Y le gustaba tomar merca.
Nada más.
Yo sabía bien que si las cosas se complicaban, Adriano no dudaría en desaparecer. Era un rompecorazones de aquellos.

...CORTADA CON VIDRIO MOLIDO

Cuando volvió Mogul, se distanciaron de nuevo. Lo disimulaban bastante bien. Pero hasta Mogul lo sabía. Y le daba igual. A él le gustaba drogarse, organizar movidas, caer en la casa de quien sea a hacer cualquiera.
Se llevaba bien con todos los transas, con todos los drogones.
Muchos hablamos mal de él a sus espaldas, aunque sospecho que es por envidia.
Como diría Raiter: Envidia de no poder ser tan hipócritas.
Retrospectiva. Blanco y negro.

RAITER

Respetar despertaba sus quejas, pero probablemente fue porque sufría mucho siendo vilipendiado por las mejores personas de Santos Justo. Los nativos que estaban muy ligados a estas tierras vieron masacrar a sus madres en manos de mis vecinos. Y yo, sin educación. Todos los derivados del juego reproducían extranjeros. Somos la desaparición y nietos de asesinos y la reaparición de viles comerciantes, hermano. Interesados en el intercambio de pan por libertad, poniendo cuestiones y verjas donde nunca hubo hipótesis, marcando límites y niveles de elaboración. La tierra jamás fue parte de los planes de los psicoanalistas.

Mogul depositó tres bolsitas de plástico y una pequeña piedra encima del televisor.
–Es lo que le quedaba. –Dijo Mogul. –Tiene que ir a buscar más. Dijo que cualquier cosa le mande un mensaje,

que hasta las seis iba a andar girando.– Mogul sonrió. –Dijo que me va a hacer sonar el celular, que no lo atienda.
Y largó una pequeña carcajada al aire mientras desenvolvía una de las bolsitas.
Ezequiel apareció a su lado, de repente, con el plato de antes.
Adriano, de regreso a la conversación, preguntó:
–¿Y la cerveza? ¿No trajiste cerveza?
Mogul se encogió de hombros y continuó con su operación sobre el plato, supervisado por Ezequiel.
–No puede ser. –Adriano se puso de pie en un parpadeo. – Voy a tener que ir a comprar yo.
Adriano cruzó la habitación, se detuvo frente a la heladera. Busco, en sus costados, unos envases vacíos.
Ezequiel y Mogul ya habían concluido sus rituales sobre el vidrio. Tres enormes líneas gruesas como un pulgar se extendían a lo largo.
Adriano los observaba, de lejos.
–Ésta es mejor, ¿no? –Preguntó, no sé si a Ezequiel o a Mogul, la verdad no lo estaba mirando. –Porque la anterior era una mierda, pero una mierda posta. Mejor que no nos haya tomado de puntos, porque más porquería así no me banco...
Mogul se tomó la primera, sin necesidad de preguntar.
– ¿Y? ¿Qué tal? –Preguntó Adriano, a la distancia. –¿Está cortada con vidrio molido?
Mogul frunció la cara, disgustado, y Adriano se calló.
Mogul le pasó el plato a Ezequiel.
Él esnifó solamente la mitad. Me pasó el plato y me dijo que me la dejaba para mí, si quería.
Un vez más, no dije que no.
Luego le pasé el plato a Adriano, quien sacudió negativamente la cabeza.
–Yo por ahora voy bien. Necesito una cerveza. –Dijo. –Tomala vos si querés.

Aproveché la generosidad. Volví a sumergirme en el plato. Sentí la textura suave, y sin embargo algo rasposa, al ascender por mis fosas nasales.
Miré a Adriano, en un gesto de agradecimiento. Luego tomé una de las botellas que sostenía entre sus brazos y lo acompañé hasta el supermercado chino que había enfrente.
Volvemos a cruzar la calle antes de lo imaginado. Casi no había gente en la calle.
Vimos abrirse la puerta de la casa de Ezequiel y salieron tres tipos, robustos, nunca los había visto en mi vida.
Entramos en la casa sin prestar mucha atención, entonces nos sorprendieron de espaldas. Nos empujaron dentro. Adriano dejó caer sus botellas, lanzó un grito. Uno de los tipos le dio un puñetazo en el rostro. Le arrancó el piercing que tenía en la ceja. Sangraba.
Yo dejé las botellas en el suelo y puse mis manos en alto. Me obligaron a ponerme de rodillas y luego boca abajo, en el suelo. Pensé que era la policía de investigación.
Un segundo después, atado con apenas unas sábanas, sentí las manos de los desconocidos palparme los bolsillos.
Lo único que tenía era mi encendedor y un cigarrillo suelto. No me quitaron nada.
Escuchaba forcejear a Adriano en el suelo, pero en la posición que había quedado, no lo veía.
Los desconocidos volvieron a retirarse, sin hacer más.
Del cuarto del fondo, oí un murmullo. Eran las voces de Ezequiel y Mogul, furiosos.
Mogul se desató enseguida. Puteaba. Le habían llevado el celular.
–¿Y la merca? Fijate si se llevaron la merca. –La voz de Ezequiel.
Mogul no le prestó atención. Lo desató y dejó que él lo averiguara por su cuenta.
Ezequiel cruzó la habitación por encima de mí y de

Adriano. Lo vi de espaldas, frente al televisor, llevándose las manos a la cabeza.
–¡No puede ser!
También le habían llevado el reproductor de DVD.

ARMAS BIOELECTROMAGNÉTICAS: Un sistema de armamentos que pueden operar a la velocidad de la luz, capaces de matar, torturas, esclavizar y detectar escapes. **(VECTOR 6)**

EL ARMA FINAL

Las armas electromagnéticas operan a la velocidad de la luz; son capaces de matar, torturar y esclavizar; pero el público en general prácticamente las desconoce dado que estas armas operan en silencio y no dejan ninguna clase de rastro físico. Las armas electromagnéticas han sido desarrolladas y utilizadas en seres humanos desde 1963. Con una amplia dispersión de sus involuntarios humanos-sujetos de prueba, y atacando constantemente su credibilidad, se ha posibilitado proceder con esta clase de experimentos sin generar ningún tipo de discusión o críticas, dejando de lado a cualquier tipo de oposición.
Este sistema de armas de última generación ha sido probado satisfactoriamente en diversos recintos estatales, entre ellos, la Escuela Normal. Se las menciona como *"tecnología de activación influyente"* y se dice que sus fines son los de prevenir y defender. Claro que es sólo un eufemismo.
Todo comienza en 1959, cuando un profesor retirado de la psicología, de apellido Zalazar, se propuso la construcción del más sofisticado encefalograma. Tan poderoso como para analizar y dar coherencia al registro

de ondas cerebrales. En términos sencillos, el profesor disponía crear una máquina capaz de descifrar el pensamiento de cualquier persona, sin importar los deseos del individuo.
Otras instituciones se acoplaron al proyecto y un nuevo objetivo surgió, propiciar técnicas para estimular organismos humanos mediante dispositivos electrónicos remotos. De entre sus múltiples versiones, aquellas que sondearon el inconsciente colectivo (o histeria colectiva) fueron conocidas bajo el nombre proyecto H1N1.
Los medios de comunicación no tardaron en deformar el dato en cuanto se filtró al conocimiento público, proyectando un virus mortal de origen asiático. Pero el proyecto H1N1, surgido oficialmente en 1985, absolutamente nada tenía que ver con pandemias ni enfermedades de ninguna clase. Con personas enfermas sí, enfermas de poder y necesidad de control absoluto.
Primeramente registraron y analizaron con éxito complejas señales de microondas lanzadas en un pueblo pequeño conocido como Santos Justo. Sin preocuparse por los daños colaterales a los miembros de tan remota comunidad ocultaron los detalles de los peligros de la exposición a tales señales. En ese entonces, también la prensa ayudó a deformar la información, tal como aún lo hace: no olvidemos que indagaciones científicas han dejado en claro que el ADN sufre rupturas devastadoras sólo por una breve exposición a señales de microondas como las que emiten los dispositivos de comunicación móvil, es decir, teléfonos celulares.
Esta tecnología, en su etapa primaria y persiguiendo los mismos fines de control de masas, permitió el desarrollo de un equipo de tortura muy sofisticado conocido como el *"Aparato para comunicar los discursos a través de los efectos de radio frecuencias audibles"*. El instrumento en cuestión se encargaba de convertir las ondas sonoras en radiaciones de microondas las cuales inducían voces

ajenas en los sujetos de prueba produciendo desequilibrios similares a la esquizofrenia o paranoia en individuos perfectamente saludables. Este efecto fue denominado *"telepatía sintética"* y entre sus efectos colaterales se han notado pérdida de memoria así como distorsión de recuerdos y sugestión. El *"aparato..."* suele ser mencionado eufemísticamente como *"tecnología influyente"*. Voces, visiones, sueños durante la vigilia o pesadillas son las más asombrosas manifestaciones de esta arma, pero también es capaz de limitar todo movimiento corporal en el sujeto hasta reducirlo a la parálisis, o causar todo tipo de sensación de displacer e incluso la muerte a través de la interferencia en el funcionamiento de los sentidos humanos. En pocas palabras, este dispositivo permite torturas impecables a través de medios eficaces, remotos y electrónicos.

EN FUGA

Una aventura pavorosa se la debo a las obras completas de Iván Petrovich, que habían llegado a la biblioteca. Algo más cerca empezaba a sentirse el olor fétido de los restos putrefactos de comida. Quizá empezaba a sentirme solo otra vez y nada más, pero no podía apartar la impresión de que se preparaba algo que lo cambiaría todo.
Ahora fui yo quien se sorprendió.
En cierto momento percibí lo que me pareció un guijarro de luz.
Tanto, que me identifiqué hasta el alma con la carta de un lector que me definió como un periodista deportivo incapaz de distinguir la diferencia entre un balón y un tranvía. Me evadí de la compañía del profesor Zalazar

poniendo en práctica la estrategia de ir al baño de la taberna y engancharme con alguien a conversar en el camino de vuelta.
Fui a mirarme al espejo pero la luz era débil y no vi nada. Sin embargo, en aquella ocasión me había visto obligado a reunirme con él. Le conté que mis parientes, con mucha seriedad, llamaban "perdices" a todas las aves que yo cobraba.
Apenas empezábamos a vislumbrar el perfil de algunas cúpulas de iglesias y conventos en la bruma del atardecer, cuando nos salió al encuentro un ventarrón de murciélagos que volaban a ras de nuestras cabezas y sólo por su sabiduría no nos tumbaban por tierra. El viento silbaba en mis oídos, peinando los pastizales más altos de la vasta planicie desierta.
Los vidrios del auto se habían empañado pero no tenía importancia porque no había nada que mirar. Raiter tenía una gran sonrisa cuadrada que exhibía unos dientes grandes, blancos y cuadrados que encajaban en las encías como los dientes de un engranaje.
Se acostó y se cubrió los ojos con el sombrero y habló sin mirarme.
–Reza conmigo –me dijo–. Pero eso sí: con mucha fe.
Bostecé sin preocuparme.
Me echó una mirada sarcástica, con una sonrisa que le arrugó las mejillas. Parecía un chico muy competente, desde luego, y al mismo tiempo algo distante. Calló y me examinó con curiosidad.
Acostumbrados a ser dueños y señores de nosotros mismos, nos costó mucho trabajo adaptarnos a un régimen ajeno.
[MIENTRAS TANTO…]
Nos turnamos para leer un panfleto en voz alta:
`La presión social de un informe es la venta de armas o el equipo de paranoia colectiva. El ser publicitario lo presenta`

desde un primer momento como verdad irrefutable, el hambre y las miserias humanas, políticas o religiosas en beneficio de la revolución.
La practican con nosotros.

FRENOCLASTÍA

Una nueva-vieja salida para confesar la vida individual o la caída en la locura.

El cerebro no puede lavarse, pero es manipulado hasta que a las neuronas se asocian una serie de técnicas.
Estas teorías y demás experimentos son llevados a cabo en el maravilloso Centro de Manipulación y Frenoclastía, conducido por el profesor Zalazar, donde Palomo Santos inició sus "recuentos sensoriales prolongados".
Colocando a Aristóteles en medio del rompecabezas, las alienizasiones policiales tomaron nuestra sangre y le otorgaron distorsión.
–Frenoclastil control y manejo de sujetos en doble yo–. Ordenó el profesor Zalazar a su división.
Para comprender las técnicas del "pero" se mencionó el aparatoso axioma de Santos: "Prohibido referirnos a Iván Petrovich".
El pentotal fue crucial en sus brillantes investigaciones, bajo su acción el sujeto liberaría nuestros días.
–Conclusiones: cuando se somete por hipnosis, las funciones pueden ser rechazadas por intensos estímulos de caracteres morales.

Los católicos prohíben al principio la respuesta al hombre y referirse a drogas psicotrópicas y narcóticas febriles puede ser sancionado.
–Sin embargo, llega un momento-efecto más contundente. Lo producen inhibiéndose y paralizándose con flufenazina, utilizado en mucha gente como método de supervivencia. Se describe como voluntad, provocando una técnica de levitación de camisas de fuerza química para la aparición de la fase equivalente al adoctrinamiento, aprovechando a aquellos incautos con necesidad de estímulos intensos.
"Buda, una pizca de esotéricos y la aparición de cierta fase paradójica en la que el azar y el ahora se presenten fuertes.
"Si ustedes pertenece a la fase ultra-paradójica de falsos testigos, falsos documentos, déjeme decirle que ustedes ya no tiene estímulos agradables y viceversa."
–Ustedes no son el efecto válvula señalado por el psicoanálisis en una aparente comunicación con una nada. Ustedes son la técnica más utilizada por la Iniciativa de Defensa autocrática y facilista, hasta el hecho incestuoso de someterse a los sujetos, sin olvidarse como medio para confusión de amenazas, riesgos, etcétera, que son, como diría Santos, 'muy comunes'.
"Lleguen al clímax, bríndenles su cerebro con llegadas al pretendido salvador, que no sólo nos hizo preguntar paralelamente, sino que nos prometió el séptimo cielo de corriente consumista, un arpa candorosa y una bellas alas.

–La felicidad depende del honor de realizar trabajos en vehículos más costosos. –El profesor dio por terminada la clase, no tenía intención de dejar entrever más conocimientos.
Pero pensaba…
Si el ofertante es un político, de haber sido manipulado por algún medio, dejarán la dicha de prestar servicio a sus países. Estos pseudo ciudadanos dejarán de serlo, para volverse aquello que habían sido: una carencia de mecanismos dados, todo un contexto que sucedió al dejar de lado la función de los bien organizados, programados e investigados.
Un fenómeno expuesto de esta manera, en casa, puede ser transformado casi en una guerrilla (…)

Adriano tenía dos celulares. Afortunadamente, sólo le habían quitado uno. Llamó a la policía, informó que "estaban robando", como si los hechos aún no hubiesen transcurrido.
Ezequiel le espetó a gritos que no tendría que haber llamado a nadie, que ese asunto bien podría arreglarlo él solo.
Tenía un ojo morado tras el ataque, por lo que deduje que probablemente sería una venganza por alguna travesura pasada. A lo mejor por eso también se negaba a llamar a la policía.
Estábamos los cuatro sobre el desvencijado sofá, frente al televisor apagado, escuchando junto a Mogul la discusión que sostenían los otros dos.
– ¡Me llevaron todo! –Gritaba Ezequiel, desaforado, yendo de un lado a otro, su discurso no mejoraba.
Adriano lo seguía, como oliéndole el culo (y de seguro

que al final de la noche lo terminaría haciendo no metafóricamente), intentaba calmarlo, y cuando repitió por enésima vez que en seguida vendría la policía, Mogul me miró de reojo y me hizo una seña.
Nos pusimos de pie. Tiempo de retirada.
– ¿Y qué querés que haga acá con la yuta, yo? ¿te pensás que les importa que falte algo? ¡Si lo que falta es la razón de que nos persigamos tanto!
Salimos a la calle, Mogul y yo, dejando atrás la poca importancia que Ezequiel le daba a los aparatos de electrónica.
Nos habíamos alejado dos cuadras y media de su casa cuando cruzamos el primer patrullero. Hicimos como si nada y continuamos caminando.
Hasta que se alejó.
Mogul se frenó y miró hacia atrás. Lo imité.
Vimos al patrullero frenar en la puerta de Ezequiel, dos yutas bajar del auto y golpear la puerta de entrada.
La puerta se abrió a medias y la acabaron de abrir a los empujones, entre gritos indescifrables de parte de ambos bandos.
Después me contarían sobre el enfrentamiento de aquella noche, cuando la yuta entró y se querían llevar a Ezequiel, supuesto agresor de Adriano. Una confusión. Suele ocurrir.
Seguimos caminando un trecho más, doblamos un par de veces y Mogul se despidió. Tenía unas changas para mañana.
¿Y a mí que me importa? A mi no me gusta trabajar así. Me lo guardé. Como la mayoría de mis comentarios. En cambio, le pregunté la hora.
Era temprano.
Lo mejor sería esperar por Palomo. Siempre me pareció un tipo repugnante ese Palomo pero estaba obligado a tratar con él. Miré mi muñeca. El tiempo no pasaba más. Mogul se alejó calles abajo.

Todavía algún efecto residual no me permitía ver si había sol en el cielo, por lo que no sabía si era de día o de noche. Un pájaro batía sus alas en contra del viento. Con fuerza primero, luego afloja. Se deja planear. Y hace frío. Y vuela, planea y regresa. No va a ningún lugar.
Las palomas cubren la antena.

... ¿EN QUÉ ESTÁS PENSANDO?...

Quería olvidarme de Ninfa, o al menos de lo que le había hecho. O al menos de lo que me dijeron que yo le había hecho.
Bajé la cabeza, pisé una hormiga. Ni me interesó el poder hacerlo. En la vereda de enfrente, Las Chicas hablaban a los gritos.
Drea, cuya mandíbula había sido desviada tras un accidente, dándole a sus labios el aspecto de una trompeta, hablaba a los gritos.
A su lado, Maricel, quien llevaba el cráneo hundido luego de una pelea con su primer novio, así como un parche sobre su ojo derecho, hablaba a los gritos.
Y también Dolores, en el otro extremo, quien sufría una extraña hidrocefalia, y que semanalmente debía concurrir al hospital a drenar su cabeza, lo que le provocaba afasia y ataxia, así como una pérdida continua de sus funciones cognitivas; también ella, vociferaba cada vocal, algunas veces omitiendo consonantes.
Al unísono. Las tres. A los gritos. Ninguna mencionó el nombre de Ninfa. Ninguna se fijó en mí.
La cabeza de Dolores, recientemente drenada y hundida en la parte posterior, me parecía repugnante. Su sonrisa in crescendo a medida que me acercaba a ella me pro-

vocaba náuseas.
Estreché su mano y disimuladamente deposité unos papeles en su palma. No los contó. No sabía contar.

DOLORES
(mirándome fijamente a los ojos)
Tengo dos ojos, cada uno compuesto de 130 millones de células foto receptoras. En cada una de estas células, existen 100,000,000,000,000 (100 trillones) de átomos. Una cantidad superior a las estrellas que componen la Vía Láctea. No obstante, cada átomo en cada célula, en cada ojo formado en el núcleo de una estrella, billones de años atrás, que aún hoy existen, son utilizados para captar la energía liberada de ese mismo proceso. Todo por expandir la conciencia de este ser que acabo siendo. El universo tiene un curioso sentido de la ironía, yo soy el universo experimentándome a mí mismo. Todo lo que soy es pensamientos, mandalas.

Me arrastró hacia un pasillo lóbrego y se arrodilló ante mí. Mientras hacía lo suyo, mi mano se apoyó sobre su cráneo. Sentí su cabeza hundirse entre mi dedos como una bolsa solamente rellena de aire. Sus labios succionaban maquinalmente. Era poco más que un artefacto en condiciones deplorables que nunca nadie se atrevió a reparar.
Pobre Dolores.
Mi cuerpo se agitaba sin control, una llama me consumía vivo y se arrastraba por todo mi ser. Mis dedos aplastaban el cráneo desvencijado de la descerebrada y sus labios succionaban maquinalmente. Más y más rápido.
Me envolvió un mareo y unas arcadas me poseyeron. No me esforcé por apartarla, un vómito de semen se escurrió por mi boca y la cubrió íntegramente. Se detuvo un segundo, me sonrió y volvió a su tarea. Yo me sentía

escuálido y enfermo. Mis entrañas volvieron a sacudirse. Y una nueva ola de semen surgió de mi tubo digestivo. Dolores sonrió y no hizo ningún ademán de apartarse. Me parecía repugnante.
Pobre Dolores.
Me acuerdo perfectamente que lo pensé. Mejor así.
No tardó mucho más en arribar la desvencijada camioneta de Palomo.
Mi cabeza es un árbol bajo el sol en el patio de una casa donde se refugia la muerte.
Hace años que nadie me echa una gota de agua, muero continuamente. El sol abrasa mis hojas, me seca primero y después me quema. Es un dolor insoportable, como todo dolor.
A la luz de la luna es un tiempo que sirve apenas para intentar sanar mis heridas. Sacudirme y que las hojas caigan para dar un cobijo inconsciente a algunos laboriosos insectos.
Luego enseguida el sol.
Los mismos dolores, el mismo miramiento.
Algunas veces una lluvia rompe la rutina y mis energías se renuevan. Absorbo la vida gota a gota, mi respiración vuelve a su ritmo normal. Me siento bien. Pero enseguida viene el pensamiento, y me pregunto para qué estoy recuperando energías. Es cierto que antes no hacía mucho, pero la sofocación del día sólo era dolorosa algunos veranos. Siempre venía alguien o algo a apaciguar mi calor. Tal como ahora viene la lluvia, en otra época fue una comunidad de orugas con su propio bombeador de agua.
Pero no es lo mismo. La lluvia, el agua de los insectos, sólo es agua que cae… Y yo me acuerdo que antes, hace mucho tiempo, alguien venía. Alguien. Un ser. Idéntico a mí. Sentía como yo.
La lluvia sólo es lluvia, y si bien reconozco que es lo único que me mantiene con vida, su esencia de no ser y su

silencio natural sólo me irritan.
¿De qué sirve ser el único árbol del jardín? ¿Con qué motivo me dan a ocupar un lugar tan ornamental?
¿De qué sirve… ahora?
La lluvia nunca tuvo ojos.
Ahora, mientras las nubes se disipan y la luz de la luna ilumina mi jardín, finalmente puedo ver la imagen que mis oídos presagiaban.
Los perros habían vuelto a meterse, devoraban un gato entre resoplidos bestiales.
Hago lo más justo. Desvío la mirada hacia el cielo sospechando la diversidad de la vida. En cualquier caso, los perros no podían saber que el gato había sido envenenado unas horas antes.
Mientras, las palomas se refugian en la antena. El viento sacude la antena. Las palomas esconden su cabecita en pos de protegeré del frío viento. El mismo que sacude la antena.
Pero no siento siquiera pena, sino que me alargo hasta los límites de la paciencia como una historia que armamos al caer el sol.

Extractos de: "Las víctimas del lavado de cerebro durante estos últimos cuatro años".

El tema del lavado de cerebro ha pasado a ocupar un papel relevante.
La mayor parte de los renacentistas religiosos no se daban cuenta de que estaban usando técnicas de lavado de cerebro.
Lavado de cerebro, o reformación de pensamiento, es el uso de técnicas cohesivas.
Se denomina también lavado de cerebro al efecto que tienen algunos Conversos al Lavado de Cerebro en el Cristianismo.
La Escuela Normal también funciona como

un Culto al Lavado de Cerebro. Asimismo Institutos, Iniciativas de Defensa, funcionan como centros de lavado de cerebros. Por lo tanto es allí donde se inicia el programa de lavado de cerebro que sufrimos todos nosotros.
Originariamente el lavado de cerebro, tan mitificado después por las producciones cinematográficas, se utilizaba por los psicoanalistas, quienes explican el "lavado de cerebro" como una expresión acuñada por ellos mismos.
Por otra parte, el "lavado de cerebro" nunca ha funcionado durante las técnicas de persuasión usadas públicamente hoy en tu cerebro o en el mío... Pero al mismo tiempo nos preguntamos por qué algunos cerebros son más vulnerables que otros...
¿El lavado de cerebro puede cambiar mentes? ¿Nos pueden desprogramar?
Electroshock, drogas, fármacos y todo tipo de técnicas pueden lavar nuestro cerebro. En toda la historia de la humanidad, nadie ha sufrido un lavado de cerebro y se ha dado cuenta, o ha creído, que lo estaba sufriendo.
Entre otras cosas, una desgraciada campaña de lavado de cerebro de los más pequeños para transmitirles el mensaje "políticamente correcto" es uno de los factores que intervienen en la defensa contra el pensamiento crítico.

EL PAVIMENTO ES MEJOR QUE EL ASFALTO

DREA
(a sí misma)

El interior no forma parte del mundo. No hay de qué preocuparse. Ya lo sabemos. Invertir en servicios siempre es un buen negocio.

I

Riéndose de las faltas de ortografía del pequeño Vector 6:
Cige ciendo dificl avlar. Dfcil orden ar ms idas. Ciertas. X ezo nicezito bolver aeyas. RAITER me ensenio todo. RAITER que mató a todos.

Sólo aquellos nacidos en la noche pueden contemplar el verdadero rostro de la luna.
(Néstor Bustamante)

Ordeno mis pensamientos y el resto comienza a surgir.
Como me enseñó Raiter.
Raiter, el que mató a todos.
¿Cuán necio puedo ser? No me provoques, no me provoques, que yo no me inventé nada de esto.
El camino rojo desciende en una curva, en sus primeros metros sólo accesible a pie o en una cuatro por cuatro.
El joven alumno se desprende, al agrado del tiempo noveno, con todavía ínfulas de novelista estilo Borges.
Está retenido.
Pero hoy, el psicoanalista examina un objeto de orques-

tas. Daremos luego nuestro personaje, el nombre hoy, en el álgebra de las malas ideas.
Pequeño momento que afectaría a los grupos instintivos que fueron ayer, como infectados por la sinrazón ahistórica, el ánimo, y con tiempo suficiente para compartir la transformación con sus colegas.
Algunos no tienen mutaciones siquiera, pero no había tiempo para atender más cambios que los acontecidos a su propia situación, cotidiana ahora como la primera corrección de fotogramas antipáticos de exámenes.
A continuación:
–No, hoy la segunda. El psico–anal–ista en antipatía.
–En este se anota un breve receso, se ha optado por la sección Elecciones para su internación y posterior ubicación de acuerdo a sus letras correspondientes.
–Satisfaga su test de presente.
–Que Bustamante le dé una respuesta al…
¿Y Tánatos por qué?
–Instinto del hoy. Sexual – Miraba hacia Vector 6. Atrás, rememorando la esencia. Y todo lo que la psicología había perdido.
–Sus padres sucumbieron al Factor S. –Dijo Palomo más tarde.
Bustamante discrepó con sus ejemplos.
–La fuerza instintiva de los padres atrae horas de psicoanálisis. Nuestra acción une a los fallecidos entre sí siendo el individuo muy pequeño.
Como en todo ser viviente.
La historia del Factor S., recordada por Palomo de tanto en tanto, le recuerdan los primeros síntomas de la infección de Raiter, la novela de raíz "que nunca me van a amar" y la continua búsqueda de cariño, expresada como *"el fundamento que se siente ante el fallecido se vuelve súbita atracción y el pasajero del miedo busca la unión. Se vuelve también un hombre sin cabeza"*, quizás así se crease algo de amor propio, esta era la teoría individual de Palomo.

Sobre los episodios del Factor S sólo había escrito el nombre de los muertos y algunas fotografías.
RAITER, asquerosamente obsesionado en el reproductor ROBADO. Vertiginosamente, las imágenes se sucederían a 64x.

PALOMO

Mi primer eyaculación sucedió cuando contaba con treinta y un años, mis testículos se habían inflado por encima de los noventa centímetros de circunferencia… (se aclara la voz) Era un notable bulto deforme incluso con pantalones… (sonríe)
La larga espera, suscitada como una muestra de voluntad valió la pena. Mis piernas, brazos y músculos se distendían. Como nunca, en todo espacio… Chorros espesos descendían entre mis dedos y manchaban el suelo, mis piernas, mi vientre. Jamás antes había sentido la calidez de los propios fluidos.

Una y mil veces, enfermizos fotogramas, llenando de escamas la piel con el recuerdo de Bárbara, la imagen persistía con fuerza, alrededor se borraba.
–Emprendé hasta que un viaje funda a los tres.
Bajó pasos desde el cielo, al borde descansaban tres cadáveres sin pala–dar; se bajó de la camioneta para apoyarse. Desde el borde, el motor se había fundido, y los sedantes ahora estaban a punto de quebrarse en sus dientes.

II

(Drea eterilizada)
Vislumbre estallido, una puerta se entreabrió – luz qué luz de fondo ausente alquimia no más magia desazón. Rasguñaste las pupilas y estas

pieles fueron confundidas. Tal como creías. Nada más creías.
Dolores musitando su conjuro, un atisbo del insulto próximo a Raiter – heredad de Tánatos.
Drea cantó y desdoblada de cuervos en múltiples graznidos y heridas conyugales oyó el silbido de Tramontina. Resultó que alguien más sufrió, histeria masculina in crescendo regurgitada de sangre y tejidos etanol sobre el suelo de tierra y polvo – frente a su rostro – una voz de impotencia de fuga necesaria – familiares… pero tan extrañas.
(Drea se pone de pie)
La extensión del corredor – quince métricas yámbicas descendiendo del papel donde anotó que lo amaba – pero no se quemaba. Reescribe el nombre en piara de sombras: Legión – saber de qué me refiero
cuando cae
cae Drea
en la ensoñación de las alas de Valium ángeles desdoblan muecas crueles para enseñar la tristeza del vuelo interrumpido de sus lenguas la agilidad de sus dientes.
"No más dolor… estemos de acuerdo… pedime lo que quiero… este es mi cuerpo… pedime lo que quiero… ya te lo daré". Raiter rebusca en su bolsa de arpillera la aspereza infecciosa que brinda la diversidad del error.
Signos susurrantes de Drea bajo el signo miligrámico.
¿Qué podrías darme…" Desfallece en mutis lóbrego.
"Búsqueda – búsqueda de paz y consuelo en el rostro del Gran Sacaojos – consuelo en la Forma que no ninguna forma – Paz en el hombre que es ningún hombre – rudimentarias esquirlas penden

de nuestras criptas orgullosas de prédicas sin fin conocido – el sabor del gotear de nuestras babas lobotomizarias de nuestros cascabeles por siempre enloquecidos inocentes – una alternativa en la noche de los moribundos que anhelan la vida".
(Drea canta)
Todo lo que quería ahora ya no podía – unas lágrimas una excusa del lenguaje indeseado imprecisa – la única vida que quería y merecía ha vueltose murmullo de hojas secas en el pavimento mustio – Déjenme en paz – Herencia sacaójica quiebra en la próxima salida con la lentitud de las bestias precavidas en la jungla – ya es tarde para ti – para mi – para nosotros.
Ya me lo quitaste lodo y hoy es rencor todo lo que pesan en tu imagen…
"Sin imagen" Aulló Raiter dibujante de formas sin formas en manipulaciones hechiceriles de un Sacaojos por romper el capullo con gritos de furia al azar ante lo irrechazable. "Nadie puede rechazarme" Imprecación al viento y promete una cicatriz al corazón.
Un chiste que no se entiende.
Una nube que no se mueve.
El tiempo deprime más que las sombras.
Drea posa su mano en su bajo vientre pero no recuerda. No quiere recordar. El corazón es el músculo que bombea la sangre a través de los nexos del sistema… pero esa cicatriz es la única que disemina los adiós. Adiós. Para siempre.

(Anónimo)

Zalazar, el profesor, había tomado un litro de lavandina pero no logró suicidarse. Le hicieron un lavaje de estómago, esa es otra de las anécdotas que ahora encuentra divertido repetir.

En su departamento intentaba dilucidar lo que había presenciado unas horas antes. Aquel a quien nunca volvería a ver.
Sentí un escalofrío.
Escuché a Zalazar, el profesor, decir que había conocido a alguien, Karina, Karen, o algo así. Dijo que venía de un mundo jodido, pesado, que una vez había secuestrado a un tipo.
–Ah, ¿sí?
Pero había pasado mucho tiempo atrás. De hecho, había ocurrido en Italia; ahora había hecho una nueva vida en el Oeste. Vendría a visitarlo.
Sonreí y me puse de pie. Le deseé suerte. De verdad que la necesitaría.
Por mi parte, yo ya tenía lo que necesitaba.
Afuera llovía pero el dato me brindaba la protección necesaria.
Karen me conoció en la calle. Me acuerdo salir de la escuela, doblar la esquina y cruzarme cara a cara con ella. Nos saludamos, le pregunté si no quería tomar algo conmigo, y le mostré la tableta de Ribotril que había cambiado por unos discos en el baño.
Ella dijo que sí, y caminamos dos cuadras y media hasta el drugstore. Pedí una cerveza. Me la dieron junto a un ticket por el envase. Eran casi la una de la tarde. Tenía diecisiete años.
Nos acomodamos bajo un árbol en la vereda de la Escuela Normal. Vació la tableta entre sus manos, diciendo que sólo tomaría una. Le dije que deberíamos compartir, que me diese la mitad. Así lo hizo. Y sin pensar en las consecuencias, tragué las cinco pequeñas píldoras con un largo trago.
La cerveza no tardó mucho tiempo en acabarse. Fuimos por otra, y luego una más. La última no la terminamos. Me acuerdo perfectamente que estaba por la mitad cuando todos los músculos me dejaron de responder.

Sorpresivamente. La botella y yo caímos al suelo.
Karen reía, sentada, en el borde de la vereda. La calle estaba vacía. Sentía mi cuerpo pesado, pero aún así logré ponerme de pie.
La risa de Karen se detuvo en cuanto me giré hacia ella.
El envase se había roto entre mis manos, y tenía un extenso corte a lo largo del antebrazo.
Karen se acercó enseguida, abrió su desvencijada mochila y extrajo algo de algodón y una botella de plástico con todas sus letras borroneadas. Me dijo que era agua oxigenada.
Me limpió la herida. Por primera vez me sentía ayudado por alguien.

LAS ALTAS SOLEDADES

En las Puertas de una Inteligencia artificial. Narcosarcasmo, corrupción inherente, no soy su amigo. Mitólogos llenos de odio, violadores mentales, los detesto. Muerte sistemática.

En las Puertas de una Inteligencia artificial. Cuán relajadas.
–Prefiero que me manden.
Quemando. Bárbara y Dolores.
–¿Por qué no siento correr el REC?
–Porque una personaje de tu perfil debe tener un final feliz.
Dóciles. Típicas. Obvias.

*

Narcosarcasmo, corrupción inherente, no soy su amigo.

Prefiere que no se dé antes que estar acá, en labios tristes residen en el dúplex de Bárbara.
Histeria.
–…Y yo, así, no…
Desparramadas a lo largo y a lo ancho.

*

Mitólogos llenos de odio, violadores mentales, los detesto.
Renuncio. Pendo de un vaso ancho y a visitar a Néstor.
Fundamentalmente, necesidad neumática. Prefieren "de–ningún–modo".
Esto puede ser más lineal, más fácil.
Porque aunque ella hace casi cualquier cosa, cuenta detrás de su lindo martes (10 PM), la historia universal de Bárbara.
Después, solos.

*

Muerte sistemática. El insomnio me forzaba a oír el desesperante silbido proveniente de la calle. Se acercaba también el motor y no tardé en oír el resto del Fumigador detrás de las paredes.
Densas nubes blancas son disparadas a ambos lados, las conozco bien.
Muy bien.
Una noche, volviendo a casa en lamentable estado (sucede muy a menudo), no pude evitar encontrarme con él.
Liberado su agente tóxico en el aire, no pude evitar que penetrara mi cuerpo.
Hice fuerza para no respirar. Aceleré mi marcha, pero al apretar el paso sólo conseguí agitarme más.
Inconscientemente, hube de dar grandes bocanadas de aire nocivo.

Llegué a casa, más que rendido, con un terrible mareo a mi alrededor. Las formas se perdían. Me dejé caer en la cama hasta bien entrado el mediodía siguiente.
Después de aquella vez ya no volví a dormir.

PROFESOR ZALAZAR
(tomando asiento)

Suceden… Pequeñas cosas suceden entre las tres y las cuatro de la mañana… Aproximación al delirio… Polvo de perra… Para los alcohólicos la vida aquí es deprimente. Odio nuestra libertad. Y a la mierda Dolores, yo también estoy de vacaciones.
¡Escuchame, marinero! Sin dientes y con los pulgares hacia arriba, el sexo está en tu boca. No hay nada peor que un niño llorón. Shhh… Colocá la navaja en mi garganta. Coger no es engañar. En serio, preguntale a Dolores.
Acabadas en el condón, mal día para ser un infectado. ¡Escúchame, verga! El punk rock no puede existir en países con buena cobertura social. Mientras sus sueños sangren, papá se llenará los bolsillos, jajaja… Nadie conoce a nadie, no realmente. Muerte a los chicos copados. ¡Apagá las luces!
¿Así que ella dijo, *"me gusta este"*?... Jajaja…
Al menos sos un buen candidato a víctima.

RAITER

Veneno en una bella píldora... ¿Qué carajo? ¿Dónde está el próximo Sacaojos? Aceptá el soborno, amigo humeante. Superficie saludable, clima seco. Mi flexible vínculo con la Escuela Normal, rechazo de la sociedad. Psicoanalistas, expulsado de la Escuela Normal por la canción de G, en lucha contra la guerra, no en guerras. Mujeres de seguridad, su paga es horrenda. Ángeles, ¡qué vergüenza!
¿Y qué? ¿Entonces? ¿Lo hacen? ¿Nos deben una vida?

Fin del resultado: Ellos tienen una bomba.

RAITER la amaba tanto que se volvió loco, ahora inhala humo negro.

TODOS LOS DÍAS APRENDEMOS LO MISMO

En el seminario 53/54 develaron el hasta ese entonces desconocido manuscrito titulado *"Los escritos S"*.
Claro, los psicoanalistas como locos. Creyeron haber golpeado algo del más allá.
¿Una puerta a la mera rebeldía de acuerdo al ocultamiento de las reglas del juego?
–… Porque con lo que va la tesis insana es imposible salir de acá.
La teoría psicoanalítica admite otro occidente, sin reservas de este lado. De habernos inculcado las viejas teorías acerca de la evolución los procesos psíquicos necesarios no precisarían ser administrados por la CP, la Compañía Psicoanalítica.
El principio del placer fue el mismo mal que aquejó a todos.
Desde el acceso al lenguaje de los gobernantes con la dimensión que implica el cúmulo de una pérdida de individuos.
Para forjar las bases de una mejor sociedad se instauró un equipo de psicoanalistas que forjaron el concepto de La Distancia ante la necesidad de nuevos representantes.
El momento constitutivo del trasfondo, la historia que podríamos nombrar como sujeto, sustantivando esta situación despótica de manifestaciones del lenguaje, se vivía en las centrales de Arcadia en observación y manos

de otro Iván Petrovich, más allá del terrateniente tirano, partícipe del principio del placer, pintura de Sacaojos mil novecientos veinte.
La observación del abyecto Iván Petrovichiano en la película misma es sucinta: es algo que un niño destila a los dieciocho meses, la escuela de sus ancianos, el interior, no de un carácter en la búsqueda excelente sino la del objetivismo.
–Qué loca tu idea del principio del placer, chabón. –Dijo, malhumorado pero de otro modo. – La fantasía sale cuando culminan los deberes psíquicos, salir del laburo, de la realidad, sustitución de sí por un estado que se ama pese a ser desagradable.
En lo posible, en casa.
Con cinco, el caso terminó ahí. Aún cuando los hijos griten detrás de esta pseudo elaboración de prólogo. Iván Petrovich ya le daba un lugar importante a eso:
Si me has de contar tu idea tomando las expresiones de un niño, entonces no te molestes ante los pormenores molestos, ante los acontecimientos trabajosos.
Al volver encuentra mis capítulos, callejeros, como una actitud pasiva ante los cambios, asume la aparición de detalles climáticos, en el tránsito del juego más fluido.
El papel activo de los transeúntes es hacerse dueños de la fantasía de los chorros.
Remitiéndonos a Iván Petrovich salimos con facilidad de la viva imagen del juego, y recorrimos la situación de alguien en las calles principales de Santos Justo que olvida el lenguaje.
Quería conocerla ya, me dijo.
Observación de la cual ya guardaban registro todos los psicoanalistas a cargo, tal vez más allá de la molestia que les pudo causar el principio de mi placer.
Aclaré mi voz, listo a repetir la historia aprendida en la Escuela Normal:
–Fundación, origen y evolución de Santos Justo desde la

llegada de los primeros inmigrantes…
« ¿Qué tenía Ziras, el Oforme, atravesado en su cerebro cuando decidió fundar Santos Justo? No, no era cocaína, porque no estaba tan de moda como ahora. ¿Cuál era la cocaína de aquellos tiempos? El poder.
«Claro, ver crecer sus posesiones materiales, ver triunfar su perspectiva de cómo–deben–ser–las–cosas. El mismo mal que aqueja a todos los gobernantes desde que un cúmulo de individuos decidió forjar una sociedad e instauró la necesidad de representantes.
«En cuanto a trasfondo, podríamos nombrar la situación despótica que se vivía en Arcadia en manos de otro terrateniente tirano. Pero pintarlo a Sacaojos como el malo de la película es algo que se estila en las escuelas de la zona, no en la búsqueda del objetivismo.
«Si en algo se diferenciaron Sacaojos y Ziras, el Oforme, fue en su clientela, nada más. Sacaojos quería vender el país a los ingleses. El triunfo de Ziras, el Oforme, permitió la instauración de miles de franceses en tierras vírgenes. ¿Cuál de los dos quería lo mejor para su pueblo? Ninguno, todos se adscribían a las ideas de Alberdi o de Sarmiento, otros dos hijos de puta que estaban de acuerdo en algo: Europeizar era fundamental para el desarrollo.
«Así que, a la mierda las raíces. Ahora hacen monumentos al gaucho o lo mantienen como figura, cuando en aquellos tiempos el gaucho era o masacrado o esclavizado. ¿Nos volvimos más humanitarios? Para nada. Respetar aquello que fue vilipendiado no nos hace mejores personas tampoco.
«Los nativos de estas tierras fueron masacrados, mis vecinos santosjustianos y yo, todos, derivamos de extranjeros. Somos los nietos de asesinos y viles comerciantes que intercambiaban pan por libertad, poniendo verjas donde nunca antes las hubo, marcando límites que la tierra jamás mencionó. Si nos merecemos algo es la Peste, y si uno de nosotros sobrevive será porque la justicia humana siempre es incompleta.

«Creer en el cambio es autoengañarse. No podemos ser lo que no somos. Nuestra sangre lleva la sangre de los opresores, nuestro canto de libertad sólo canta nuestra libertad.
«Salirse es imposible, pero justificarse es de pelotudos.
«Santos Justo es un pueblo fundado por Masones desde el año 63. Por ese entonces, la Logia aún tenía entre sus principales accionistas a la Iglesia Católica, por eso, uno de los edificios más antiguos, es el templo a los Santos Justo y Pastor.
«Hubo otros edificios, casas de familia y obreros y demás. Pero para las primeras actividades del clan masónico, este edificio ubicado frente a la plaza, fue crucial para el futuro desarrollo de la localidad. No sólo era el foro diurno donde los obreros encontraban el consuelo de la plegaria ante la tiranía de sus patrones. Por la noche, funestas reuniones eran llevadas a cabo, donde entre símbolos mágicos y místicos, crueles cirugías eran practicadas sobre los habitantes más alejados del pueblo. Secuestrados de sus hogares, la logia los forzaba a sufrir por el porvenir de la comunidad.
«El Sumo Sacerdote dirigía la ceremonia, es harto conocido el hecho de que el mismo Ziras, el Oforme, había instruido al Sumo Sacerdote en aquel arte traído de Europa. La lectura del presagio, el ritual que llevaban a cabo, también era extranjero. Entonando sílabas monocordes, la melodía iba creciendo hasta confundirse con el viento. Y cuando sonaban las campanas una hora antes de la medianoche (debían despertar temprano al día siguiente, trabajaban en el campo, hostigando a sus propios peones), los gritos del infeliz de turno eran sofocados a pesar de reverberar entre los muros del Templo. Abrían el estómago a la víctima, leían el futuro en sus vísceras. Un horror. Así lo hicieron durante quince años.

Una vez a la semana. A causa de tantos sacrificios, al final, el altar acabó por volverse rojo, y así quedó durante años. Por fortuna ahora el Municipio hizo un donativo para remodelar, y las manchas de sangre de aquellos tiempos oscuros fueron removidas de modo impecable.
«En fin, Ziras, el Oforme, no los visitaba. Dijeron que iba mucho a Ropavieja, pero los comentarios venían del Club de Pescadores, y en el Club de Pescadores no lo querían. Así que la Logia siguió celebrando sus rituales sin novedades del movimiento masónico. No sabían del poder que había agarrado la Iglesia últimamente. Y ahí fue cuando enviaron a Presbítero.
«Presbítero llevaba una vida más que sana. A las once de la noche ya estaba en el quinto sueño. Se enteró de los rituales una noche que se desveló soñando con un pasaje de la Biblia. En el sueño, el pasaje se le perdía y no lo dejaban viajar. Luego, el pasaje crecía a tamaños de pesadilla e intentaba comérselo. Tuvo oportunidad de leerlo en el sueño, pero no alcanzó el final. Decidió que, por ser viernes, se daría tiempo para una aventura. Cruzó hasta la biblioteca y, cuando regresaba con la Biblia entre las manos, un espantoso grito le erizó la piel y le hizo soltar el libro. Venían del altar. Corrió hacia allí y observó el sacrificio que se estaba llevando a cabo. Reconoció a todos los presentes, los mismos que asistían a la misa, los mismos que le ayudaban en sus obras de caridad. Contempló con horror sus atuendos sacrílegos, obsequios del mal gusto de Satanás y sus máscaras de cráneo de unicornio. Pero Presbítero, siervo de Sacaojos, no se dejó amedrentar por esas cuestiones estéticas. Los increpó:
«–¿Qué hacéis, hijos de Sacaojos, cediendo a la tentación y al pecado?
«Lo miraron y rieron, luego volvieron a su lectura de vísceras. Presbítero, al borde del vómito mientras veía la sangre brotar del cadáver reciente y las entrañas removidas al ritmo de los estertores desesperados de la víctima, regresó a su cuarto. Una vez allí, no pudo evitarlo y se desahogó del horror en su bacinica. Luego, como mejor arma, optó por el rosario y, después de unas seis vueltas, todo el ruido de la ceremonia terminó así, de golpe. Abandonó su habitación, aún con temor, en dirección al altar. Pero lo encontró vacío y tranquilo, excepto por algunas manchas rojas en el cerámico. Sudando y temblando, resolvió tomar cartas en el asunto como le correspondía. Así fue como le envió una misiva al Arzobisco, directa y frontal. "Los masones de acá, están todos locos. Un abrazo." Cuando el Arzobisco leyó la carta, sonrió, pero sabiendo que algo tendría que hacer por Presbítero. Sin embargo, cuando finalmente actuó, fue demasiado tarde. El domingo siguiente, Presbítero había incitado a toda la concurrencia a confesar el terrible pecado que habían cometido noches atrás. Pero en vano. Todos actuaron como si nadie supiese algo del asunto. Escucharon, eso sí, muy consternados el sermón acerca del quinto mandamiento, y más de uno echó a llorar, pero eso fue todo. Presbítero quedó furioso ante tanto cinismo y sangre fría, y al culminar la misa nadie de aquellas familias se acercó a él sino las de obres campesinos y peones que luego eran reducidos a víctimas por aquel sacrílego clan…
La gente pidió una observación *petrovichiana* en sus psiquis, el cruce suscitó casas con un niño en una calle de dieciocho productos innecesarios. En meses, uno lo hubiese mirado a sus propios nietos con un carácter que ofrecía cobertura excelente. Tenían los dientes de la costumbre médica para arrojar al lobo feroz lejos de una clínica sin contar los pequeños objetos de un bosque marchito. Caían en el entre tiempo siguiente, con sus manos pronunciando "¡Ah!" Y el sonido cerró con un conocido y prolongado o–o–o–o.
Como constituí parte del grupo de los idiotas me metí

en un esbozo que rogué fuesen árboles, en palabras de los psicoanalistas, una pareja simbólica de venta de exclamaciones del bosque en el que viviríamos. Elementales, destacados, como libros firmados con una S.
Los psicoanalistas realizaban visitas a domicilio, creyendo que el juego ayudaría a recordar el nombre de ese niño de dieciocho meses cuyo trabajo era retomada por profesores (no sólo de orquestas) para aclarar el más allá dentro de cada uno de nosotros.
De los veinte errores hallados en el principio de placer los años aliviaron el acceso al vivir. A través de un lenguaje calvo, la dimensión de esta realidad, fue todo pérdida en la que nadie quiso verse implicado.
Las huestes freudianas defendían la idea de que las manos son el pequeño objeto del que hablaremos luego, escrutaron el día y el nombre de la madre del degenerado, así como su primer permiso, objeto cubierto por el deseo. Su intento de satisfacción se pasó de la raya. Para él, Vector 6, el lenguaje era la barrera.
De mí se puede decir que me tragaba mi mal humor.
La clasificación de su deseo lo elevaba.

Los trataban psicoanalistas con plena conciencia de La Distancia, en pos de un momento constitutivo en el deseo de un buen vendedor. La clara historia del sujeto–pendejo, sustantivando en pos de que estas manifestaciones se diesen en un plano más cercano.

(Dolores)

De rosado todos estos años, de ahí la raíz de lo simbólico. Se sentía como fueron, la ausencia desembocada en la última presencia, de dar y transformar, la presencia da rienda suelta a la última de los psicoanalistas.
Pero esta asombrosa pérdida en el hombre estructurado es la araña de sus bajos instintos. Varias perdidas guardaban relación directa con la mujer animal, y la simbiosis contemporánea del murciélago y la turquesa era el acceso al superhombre. Otros lenguajes (el interés de la manada de osos es el asesinato de la simbiosis): de día, por momentos, pasaban algunos clásicos de Disney para mejorar el habla. El niño de nivel económico dieciocho absorbía todo.

Ha sido entretenido en la explosión de fonemas, una simple parte del programa *Casualidad*, parte de la oposición. El show de concursos conducido rozaba las veinticuatro horas diarias, razón por la cual renunció su presentador, para retirarse a días más calmos y pensar en conseguirse un clítoris como si se tratase de un trofeo especial que tenía que poseer. Eran cinco para las tres, los pibes eran la potencia segunda.
Los colores del puesto:
–Ámbar, de ahí para adelante. – Según lo que me dijo reprimiendo la acción misma que deseaba (hacer aparecer a la niñera, y desaparecer), a las doce para la una intuía el objeto: penetración anal.
Ahora pasaba ocho horas frente a un interruptor. Miraba tras un vidrio cajas marrones circular por una cinta. Cuando quedaban en el centro todo lo que hacía era oprimir el interruptor.
Eso era todo, salvo los viajes al baño.
Cuando comencé eran dos. Últimamente se habían extendido a siete. Siete viajes al baño en ocho horas. Era una vía peligrosa.
Me hidrataba constantemente frente al interruptor. Miraba fijamente cómo se centraban las cajas… y oprimía el interruptor.
Algo tan repetitivo obviamente debe sonar desagradable.
No había nada más en mi mente, salvo quizás algún pensamiento callejero. Entonces alguien entró a mi cubículo.

Mi supervisor. Néstor Bustamante. Tenía una corbata con flores. Más precisamente, violetas. Las señaló y dio un giro de ciento ochenta grados hasta darme la espalda.

NÉSTOR BUSTAMANTE Y LAS CARICIAS DE LAS MARCADAS

Fumando en la presentación.
–Señor…
De casualidad, encontré carne del noreste. El video que presentaban los lacanianos era un documental sobre La Distancia.
–Me ha estado buscando…
–Más bien por ausencia… ¿querés un pucho?
Apenas se lo enciendo me envuelve la sensualidad de sus pupilas y le concedo su vestimenta. Poco importaba la presentación de los lacanianos, mejor buscar un lugar que resalte lo particular en vez de un espacio físico fijado a una estructura de tiempo y espacio para hablar de La Distancia. Por otro lado…
–Quince…
–Ajá.
Es cierto que, en parte, las películas los acercan más a su mandala… Cambio por muslos. Ahora, en un sitio particular, cincuenta el mandala de tetas…
– (…) pesos.
–Bien.
Es otra de las marcadas.
Inmerso en sus partes infantiles pensé en lo mucho que siempre disfruté los mandalas pequeños. Este mandala está sujeto a la gente que posee

poca suerte.
De golpear el margen se desprende un sí mismo pequeño, el sujeto de nuestra imaginación. Quedamos un tiempo en casa, todavía quedan restos de sus ropas para desprender.
Todos los días soy una niñera. Al mismo tiempo se vestía pero solamente jirones le habían quedado.
De golpe, soy un profesor de recursos retenidos por la orquesta.

(Néstor Bustamante)

De repente noté que había descuidado mi interruptor, y vi cómo las cajas se iban amontonando. Una mancha comenzó a crecer en una de ellas. Como un líquido.
Jamás supe qué había en aquellas cajas.
– ¿Qué pasa? ¿No me entendés?
Néstor Bustamante recupera mi atención. Me pongo de pie y voy tras él. Avanzamos por el largo pasillo imitando el paso de los cangrejos. Es la norma de la empresa.
Nos desviamos antes de llegar al ascensor y entramos sin golpear en una oficina. Hay tres hombres sentados tras un escritorio. Es la primera vez que los veo. Supongo, deben ser los jefes o los dueños del lugar.
Néstor Bustamante chasquea sus dedos, hace una reverencia y se retira.
Uno de ellos me pide que tome asiento.
Debe haber sido mi quinto o sexto viaje al baño cuando noté las manchas rojas que se escondían bajo mis uñas. No podía explicarlas. No recordaba mucho de la noche anterior. Sin dudas, era por culpa de Palomo. El toque siguiente me lo di en su honor.
Miraba mis uñas frente al espejo y decidí envolver las yemas con papel higiénico.
Cada tanto mi cerebro hacía un cortocircuito, mi visión se nublaba, pero eso no me impedía continuar opri-

miendo el interruptor.
–Y, dígame, ¿cómo marcha su relación con el Sacaojos?
– El Sacaojos está muerto y olvidado.
Los viejos no comprendían. Me mordí el labio, incómodo por mi propia respuesta. Se miraron entre ellos.
– Así y todo, tiene el mejor desempeño en su área. – Los viejos se comentaron entre sí. En voz alta. Como si no existiera.
Miré mis uñas manchadas por no tener dónde mirar y noté una leve voluta de humo surgiendo de entre mis dedos. Metí mis manos en los bolsillos.
Uno de los viejos apretó un interruptor sobre su escritorio.
– Néstor Bustamante, tráiganos el encargue.
– Enseguida. – Del otro lado, la voz pusilánime.
De mis bolsillos se escapaba una débil humareda. La habitación era penumbrosa, pero un rayo de luz directo a mí alrededor acabaría por delatarme.
La puerta de la oficina se abrió y entró Néstor Bustamante seguido de una figura femenina que reconocía perfectamente. Ninfa me sonrió, pero fue una sonrisa de mera cortesía. Se acercó al amplio escritorio de los viejos y dejó su cuerpo horizontal sobre la superficie.
Las babas de los viejos no tardaron en surgir. Se deslizaban profusamente de las comisuras de sus labios, como una herida inmunda provocada por el deseo.
Escuché una vez más la puerta, pero no vi a Néstor Bustamante abandonar la habitación. Mis ojos estaban concentrados en el suelo de la oficina, la cual poco a poco se fue cubriendo por una espesa laguna de saliva.
Ninfa acariciaba su cuerpo sobre el escritorio y gemía suavemente como la excelente actriz que era.
Aunque quizás no estuviese actuando.
La laguna continuó creciendo, humedeció mis zapatos y un segundo después me cubrió hasta las rodillas. Lo que más deseaba era irme, encerrarme en el baño, volver a

mi interruptor.
Pero ninguno de los viejos me lo ordenaba.
Continuaban inmóviles y con los ojos bien abiertos sobre el cuerpo de Ninfa, segregando sus ansiedades y cubriendo toda la habitación.
La baba me llegaba hasta el cuello, y de los viejos en sus asientos sólo podían contemplarse los ojos, que no tardaron en ocultarse. No los vi cerrarse en ningún momento.
Ninfa comenzó a nadar en el líquido desagradable. Boca arriba, dejaba su cuerpo flotar por toda la habitación. No tenía rumbo, pero eso poco importaba. Los muros de la oficina marcaban los límites.
En mi mente se repetía una línea de Huxley. El impulso cortado provoca derrames.
Y antes de que pudiera despertar de mi conmoción me vi obligado a mantenerme a flote. A pesar de todo, no deseaba morir ahogado.
No dejo de asombrarme, el agua turbia me refleja. No soy ningún cisne, desde luego. Ya no.
No deja de asombrarse, el agua turbia lo refleja. No es ningún cisne, desde luego. Ya no.
El Tímido Masturbador se encamina por el bosquecillo, bordeando el arroyo. Busca la calma que le brinda la soledad para su ceremonia onanista. Confiado de haber encontrado su lugar en el jardín salvaje, se desprende de sus ropas. Cree encontrarse solo, hasta que oye un jadeo. Camina en dirección al sonido y observa. El Dendrófilo, concentrado en su tarea, desliza con frenesí por las cortezas, hacia arriba y hacia abajo, su verga erecta.
El Tímido Masturbador lo sigue con su mirada y comienza a excitarse. Cegado por su voyeurismo no escucha a la planta carnívora que se desliza en su espalda. La planta carnívora había sido desterrada del jardín botánico tras devorar parejitas adolescentes que cogían a la sombra, desprevenidos.

El Tímido Masturbador, a punto de eyacular, ve interrumpido su clímax por un dolor intenso en su pierna. Mira hacia abajo y ve al horrendo monstruo verde con sus colmillos clavados en su pantorrilla. Intenta arrancarla, pero las fauces de la planta aprietan con más fuerzas. Oye el tronido de su fémur y se revuelca en el suelo. Antes de desmayarse descubre que toda su pierna ha sido separada y es engullida rápidamente por la criatura entre ríos de sangre.
El Dendrófilo se acerca al cadáver del Tímido Masturbador y besa sus mejillas petrificadas. La planta carnívora continúa el desmembramiento y finalmente engulle todo el cuerpo vorazmente. Ahora que ya ha saciado su apetito, el Dendrófilo le sonríe. Deja que la planta succione su pene con total libertad. No es una escena porno, sino el más bello encuentro entre dos seres que aún creen en el amor.
Toda comunicación, inclusive la oral y aquella que conecta los diferentes procesos de la existencia, es incompleta.
La información se va perdiendo, gradualmente se censura.
Y el resultado obtenido dista de ser el verdadero, sino una deformación perpetua de percepciones, subjetividades.

LA CALLE, MERCADO DE GRANDES IDEAS (IRONÍA)

RAITER

Desde el sol, en la vereda de la redundancia, las estatuas vivientes en mi cuadra me recomendaron aguardar la constelación de Leo.

Lo vieron en una película de tendencias mandálicas (o mandaloides) que tenía unos treinta años.
Con intención de mudarse hablaron de su frecuente estancia en paraísos más viscerales.
"Ya entendió". Dijo una, dando un corte de mangas espiritual.
Era así, un bajón, no hacían un peso.

DREA
(lanzando una bocanada de humo)

Empero, como en muchos hombres, el concepto de sexo lo acaba definiendo el amor. Otro tipo con el cuerpo gastado y el espíritu, también. Las tramas de la teoría génica, el porno del instinto, son admitidas como fuente de entretenimiento, la energía es protagonista peculiar de cada uno de estos niños.
Los factores instintivos que los representan es la venta de cargas hereditarias para adquirir otras, más específicas.

Los encuentros de mandalas se volvieron reuniones sexuales.
A través de diagramas de botellas u otro, representaron niños en la ventanilla de la cerveza.
O con esquemas de o–o–o–o y simbolismo de adultos, imágenes más perversas.
En la camioneta, Palomo leía *Lolicon*.
El cromosomas "Y" es un macrocosmos y la mayor parte de la gente es envuelta por su microcosmos previamente utilizado, heredado. Como crecer con hermanos mayores y ligar sus ropas.
Leído en la página dos de mi libro "confluyen en repetida secuencia…"
Otros conceptos: El budismo lolita.
Esta postura, que comenzó con los budistas, no es muy conocida: la niña para verse no tiene más apoyo que los

figurativos. A partir de cualquier espacio no sólo son proclives a forjar los ejes protagonistas sino también sus cardinales y formar una ficción equiparable a la realidad misma. La literatura rusa ha hablado ya de ello.
Para sectorizar, las partes de los pervertidos de las primeras cuadras, parásitos sagrados incluidos, son delimitadas sus regiones internas y comienzan a alimentarse a través de un mandala.
Pero les espera otro viaje, los desperdicios de (valga la parte) los humanos.
¿En pasarlas, en serio?
Cuadras, cuadros y complejos.
¡Hubo el hinduismo, gente! Como que a los que…
Estructuralmente, leyó tanto el espacio entre las palabras como el que había entre la calle adoquinada por definir lo sagrado una vez más. (En el centro hay un camino solo para todo el universo y de esta manera no puede diferenciarse de manera sencilla la velocidad, pero con mucha concentración podemos ser soportes del mundo).
Igual… Ahora sé traducir…
Y ya se imagina que necesito guita generalmente para representar mi español. Parados bajo la luz de su departamento, para publicar ciertos dibujos como palabras, algunos con forma de círculo.
Sin árboles…
Ya sé, obtener su firma ya es mucho dentro del siguiente resultado:
Este departamento no se abre y ya hay fila delante de un posible Complejo Lolita.

EL DEGUSTADOR DE SANGRE

Si los vieron, sólo ellos lo saben. Nunca la noche.
Hasta los cañaverales de papiro, en busca del Faraón muerto… Nadie lo supo nunca…
Raiter dijo que había asesinado a su hijo para no olvidarlo.
El Faraón desheredó a Raiter, pero le dio permiso de salida de su camastro real por las noches, a él y su ocupante.
Su padre, el Faraón, temiendo por el pueblo, había obligado a Raiter a abandonar sus hábitos místicos para atender a su hijo. Los sanadores del Príncipe sufrían una extraña Infección.
Que su hijo se presentara ahora a él, la noche siguiente, sería dañino para el Príncipe.
En un conjunto monolítico se celebraban ceremonias ante el trono.
El Faraón había mandado cerrar las inscripciones célticas que había grabadas, a solas con su heredero.
Los druidas o shamanes se congregaban en la sala del trono, ruidos de objetos quebrados pregonaban el desarrollo de sus actividades mágicas.
Lo que los guardianes reales y Raiter contaron, los escribas nunca lo grabaron.
Habían caminado, en soledad y paz…

El mar es uno de los más secos, en la arena una gran tropa se oculta. Por un lado, se mudaron, y por el otro, los camellos de grandes olas…
¿Fue la sequedad del viento perdiéndose al tiempo?
Entre tiempos y arenas reposa el Sacaojos Egipcio. Es también… ¡Sacaojos del Sol!
Algo muy fortuito…
De secos mares los papiros, la gran tropa de puntales… Por un lado los comen sus huellas, y por el otro los siguen muy deprisa.
Observan grandes olas y ballenas…

¿La sequedad del asco tan astuto se perdió en el viento fugaz?
Entre tiempos, arena y realidad… Sacaojos Egipcio…
¡Sacaojos del Sol!...

Algo muy fortuito calló este lamento.
¿Qué pasó aquella noche?
El palacio y el pueblo creyeron siempre que habían tenido un encuentro con Sacaojos antiguos.
Su hermano Narumip tomó el mando desde aquella noche y el Príncipe sólo comenzó a responder al sobrenombre "el que degusta la sangre". Su semblante era cada vez más lívido y preocupante.
Las armas sagradas lo acompañaron a la ceremonia de sucesión. Los mejores hombres fueron enviados a lejanas tierras y, por un tiempo, nada se supo de él.
Volvieron con temor en sus almas, diciendo que nadie podría curar ese miedo jamás.
El nuevo Faraón se encolerizó y envió a los médicos que dijesen, a la luz del sol:
–Se cree que la noche llegó al Nombrado… El Príncipe practica otra fe…
Hipótesis sustentada a las puertas del trono, evocación de Raiter hablando de sus piedras, "hogar de Sacaojos druidas"…
Se oyeron voceríos y gritos entre los guías espirituales de las tribus.
Entonces, recién entonces, Narumip, hermano de Raiter, mandó construir una especie de templo.
Lo que vieron, sólo ellos lo saben… Raiter caminó, primeramente, la noche que el Faraón murió. Todo soledad y paz…
¿Qué pasó aquella noche?
…Asesinado por su hijo… Raiter había tenido un encuentro con un Sacaojos antiguo. Raiter, el desheredado.
Desde aquella noche su semblante fue cada vez más lívido. Obligaron a Raiter a abandonar su sucesión al trono, los mejores médicos volvieron con temor en sus almas.
Lo confirmaron, nadie podría curarlo nunca jamás.
Narumip se encolerizó y desterró a los médicos. A la luz del conjunto monolítico se celebraban ceremonias.
La noche llegó, y el Príncipe se presentó, para sorpresa de todos, ante las inscripciones célticas grabadas en una de las puertas de la sala del trono.
Quería hablar a los druidas… A los shamanes…
Se oyeron voceríos dentro por lo que se supone que Narumip presenciaba el desarrollo de estas actividades mágicas.
Los guardianes reales aguardaron ante los cañaverales de papiro, en busca de aquello que los escribas nunca grabaron.
Nadie lo supo nunca, aunque Raiter dijo que el palacio y el pueblo sabían perfectamente que siempre salía de su camastro real por la noche.
Su hermano Narumip perdió el control de la situación.
Pensó en su padre, el Faraón, temiendo por aquel que llamaban "el degustador de sangre"…
Los sanadores, el pueblo y las armas sagradas sabían perfectamente que el Príncipe Raiter sufría esa extraña Infección de lejanas tierras, pero nada más se sabía al respecto…
Su hijo muerto se presentó ante él la noche siguiente, la luz del sol era ahora dañina para el Príncipe.
Permaneció ante el trono, a solas con el heredero fallecido.
En la sala del trono, ruidos de objetos quebrados.
De las piedras que Raiter coleccionaba, "hogar de dioses druidas", se supo, eran los verdaderos guías espirituales.
Derribaron las puertas.
Podría haber sido una especie de templo.

ALZHEIMER Y COLLAGE DE LAS MITOLOGÍAS

DOLORES

Si en costumbre de arrojar algo se diferenciaron lejos de sí, Sacaojos y Ziras, el Oforme, fue por los pequeños objetos por los cuales caía su clientela, nada más.

Raiter tiene una leve sospecha de lo que va a pasar, pero prefiere no pensar.
Abro una bolsa de maní y los dejo sobre la mesa. Raiter prueba tímidamente algunos.
Finjo indiferencia y enseguida su mano ávida reaparece una y otra vez sobre la mesa. Está bien.
El maní se acaba y lo bajamos con un trago. Enciendo un cigarrillo y, sin saber bien por qué, le invito uno. Y le acerco fuego.
Las únicas palabras de Raiter.
–Gracias.
Nada memorable.
Enseguida se oye el ruido de un motor. Un automóvil se detiene. Veo acercarse la enorme figura al ras de la noche.
El Bestia.
Raiter se pone de pie y lo sigue. Se suben al auto.
Fue la última vez que vi a Raiter.
Entre manos pronunciando *"Sacaojos"* quería vender el sonido prolongado o–o–o–o.
En un esbozo del triunfo de Ziras, el Oforme, el ejercicio de La Distancia permitió la instauración de miles de "además". Los modelos de análisis, entonces, observaron extranjeros en tierras otrora vírgenes.
¿Cuál de aquellos niños querría un juego aparentemente

mejor pero más completo teniendo su pueblo?
Ninguno.

DOLORES

En sus manos todos se adscribían la punta de las ideas a un hilo de la calle Alberdi o un mandala de la Sarmiento.

Otros niños arrojaban a sus hermanos de la cuna puta mientras iban pronunciando de memoria el mismo acuerdo en o–o–o–o.
Luego, lo hago, es mi turno.
Europeizar volvía a traer fundamentos hábiles para el desarrollo. Así que, exclamando "¡Da!" ("acá", en alemán, a la mierda) los psicoanalistas echaron raíces.
Ahora remiten con facilidad a hacer monumentos al juego de gaucho o, si lo amerita la situación, lo mantienen como figura, lo cual ocurre cuando el niño tiene necesidad de revivir tiempos antiguos.
El gaucho es entonces o masacrado estando su madre presente o esclavizado.

DOLORES

¿Por ausencias más largas nos volvemos humanitarios?... Horas, que nunca sirven para nada.

La Distancia.
Sin embargo, un buitre es esencial.
Se posó detrás. El mismo se metió en ambos lados.
En este cuadro, RAITER, de acuerdo a las reglas del juego, se acerca oculto muy despacio en la tesis, para no asustarlo, y se toma la foto de acuerdo a los píxeles que admita la teoría psicoanalítica.
Microondas sin reservas.
¡¡¡¿¿¿Y qué buitres y qué evolución???!!!, esto es, sencillamente, el punto de apoyo.

–Coger no es engañar. –Sentenció Raiter en un clima de odio por nuestra libertad. –Jodete, seco. Bárbara, estoy de vacaciones…
Aproximándose al delirio pagaba por unos polvos de perra. La amaba tanto que nadie reconoció a nadie, pero no enloqueció realmente.
–A los alcohólicos: La vida es la última jugosa moneda.
Deprimente, señaló con su dedo. Sin dientes, y con los pulgares hacia arriba.
Muerte sistemática. Compasión.
Cosas que pasan.
Su amor humeante era veneno en una bella píldora.
–¿Tienen una teoría? Yo tengo…
–¿Qué carajo…?
Un arma.
–Mujeres peleando contra la guerra.
–¡No!
–¿Entonces? ¿Lo hacen?
–…Las guerras…
Bárbara había dicho entonces *"me gusta éste"*.
–Shhh… Sacudime la garganta, porquería. ¡Ellos tienen una bomba!
Ruido.
Acabadas en el condón presagiaron mal su boda desviada.
Recordó los días en que no era un infectado, a cargo de la seguridad. ¿No le debían una vida?
Lo habían expulsado de la Escuela Normal a la intemperie de las calles de Santos Justo. Al menos, la superficie era saludable. Muy pocas cosas sucedieron.
–¡Escuchame, verga seca! ¡El punk entre las tres y las cuatro de la mañana no puede existir sin sexo en tu boca!
Países con buena cobertura social… La canción de G…
El psicoanalista… El soborno…
Habiendo sangrado un sueño…
–En serio, Bárbara, admitilo…

…Papá se había agarrado a las trompadas.
- ¡Qué vergüenza!
Aquí, los ángeles saben que no hay nada peor que un niño llorón. Pero el resultado final: Raiter era uno de ellos.
–¡Ey, Marinero! ¿Dónde está nuestro próximo Sacaojos? ¡Fuera luces! ¡Muerte a los chicos copados!
Al menos era un buen blanco móvil. ¿Y qué? Creer en dios es igual de adorable.
Raiter inhaló el humo negro.
–¡Fuera luces!
Raiter, marginado de la sociedad.

LA SINONIMIA ENTRE ASCENDER Y DESCENDER

1

Cuando Drea llegó a Santos Justo fue como un bólido en llamas en medio de la ruta. Estábamos ahí, por fortuna, Raiter y yo, y cuando el auto se detuvo comprobamos que sólo había sido un cortocircuito. Drea estaba eufórica. Entre gritos de histeria, nos dijo "pensé que iba a morir".
Se lanza a los brazos de Raiter, sin conocer nada de él aún.
No puedo hacer nada sino observar.
La sube a su camioneta y desaparecen.

2

Quedo a un costado de la ruta, con el auto averiado y

con todas sus puertas abiertas.
Me pongo a caminar, no me gustaría que me encuentren.
La semana pasada murió Palomo. Algo tuvo que ver con Raiter. O no.
Cuando la hija de Palomo desapareció hubo un quilombo en todo Santos Justo.
Pero Raiter sabía lo que hacía.
Así que, una vez más, guardé silencio.
Es anterior.
Tardé en afrontar que la unión es un tipo de atracción.
El daño del concepto del creador junta amor personal, individual, como pesos del amor colectivo.
El "no" que une es historieta a la japonesa, mangas.

PALOMO
(de perfil)

Traía la mandorla y la pornografía en la misma mano.
Iba escuchando un disco de Almendra, aislado de todos.
Al instante, quedó expulsado de por vida de la idea de arte cristiano. Para él, sólo es un arma medieval, cielos laberintos, otro film.

En el instante en que se volvió negocio la idea del Complejo Lolita pensó que el pavimento lo sacaría a flote como si de una iglesia se tratara. No pensaba en arte, mucho menos en gótica.
Precedido por una invitación para los rosetones adolescentes por error, se reunió con otros jóvenes de casa, el vitral le mostró un adulto, sí mismo, pero en breve lo olvidó pensando en Asia. ¿Tenían iglesias allí? ¿Tenían los mismos planes?
Había cierta verdad, dicen, en viajar por chacanas y volverse la nada del mundo, la razón traerá el fundamento.
Vio los diagramas en su bolso una vez más, enormes, por dentro lleno de material pornográfico infantil.

Entonces se acordó del DVD que estaba viendo anoche, una película de Sacaojos de Occidente que un día dejan de creer en el pueblo.
Etcétera.

3

Vestía el bolso recuperado en su deseo y diferentes trajes de aves, apenas carroñeras. De los distintos tipos que se elevan a estas horas. Con un par de pelucas encimadas sobre su cabeza, una sobre la otra.
Predispuesto a la potencia de unas cuantas cervezas, escuché como sacaba las latas a la vez que su disfraz caía y le quedaba un aspecto de malevo.
Delante de la jaula de atención, una madama de los monólogos de aproximadamente cuarenta, demostraba cómo, según ella, debían proceder los buitres.
Tenía a su favorito apresado entre sus piernas.
Miramos el acto (hacía aparecer el vendedor en cada uno de nosotros y transformaba a la gente que conocía en prostitutas francesas para luego desvanecerse en una nube ninja de humo) y de a ratos le gritaba:
–Sos crédula, eh…
Miraba el objeto que constituía la prostituta francesa con su bolso abierto.
–Jajaja!
Con un traje se calmaban los chicos. Negro, objetivo sobrio…
–Todavía entrenaremos sonrisas están retenidas sobre el nombre de la camisa que le mostré (…)
…blanca, el bolso contenía el examen de algebra.

4

Teniendo que terminar su proyecto a manos debajo, la punta del hilo de escritor era un puente hacia el manda-

la. Él, como un niño, no podría comenzar, arrojando un montón de NO a su cuna me ha propuesto que lo delate recurriendo a papeles desordenados todos escritos con lo mismo:

o–o–o–o.

Luego, viene por un favor. Como no volvía en sí, agarré hábilmente uno de sus más viejos recuerdos, exclamando "¡Da!", y luego su nombre. Pero sin descuidar mi vista del bolso alemán repleto que llevaba consigo.

LA DISPOSICIÓN DE LAS HOJAS

Como anciano sonríe. Su ajada piel morena brilla en un mediodía abrasador. Un hilo de sudor se desliza por una de sus sienes.
Se agita en vano. No puede soltarse.
Comienza a sentir el olor a madera chamuscada y hojas secas a sus pies.
Densas nubes de humo le nublan la visión. No logra distinguir la multitud frente a él.
Las máscaras grotescas, los bailes frenéticos y la algarabía de su próxima desaparición son cubiertos por lo gris.
Lo gris entra en sus ojos, enrojecidos.
Intenta pestañear para calmar el ardor, pero en la planta de sus pies el fuego devora la piel con ferocidad.
No grita. No podría hacerse entender entre la multitud. Por eso, no grita. Permanece sentado en la plaza, un mendigo, un hombre que lo ha perdido todo y no tiene que tener excusas.
Pide unas monedas.
Algunas manos lo ven, otros siguen de largo.

Al llegar la noche se reúne con otros camaradas. Si hace frío improvisan una fogata. Comparten un vino y los oye hablar. Cuentas sus gloriosos pasados. Él sólo los escucha.
No puede dejar que nadie se entere que está muriendo.
Un niño en el liceo le había revelado el secreto. No podía defraudarlo. Habían pasado más de sesenta años.
Un lapso mínimo en la historia de la tierra, un tiempo crucial en la vida humana.
Se habían fugado de clases para aprender de la escuela de la vida. Se detuvieron en el parque. El niño abrió su mochila. Sacó un arma.
–Se la robé a papá–. Dijo sonriendo.
Jamás expresó una mueca de asco como en aquel momento. En su memoria había el cráneo de un perro, con un orificio de bala en el centro.
No recordaba cómo había llegado allí.
El pasillo es extenso, un corredor blanco. Sin puertas, apenas algo de luz. Cada veinte metros la oscuridad se vuelve total.
Cada vez que atraviesa esa oscuridad presiente a una criatura observándolo. Debe ser su imaginación.
Tiene miedo de ver, de descubrir que tiene razón. Desearía quedarse en la luz, en medio del pasillo para siempre, a salvo.
Sabe que en la luz no sería lastimado.
Pero no puede hacerlo.
Sigue adelante, la luz se vuelve mortecina en el corredor y en un segundo las sombras lo envuelven.
Presiente algo. Una respiración pesada.
En medio de la oscuridad se detiene. Aprieta sus puños.
Un golpe bestial lo arroja a la luz del pasillo. Una presión poderosa inmoviliza su pecho. Una criatura viscosa acerca los dientes a su rostro.
La luz del mediodía.
El fuego deforma su carne. El cuerpo ya no posee sen-

saciones.
Ni sucesiones ni espirales. La hoja que arde no tarda en quemarse.
La multitud se disgrega alrededor del ajusticiado. A la memoria ya no le interesan sus crímenes.

PROFESOR ZALAZAR

El unicornio me apareció y lo mataron. Por ser el gran parto de sus pensamientos, la cinta estaba rota. Después de tanto ruido, uno de nosotros dijo:
–El unicornio ha vuelto con ademanes horrorosos.
Han pasado los años en señales. El día de mi muerte con sus temerosas ternuras se aproxima para ver nacer los abortos fatales.
Primero nació Bárbara, después compraríamos un unicornio para volver a la comarca. Infundiríamos pavor a los mortales por la forma y el tamaño, pareceríamos un igual.
Un ratoncillo fue lo que su madre ató en ella.
Hay autores que en voces misteriosas citan estilos fanfarrones y campanudos. El futuro nos justificará.

Si cuando uno se queda mirando atentamente las palabras nada encuentra, entonces: bloquea de memoria sin memoria, no le asombra para nada el hecho de estar. Ya le ha pasado otras veces a la llama.
Ríe, enquistada en sí misma, como una de esas que se te aparecen toda desnuda, como Dolores. Descubre que junto a Palomo descansa su defensa de recuerdos. Quizás ni siquiera se dé cuenta que la ganancia para estos tipos convive con el cero absoluto.
Lo que sí, la tienen afuera de la puerta como tratando de borrarse.
La fotografía.
Bastante preocupada la dejó lo otro, esa capacidad que ella denomina La Distancia, una cosa que le da la foto

que está allí para atestiguarlo; sobre la mesucha, para aplicarle el nombre exacto a una cierta seguridad o un cierto escalofrío, surge la luz.
Ella y él mirándose a los ojos. Y recibir una taza de té cuando dice *quiero* según las veces, y entonces lo recibe a él, con aire nupcial.
Ella tiene puesto un velo y tras este
(y ese *quiero* también lo desconcierta, ese acto viendo que La Distancia está fuera del departa- velo una expresión difusa. Él, en cambio, tiene su voluntad)
cuando dice:
-Quiero una taza de mento.
(¿departamento?)
Ahí no más el otro aspecto triunfal de los que creen que han llegado por el té. Marcos la atiende en sus menores pedidos.
Al lado de la llamada puerta, quizás esperándolo casi siempre (está) él. Casi siempre cuando lo ata. Y sabe que se llama así porque el propio Marcos, cuidándolo, y ella a veces puede imaginárselo al alcance de la vista.
Adopta ese aire triunfal, Bárbara se lo ha dicho, repitiéndoselo cuantas veces está con él, con el paralítico, y la acompaña, en especial ante los recién llegados.
Y de golpe, el cese fue necesario para que ella lo retuviera. Cuando él se la queda mirando muy fijo como apagándose, de golpe, como por obra de un interruptor, llega el nombre.
En cuanto a ella, le han dicho que sopesando el recuerdo de cosas viejas; todo se apaga y el triunfo se convierte en duda, no en llama. Dolores… eso también forma parte de ella, y no lo comparte para nada. Es algo mucho más opaco, difícilmente explicable. La nebulosa en la que transcurre su vida.
A veces le duele la cabeza y ese dolor es horrible, insondable.
Entonces, no queda más que decir:

ojos abiertos pero después está el hombre: ése, el sin-nombre, único, íntimamente suyo que le puede como humo por la cortina baja; ojos herméticos, fijos en que le pueda poner cualquier nombre al hombre. Después él queda como ido, para nada viéndola, o quizá sólo viendo, no lo sé, la posee por la cabeza, total, todos son igualmente ansiosos… Y aterrado de que ella recuerde que ella ha perdido en alguna curva del camino.
La mente enfermiza del tipo, cuando anda por algo concreto: lo que ha quedado atrás y ya no recuperará.
Por casa no le contestan, aunque lo llaman tarde, a última hora, lo que le quita todas las ganas a Raiter. Y parece que el concepto es recuperarlo. Pero hubo un camino, le consta que anda por la casa con la frecuencia necesaria.
-Loca no está. De eso al menos se siente.
-Sé que camino hubo, con todas las condiciones.
-Reí como para aquietarla, un poco, poniéndole Gura aunque a veces se pregunte por las atmósferas del camino humano.
(Las grandes manos sobre sus hombros y sus derivados recaen sobre Ninfa y de dónde sacará esas tempestades).
Una progresión no exenta de ternura. Concepto de locura y también la certidumbre. Eso de estar así, en el presente absoluto, y después están los objetos cotidianos. Pero al menos sabe de eso, sabe que no, que no es un mundo el que nace a cada instante. A sus llamados plato, baño, libro, cama, taza, mesa, trata de escaparse de la razón o del entendimiento que nació pocos días antes (¿cuántos?) ante la puerta.
Resulta desesperante, por ejemplo, un estado general de olvido como vivir entre algodones: algo mullido y enfrentarse con la llamada puerta y preguntarse si no le resulta del todo desagradable para con cada cálido pero sin gusto. También sin asperezas. Qué hacer. Una puerta cerrada con llave, sí, pero nada. Angustiante.
Ella poco puede saber de asperezas en esta cerradura.

Ahí no más, sobre la repisa, allá la angustia como otra cosa: la llama partiendo del todo suave, y el levemente rosado, cáncer en la mano, y los cerrojos fácilmente oprimen la angustia que crece desde la boca del estómago, acompañada por Dolores que habla en voz alta, descorrible, y la fascinación de otro lado le dan ganas de gritar a bocca chiusa, como bajísima.
Intuye que las asperezas existen, que ella no se decide a enfrentarlas.
Si estuviera gimiendo, dice – o piensa –, sobre todo cuando él
(¿Palomo, Néstor, Raiter, Dolores o acaso Drea, a quien aún no conocía, de este lado y babeando como si vieran la imagen de un pago?)
la aprieta demasiado fuerte, como una puerta más que como una nada, sus brazos son llamados cerrojos y se labra una imagen nítida a pesar del estrujón de odio que un abrazo de amor o la llamada llave pidieron a gritos que transmita. Puede ser una simple palabra.
Un menos del deseo, y ella sospecha que hay algo dando el límite. Sólo que ella no, todavía no; su imagen, que sin dudas está cargada de recuerdos detrás de todo esto, la sospecha como algo que no es sino como una apariencia que a nadie importa. ¿Por qué sitio andarán sabiendo de los detalles que le cruzan por la cabeza y demasiado deprisa, y más de ella que ella misma?
Nada se le esconde. Después el retorno a lo mullido, al dejar. Y de golpe la llamada. La puerta se abre y aparece. Y ella trata de estirar una mano pero no llega. Y de nuevo las bellas manos de Marcos, quien ahora también llamaremos Vector 6, demostraron la capacidad mental de atrapar un recuerdo al vuelo, no fue ninguna técnica en especial, se limitó a acariciarla, sus largos dedos entrando así también como sus llamadas imposible; imposible tener acceso a ese rincón brazos laxos alrededor del cuerpo de ella. Y las llaves comienza a utilizarlas con

mayor familiaridad. Y de su cerebro donde se le agazapa la memoria brotan imágenes nuevas, muy de cerca, pero sin prisa.
A las siete de la tarde el bar estaba desierto. Marcos, Vector 6, intentaba distraerse frotando un paño con alcohol sobre las copas, pero no tardó en aburrirse.
Sus ojos se fijaron en la vereda. Los vidrios casi limpios notaron la atención que se desprendió de aquella mirada.
Acababa de cruzar Ninfa, sin sospechar siquiera de su existencia. Marcos, Vector 6, dejó las copas a un lado y esquivando la mirada del encargado, absorta en un juguete electrónico de moda, se precipitó a la calle.
Miró alrededor y fingiendo sorpresa saludó a Ninfa. Ella se acercó. Le besó en la mejilla.
Hablamos de algo que no recuerdo.
Al final, le da su número de teléfono a Marcos, Vector 6, y le dice que le gustaría salir una de estas noches.
Se despiden.
Por fortuna Marcos, Vector 6, no tiene una noche libre sino hasta dentro de dos días, por lo que, cuando finalmente llame a Ninfa, no pasará como un desesperado inexperto.
Aunque de hecho lo es y apenas entiende de lo que le estoy hablando.

MUTACIONES DEL BUITRE

Buitre: una constelación a cambio de unos glúteos. Estado penoso. Actos lamentables.
"Eh, Buitre, vuelve a intercalar felicitaciones seguidas de otros saludos agradables, pon tus frases aquí….
Venta de guarangadas.

(…)
–No, no, esto es lo que me dio para que creyese que era lodo.
–Treinta, por aquí…
Tampoco era casualidad que las ciento de mujeres de Dolores aún no se hubiesen ofendido luego de lo que habíamos arreglado elegir.
Para ser un niño, obtener esa alegría era una bofetada, abrir sus *Otra Noche*, etapa de la buena fortuna, simulando retorno como el que vuelve, asombrado, a los cigarrillos.
–Nada, mandala, también había ocurrido la existencia en una consabida huída de formas aterradas.
¿Ligera casualidad?
Salí de borrachera con la ganancia de sus juegos, la constelación de Leo me recordó a casa, a los "buenos"…
¡Ésta!
Pero llegué a los objetos que ya no lo eran, la mayoría con ganas de comenzar a ser hechos.
Recuperado.
Flashback.

NÉSTOR BUSTAMANTE

Después de la última carrerita bien llegada, me comentó con su acento sus calentamientos e historia. Había trabajado en la repetición de caras en su misma habitación, al borde de la separación. Acabó llorando en un videoclub…
¡Eh, pardillo!
De una pérdida en potencia, su territorio se preparó para la invasión…
Por ello, mi degenerado, no hay nada que desee más que presentarle las reglas del juego.

Había un niño al estilo re puesto, ultrajado. Sus gruesas uñas de horas… bien, después, por casualidad del

pequeño, rememoraba introducciones y se masturbaba debajo sin tener en cuenta las pulsiones de quienes aguardaban en la ducha, rememorando los adalides de un VHS de muerte.
Convivían con el suceso de las privaciones calentándose en la pérdida, formando parte del acervo digital.
Luego volverían los psicoanalistas.
–Seminario en la ducha. –Dijo uno… así son.
–¡Uno al agua!
–¡¡¡Los principios helados escritos en la lógica!!!

SON EL PEOR EQUIPO DE TÉCNICOS DEL INVIERNO.

FIRMADO LA COMPAÑÍA PSICOANALÍTICA.

Néstor Bustamante tuvo la idea lista en toda su pasión.
– ¡Eh!
Las estufas en el cine entristecían a la diva. Por más pérdida que tuviesen su poca relación directa se une al tiempo, al camino, al buitre hambriento… en el negocio ponían en orden las cosas.
Con ciertas vueltas le quitó el short para llegar al acceso de sus contemporáneos.
A todas horas pensaba en hacerle el lenguaje.

VECTOR 6

Los especuladores, ¡qué distinción de mandados por la palabra casualidad!
Es el que tenía a todos, a mamá, para el asesinato.
¡Y ver cómo caminaban los periodistas era parte de otra película, pensando que sabían del asunto!
Desde las penas de siempre, pudo atender estos estados maníacos.

Más bien…
El estado de los frascos de fotografías que se venden solas componen la vaselina del test, me aseguró.
Raiter y demás personas tenían razón. Padecen graves lubricantes para Infecciónes instintivas, una bonita manifestación suave cuyo historial de penetración diagnosticó un clínico del día, conocido por la desesperación de la exactitud.
El límite color mayor parte mandioca en la camisa de los enfermos.
¡Ay y no han sido reconocidos!, supo genealógicamente qué hacer.
La forma en que se den los instintos esta vez es un extraño suceso que no podemos tomar. Acontecía un nuevo alumno cuando no se presentaban menos que en la cuarta clase, la de los instintos.
Estos niños se denominan durante diez años, "vectores instintivos".
El vector había leído desde su desde muy temprana edad un quatum instructivo, todo instintivo, limitando lo referente a un violín de direcciones especiales que ahora deseaba ejecutarlo.
Vale decir que no se manifestaron más necesidades de tendencias en este niño de instintos cruzados. Por ahora, el destino era el lujo de un individuo que se examina frente al espejo, en cuatro.
Él deseaba los vectores nada más que para continuar su vida. Lo dijo Palomo Santos, creo.
La misma vocación condicionaba a los demás, obviamente, por sus factores Infectados.
Los seis niños violinistas. Vectores de dos capítulos. Pero en vida se resumen a uno. No había ningún indicio de vida sexual: vectores modelos, ni rayitas en sus camisas.
Aún no son Infectados, aún no. Anotados con sus características:
- *En éste, el impulso hacia el momento antes del*

amor, como en Néstor, impera el factor catástrofe. Cuando comience el impulso de agresión, el sadismo, el actor observa todo.

- *Su camino es la vida y la ve afectiva, vector paroxismal, ha ido dejando atrás el instinto. Sorpresa.*
- *Experimenta sentimiento cainíticos, la sala de psicoanalistas determina el Factor S.*
- *Cierta resistencia a los sentimientos morales, no sabe si mostrarse u ocultarse. Reúne diversas personalidades (esquizofrenia).*
- *Tipo sabihondo: toma la vida de otro y lo amolda a su Yo.*

Café con Vector 6, medialunas mientras criticaban la nota número tres. El presidente impulsó un turno para tener un papel activo y brindarles K (Ketamina).
El consabido impulso aumentó tranquilamente el ser, a pesar de que el Factor S podría apagar todo.
En el tiempo de la vida, el televisor era el único contacto del Vector, aislado de todo.
La intriga del día del impulso busca pensando a qué adherirse, pensando que el Factor S no le afectará.
Luego, cuando el impulso ha degenerado, en lugar de agarrarse se mudó a peligrosas habitaciones de Santos Justo.
Diagnóstico: *"tocado"*.
¡Lástima que no había posibilidad de una existencia protectora!

Aunque lo viera oyendo, hice ver que dormía.
Año, más o menos.
Con apenas una toalla, él entró en silencio. Cabello y barba andando de puntillas.
–Aquí para dormir. –Y se metió a mi lado. –Tienes libre el cuarto.
Me violó en sueños hasta el suelo, como si no hubiese hecho el amor en toda su vida.

Él buscaba su ropa, solazó con mi cuerpo. Sentía salirme de mi cama vaginalmente, antes de entrar el cálido semen, corrió a abrazarlo.
Desperté.
Me arrinconó.
Salía el sol y corté la pared del lavabo.
Avergonzada, temerosa. ¿Activo para él?
De que me estuviera… pero no ocurre nada. Salió del cuarto como si me hubiera agradecido.
Liada a la cintura, profundamente chorreando fluidos.
Pero en la otra habitación:
–No hemos venido para no desvelarnos, amiga Bárbara. En pie.
La cama ante mí. Deseo de baño. Dejada violar por él.
La toalla se deslizó en sueños, en problemas.
Mientras, noche.
En sueños su interior se desvestía. Me penetró. Me desnudaba justo.
Dejó un reguero desde el cuarto de baño hasta mis nalgas.
No se atrevió a volver a hablarme, ni a besarme.
No hubo orgasmo cuando ya, escuchándome bruscamente, ¿no tenían ningún valor para él?

(Bárbara)

DOLORES
(conteniendo sus lágrimas)

Dio señales de noche, aunque, cuando estuvo cerca, hice ver que dormía sus hojas en la primavera.
Pasado, entró en silencio, con la misma seguridad, andando de puntillas por el sol, por la luna... y se metió en su avenida cercana.
Estas señales ya aparecieron, y, en cuanto me violó, el sol se oscureció.

Hizo el amor durante todo el “día oscuro”.
En la parte que solazó mi cuerpo, grandes fueron las tinieblas.
Vaginalmente tuve que encender las luces al cálido semen entre la medianoche de la luna, que despertó mis propias creencias.
Salía el sol y lo corté.
Razón satisfactoria.
Temerosa, nieblas inusitadas.
No ocurre nada en el sol, en la luna… Hubiera agradecido.
Aclaró cuáles serán esas señas profundamente cuando ya no diese su resplandor en la habitación.
Para no desvelarme y angustiar a la gente, confundí mi cama con el mar y las olas.
Los hombres me dejaron para que me violase.
El temor y la expectación de los sueños, me condujeron a tierra.
En sueños sobrevinieron las nubes del cuerpo. Me penetró como si anduviese en busca de algo.
¿Enviará a sus ángeles con un reguero de sus escogidos a mis nalgas?
Me demoré de un cielo hasta el otro.

Orgasmo, cuando ya la higuera aprende los parámetros bruscamente, avergüenzan a la tierra y brotan las hojas,
Tal como pasa con ustedes.

(Bárbara)

BÁRBARA Y EL PARALÍTICO

Luego, era un disfraz.
Recordó que era el psicoanalista que la había atendido por la mañana, como si fuera un objeto, lloró un poco alrededor del metro cuarenta que tenía la habitación.
En busca de estatura de indicios o algo que le borre la desesperación.
Pero ahora conoce la vergüenza, le dicen, y las que se llaman lágrimas son consuelo.
Palomo, el capítulo siguiente me lo prohíbe enumerar.
Estaba al pequeño frente un demonio mortífero, un espejo ignorante del fantástico recinto de los psicoanalistas.
Poder.
Uno llevaba una remera del Complejo Lolita, la luz desprendía fosforescencias de las rayitas que cruzaban la indumentaria, fueguitos color mandioca.

EL PARALÍTICO

¿Qué entrañas se debía mi pecado, ese color en el alma mía, Bár–ba–ra: tan extraña, soñaré pasarte tan anormal, a buscar y alterar tus cromosomas, aún sabiendo que llegará el día en no atenderás absolutamente nada?
Desde mañana, ¿qué se supone que deba hacer del otro lado de la orilla?

Del otro lado, el último árbol caído se secó unas gotas de ojos negros de sudor. Desde temprano, caían al ritmo del ladrido del perro de enfrente.
Fui el nerviosismo que era, y algún estado del día natural podría llamarse Normal. Sonre–irás. Vi un ser humano, la belleza no es la que contó el psicoanalista, es tu saliva la que se apiada de él… Era una anomalía caída del árbol.
Cuidaré tal como tu sonrisa con La Distancia y los domingos de ese desesperado día.
Recordó no ser tres, ni los abrigos de colores…
–Estoy ahogado, lo que mareado…

Desalineado, debía hacer de enamorado cuando el árbol caído se presentaba.
Pasaron unos cuantos días hasta que mis dedos volvieron a sentirse cómodos. Hacia delante no parecía haber ninguna sorpresa. Me quedaba toda la noche despierto escuchando a Salvatore Accardo interpretando a Paganini. Ya se sabe, el tipo de cosas que uno no logra comentar con nadie.
Me dormía al amanecer. Quince minutos. La alarma me daba latigazos en los oídos. Me cambiaba. Sentía mi propio ser desvanecerse.
Cuando pisaba la calle, era otro tipo más.
Una cosa es cierta: cada vez que alguien viene a pedirnos algo en realidad no tiene idea lo que busca.
Sólo un ignorante podría haberlo pensado: pedid y se os dará.
A la hora de pedir sólo se necesita un requisito, que el solicitante esté dispuesto a decepcionarse.
No siempre puedes tener lo que quieres, pero a veces si lo intentas puedes conseguir lo que necesitas. Hasta el más tonto de nosotros puede decir algo sorprendente. Y nunca falta alguien más tonto que lo halle conmovedor.
Raiter lleva una tablilla con papeles en una mano, sueltos.
Desaparece de mi campo de visión y, un instante después, la consulta. Quedo a un lado de un analista forense y su compañera, la de un instante, Bárbara, después callarán para siempre.
Hablan al micrófono de nuevo.
Su voz suena polifónica en la comunidad psicoanalítica, no creen que intente emitir de nuevo sus zumbidos y están más seguros que nunca.
Acababa de efectuar el rebobinado de la cinta y en una parte descubrí lo espantoso.
Ya no pudimos hacer ni el diagnóstico más erróneo de la vida, pero sí lo de la exploración. Aparte de no darnos

cuenta del resto.
–Estoy demasiado asustada. El miedo me sabe.
Así que empiezan a manosear al primer paciente que sigue vivo, un joven Vector bloqueado de cuerdas vocales. Sólo pudo sentarse. Todo iba de maravilla, se dijeron, cómplices.
Vector. Con la mirada clava en el techo mientras:
–Comienzo la autopsia a las cinco cuarenta y…
–Creo que ya estoy listo para seguir, profesor. Ella se reúne con Palomo y ambos me observan a eso de las nueve de la tarde del sábado, doce de agosto. – Anuncia por fin, aunque con cierta inseguridad.
Como deudos ante una tumba abierta de mil novecientos noventa y cuatro, Néstor Bustamante se acerca, me echa un vistazo y oprime mi interruptor.
–Gracias –dice él.
Antes de respirar hondo, Palomo me separa los labios, me examina los dientes, me revisa suavemente el hombro de Raiter.
–… Levantar las tijeras–. Ordena
–Empiezo la incisión pericár…– Lo dice como quien pretende comprar un caballo. –De acuerdo –conviene–. ¡Que empiece el espectáculo!
Me baja la mandíbula. Baja las tijeras muy despacio. Las veo…
–Buen color –observa–, y sin petequias en el intento de sacar la lengua.
Ese sencillo gesto lo veo… hasta que por fin desaparecen de mi cama…
–Las mejillas de un niño impertinente bastarían… y me parece que eso salta a la vista.
Al cabo de un instante, percibo el frío, la canción entrar en fundido, y oigo un clic, un leve cosquilleo en las profundidades de la boca del acero contra mi abdomen desnudo. Cuando oprime el botón que detiene la reproducción, como quien se despierta después de un coma,

Raiter mira vacilante al profesor.
–¡Mierda, podría estar vivo!
Dosis potente de morfina.
–¿Y siento también…
–¿Estás segura de que no…?
Zumba como un loco, y en el mismo instante… ¿un espasmo?
No, imaginaciones mías, aunque…
–¿Querés dedicarte a esto o no, Raiter? – Palomo deja caer algo que suena.
–¡Sí! ¡Sí!
Pero… sólo un pequeño espasmo, y ella se impacienta.
Como un final.
Segunda vez que lo intento y no sucede nada.
– Ya sabés que sí, pero…
–Ya le gustaría a él –dice con una carcajada. Cuando Raiter ve las tijeras, los Rolling Stones cantan.
–Cortá.
Raiter oye sus risas, y esta vez les desea un ataque.
"Fuego". Raiter aprieta los labios y asiente.
En este modo, cáncer a ambos, de esos que no pueden operarse.
–¡Poneme un espejo delante de la nariz! –gritolamento, cerraría los ojos si pudiera, pero por apurarse tardan más tiempo en matar.
–¡¿Ven cómo se empaña?! ¡¿No pueden hacer esto?! No, no pueden. No. Solos no pueden. Prepárense para Raiter, recorramos su cuerpo con rapidez, palpemos sus cosas, todas, el dolor que sentirá dentro de uno o dos segundos comenzará en el pecho.
–No se aprecian lividez, hinchazón, ni snic, snic, snic.
Después, el impacto del acero.
–Otros signos externos de infarto–. Señala Palomo. Ladea las tijeras de modo que la luz se va…
–Cortando –anuncia Néstor Bustamante, al tiempo que se lleva una sorpresa.

–Mierda.
Y luego, el abdomen. Desliza la hoja del bisturí, y por primera vez veo la cima hacia adelante. Eructo seguridad total. Seguridad, de que esto se irá.
–¡Esperá! –gritó ella.
Me mira con los ojos muy abiertos y los labios de seda macabra seguirán adelante hasta el final. En la presión sobre mi plexo solar remite alguna separación.
Y de nuevo intento zumbar, el director no congelará el plano.
El árbitro formará parte del decorado.
Raiter se vuelve hacia ella, sorprendido. Trasbedor de que no me oirá por encima del inicio, tendrá la pelea en el décimo asalto. Se hará tornado y aliviado por la demora del momento se pondrá de pie, pero pensando que el eructo le hará una pequeña pausa para la publicidad. El cristal…
Ve por fin lo que tiene delante de las narices….
Querido Raiter, vete a clavar las tijeras.
Siento la mano enguantada del profesor con la que pide perdón, me riñe como zorra de entrañas mientras yo yazgo impotente, y me gira en torno al pene, como si pretendiera hacerme doctor o especialista en algo, a mi espalda, con una risita.
Acabará dentro de un paquete postal cualquiera. Una paja. Sexo seguro con los muertos. Después, la despacha al correo. Casilla Postal 19, Código Postal Desconocido. Direcciones al azar para trastornos aleatorios. Apenas un pasatiempo.
Los eructos post mortem son la mira titubeante de Palomo.
–Omitimos a Raiter –observa al poco.
Lo peor.
"¡No!", aulló. Su voz reverbera contra las paredes.
Raiter se inclina para observar lo que el profesor examina.

Raiter agita la mano teatralmente ante su rostro de oscuro cráneo, pero de su boca nada ha encontrado, la cicatriz en su entrepierna, y sigue con lo suyo.
Apenas le toca la entrepierna, brota el sonido
"¡No, por favor!" en la parte superior del muslo derecho, una pierna, señala la cicatriz de la cara. Bárbara asiente.
–Hendidura vidriosa y lisa en la carne.
–…parte posterior de pierna izquierda continúa en la…
–Adelante, lo harás muy bien.
Su mano aún lo sostiene, le levanta el miembro para ver la parte delantera.
–Esto…. ¿querés que ponga música?
Mejor, nada más. Por lo que a ella respecta,
Dejaste pasar la grande –pienso–, puede que sí.
–¡Sí, ponela!
Bárbara está un poco más arriba.
–¿Te molesta?
Se levanta de la camilla para que otra persona eche un portal, vigilante de playa o quien fuere, pero resulta que…
–¡Sí, le molesta! ¡Lo tiene tan muerto que piensa…
Vistazo al tesoro hallado debajo, mandalas.
–¡También has pasado por alto el hecho de que su paciente está muerto!
Cartera perdida, tal vez el ratón de juguete que estoy vivo, ¡y eso sí que importa!
–Bueno…. Llevaba tanto tiempo buscando…. Pero lo cierto…–Siguen hablando al micrófono, cada vez más cerca.
–No hay problema. –Concluye ella. –Es algo que ya pasará, nada más.

LOS PLANES SIEMPRE SE TUERCEN

–Esto debería promoverme.
–Drea, el hecho es que esta fantasía sencillamente sexual no cuenta con el apoyo de toda la gente.
–Menores…
–Formas concéntricas que sugieren nuestros actos, sencillamente.
Cuando Drea propuso la necesidad llegó la mala idea de vender porciones de realidad en las calles de Santos Justo. Perfección suscitada por (de equidistancia con respecto a la probabilidad de bólidos en llamas en el centro) y como un medio para abrir rutas.
Estando en aquel perímetro de nuevo, por fortuna, evoqué al eterno Raiter, retorno de los cuatro ciclos de naturaleza imparable (propuesto tal como si sólo se hubiese tratado de un cortocircuito en la tradición post helenística).
Por lo demás, Drea siempre andaba eufórica. Por ejemplo, le dijo que creyó haber visto al uroboros. A su vez, que iba a los rituales a morir. Es frecuente que se lance a los mágicos brazos de la separación.
Raiter, sin conocer un espacio sacro porque nada tienen que ver con él, improvisó volverse profano. Para esto, decidió no ejercer más tradición que la de observar. Partícipe de ocultismo occidental, recurrió una vez más a su camioneta.
Y desapareció.

RAITER

Quedo y recurre a un costado, los círculos mágicos. De la ruta, el espacio sacro, el auto abierto (o, al menos, parte imprescindible del ritual).
Camino, inscripto está que no me gustaría que me en-

cuentren en aquellos círculos.
La semana pasada, la muerte de Palomo alteró nuestras funciones permanentemente.

–Raiter es lo que un dispositivo análogo es a los mandalas orientales. Es parte de la universalidad y no. Cuando de una separación se trata, desciende su barra de pérdidas. Por ello es que tiene amigos por el estilo, también es un juego de niños que te podría interesar. –Vector 6 a Drea.
Introducción a la fantasía. Tal vez que tenga (algo) que ver con pulsión de muerte.
Algo siempre nos empuja a la pérdida de razón.
Forma cuadrangular. Regala nada. Lo de aquel hipotético Complejo es gastado en:

- La práctica. La palabra *Lolita* en cartel. La inmobiliaria.

- La definición (incompleta) de mantras hindúes. El descubrimiento de una serie a primera vista lineal revela nuevas características posibles.

- Los mandalas que pudieron conseguir.

Drea merece una mejoría a pesar de no cumplir con las pautas establecidas, porque después de todo tiene que soportar a su madre.
Esto es ser, como cuando realizás la réplica mágica de:
–Sí, sí… plantealo y desaparecé, pero no auto–máticamente… te necesito más que como un negocio, yo mismo te lo digo…
Dije que sin el punto era esencial. Sin embargo, no me encontraba como niño y era increíble que en esta época todavía fuese posible la transmutación estando su madre ausente de opciones.

Las largas horas de la realidad no guardaban más asuntos que quejas a la hora de escribir. Probablemente era la memoria la que sufría mucho ante la realidad. Y ello, tanto en tiempo como espacio, era lo único que solía estar ligado a las no muchas puertas que nos quedaban.
La madre de Drea no había sido educada mucho más que ella, triste, sola.

PROFESOR ZALAZAR

No podemos ser adueñándonos de lo que no es. Mejor aún, no somos. Nuestra sangre se venga, conlleva la sangre de él, de los opresores, madre. Es como nuestro canto de "si le dijese libertad…" para responder por lo bajo "sí, sí, vete, nuestra libertad. Salirse no te necesito, es imposible, pero yo mismo soy la justificación de estos hechos".

El recuerdo del juego de un escriba reproducía la desaparición de mensajes y la certeza de la reaparición de la buena madre. Lo más interesante llegaba a la hora de hacer las cuestiones, y la fantasía sentía las hipótesis mejor, como siguiendo a uno y después al otro, pero sin diferencias.

NESTOR BUSTAMANTE

El primer nivel guardaba el sabor placentero lo más lejos posible, además.

Pero, hasta ahora, Iván Petrovich había observado que esto nunca fue parte de un día en la historia y que en todos los casos, cada uno de nosotros siempre es el mismo niño.
Así que, por favor, es un juego solamente, aparentemente más completo que antes.
Aunque hayamos coincidido en algo, nos humedecía más que entretenernos…

Ajá, digamos cada cuatro, a partir de ahí…
Al hacer doscientos metros, la madre vendió su cuerpo por nada. Incluso por todo, al sucumbir al no deseo. Rogaba por hallar el placer de comerse a su contrario en ese paseo, pero debía aguardar la constelación de Leo, sino imposible.
No fue casual que se nos hubiese agotado el lenguaje y en la mitad del centro incomodaba no poder decir siquiera el término *"absoluto"*.

ORGÍA EN LA CÁMARA DE GAS

Si me quedase un poco de vergüenza concluiría todo este asunto al finalizar esta oración. Desafortunadamente para todos, la vergüenza y otras cualidades humanas se me van perdiendo a medida que el vaso se va vaciando. Como un agujero de bala en medio de un músculo, sangre perdiendo, recordando cosas, cuerpo en el suelo, ornamentando cual rama seca al invierno.
Pero todavía queda media botella, eso es como decir media vida, ¿no?
Algo extraño ocurre con la ingesta de alcohol, el cuerpo acalorado, el mareo presente y el sentirse animal. Hay quienes lo hacen socialmente, hay quienes se sumergen en los meros efectos.

EL BESTIA
Yo escabio nada más porque pega.

Las mujeres toleran menos el alcohol. Bárbara dormía en la cama que alguna vez fue de Dolores. La escuché roncando. Catorce años en este mundo de mierda y el exacerbado cinismo adolescente del yo–me–las–sé–todas… Ni una veta de ingenuidad. Me acerqué a acariciarle los suaves cabellos teñidos, con témpera o papel crepé, mechones de un rojo desesperante se erguían con sus puntas secas desde las raíces de un bruñido azabache que aún resistía el maltrato capilar. Besé su mejilla irresistible. La escuché resoplar en el sueño. ¿Habría sentido el beso? Me acosté a su lado, acaricié su sien al ritmo de su respiración. Dulce y tranquila. Las mujeres toleran menos el alcohol.

Es extraño. A veces llueve todo el día, con vientos que arrebatan nuestras ropas de la soga, con truenos que hacen temblar el suelo bajo nuestros pies. La tormenta acaba, y cuando veo la primera estrella me pregunto, ¿es el mismo cielo?
Obviamente, ya lo sé, es el alcohol quizás.
No había visto a Bárbara durante cinco años, pero ya entonces jugábamos a la mamá y al papá, sin dobles intenciones. Un mundo distinto ahora. En el juego, éramos un papá y una mamá que cuidaban muñecas avejentadas, heredadas de Dolores o mi madre.
Cuando nos volvimos a ver, esa inocencia se había desvanecido sin dejar el menor rastro. Dolores se había desvanecido también y pronto nuestros parientes se repartirían las huellas de su paso por esta tierra. Nos habíamos vuelto cuervos, el ritmo natural de la existencia.
–Todos son malos en el fondo. –Dijo Bárbara. No me dijo quién se lo había enseñado.
En un bar que se llamaba Bola 8, terminábamos nuestra segunda cerveza. Pude ver que se aburría.
–Esto no cambia más. –Le dije, y tomé un trago largo con una vana esperanza.
No dijo nada. De seguro estaba de acuerdo. Siendo apenas adolescente, ¿cómo podíamos estar seguros de algo como eso? Supuestamente, debíamos ser alegres.
–Vamos. –Me dijo, y la seguí dejando sobre la mesa el ticket de la consumición.
Afuera, todavía un poco de viento. Encendí un cigarri-

llo y le pasé mi paquete. Lo miró. Estaba prácticamente vacío.
–Fumemos a medias. –Me regaló una sonrisa. Caminamos al sur, por Ascasubi, casi en silencio.
– ¿Qué vas a hacer?
–No sé, por ahora sigo sin laburo.
Ella sonrió.
– ¿Querés venir a lo de Palomo?
– ¿Quién?
–Palomo… Es re buena onda… Es un viejo. –Me pasó el cigarrillo. –Se da con de todo. Seguro está despierto y nos invita algo. Escabio, al menos. –Me hizo un guiño vidrioso y sonrió.
Bueno, ¿cómo negarse? Bajamos por Budge hasta Astorga. En la esquina, una casa con planta alta. Una luz mortecina salía del piso superior. Se acercó al portero, tocó el botón.
– ¿Sí?
–Palomo… Soy Bárbara… ¿Estás despierto?
Una risa desvencijada del otro lado.
–Pero cómo no…
–Ja… Todo bien…. Vine con un primo, ¿todo bien?
Un silencio dubitativo.
–No te hagás la cabeza. Es buen pibe… –Unos segundos después, más silencio. El sonido de un timbre.
–Pasen.
Bárbara empujó la puerta metálica. Entramos.
–Dejá las zapatillas en la alfombra. –Dice ella mientras desata sus cordones. Y, bajando un poco la voz, agrega:
–Es re molesto con la limpieza.
–Lo que pasa es que no tenés que limpiar vos, niña. –Dice una voz a nuestras espaldas.
Un tipo canoso, cuarentón, pantalón de vestir y camisa, me extiende la palma de su mano.
–Un gusto. –Le digo, saludando.
–Definitivamente no es de por acá. –Dice en voz alta,

como confirmando una teoría anterior que nunca expuso.
–De una… Es piola…. –Dice Bárbara con una sonrisa.
Nos invita a la planta alta, una sola habitación. Impecable y ordenada. Un LCD 42 pulgadas encendido murmura el resumen de las noticias.
–Parece que va a seguir la lluvia. –Me comenta. Asiento con la cabeza. Me señala un sillón, Bárbara se sienta sobre la cama.
–Ya me imaginaba que vendrías. –Le dice a Bárbara, y se sienta a su lado. – ¿Qué desean beber?
–No sé… –Dice Bárbara. –Venimos de tomar unas birras.
Palomo hace una mueca.
–Pero un vino estaría bien. –Bárbara me mira en busca de aprobación. –Un vino te aguantás, ¿no?
Asiento con la cabeza una vez más y el tipo no tarda en destapar una botella. Dos copas. Narigueando, mientras.
– ¿Y vos a qué te dedicás? –Me pregunta.
–Estudio. –Le digo.
– ¿Sí? ¿Qué estudiás?
Me quedo en blanco.
–Estudio… cómo salir adelante.
Palomo sonríe.
–Pero, ¿no estudiaste nada?
–Estuve intentando ser profesor de escuela secundaria un tiempo. –Me siento incómodo, no me interesa contestar sus preguntas pero no sé por qué lo estoy haciendo. –Pero no sé, no me van los chicos, ni los profesores, ni las materias…
Palomo desvía la mirada hacia Bárbara, todavía sonriendo.
–Está bien, está bien. Después de todo, la escuela no enseña nada hoy en día…
– ¡Qué raro, vos! –Interrumpió Bárbara. –Dejalo que así como lo ves no sabés la bocha que sabe sobre Santos

Justo…
Palomo suelta una risa idiota.
–Está bien, está bien. Hay que procurarse un mañana. –Y, volviéndose hacia Bárbara, le informa: –Llamé a Drea esta tarde, dijo que iba a estar en Ropavieja hasta tarde, tiene una tía enferma… Pero me aseguró que va a venir.
Bárbara permanece en silencio. El viejo rodea sus hombros con una mano.
– ¿Qué pasa? ¿No tenés ganas?
Bárbara no dice una palabra. Palomo acaricia sus hombros con suavidad y dulzura.
–Está bien.
Permanecí en silencio. Cada segundo está más confundido. Palomo se da cuenta, pero hace como si nada y bebe de su copa.
Hay un ligero, breve, silencio y después….
–Entonces, no lo trajiste por lo nuestro.
Bárbara se cubre el rostro con ambas manos, como avergonzada.
–Perdón. –Murmura. Y, alzando la voz: –Me olvidé qué día era.
Palomo sonríe.
–Bueno, pero viniste. Por algo viniste. Es el proceso de La Distancia, ¿ves que tengo razón?
Bárbara no dice nada. Palomo me mira fijamente, estudiándome. Me siento como un insecto a punto de ser incrustado por la aguja de un niño.
–¿Qué edad tenés? –Me pregunta.
–Veintitrés. –Le digo.
–Ventitrés… –Saborea el tiempo. –Ventintrés… Excelente.
El sonido del portero nos interrumpe.
–Ummm… –Palomo se puso de pie. –Supongo que es quien nos faltaba.
Se acerca al portero y oprime un botón.

– ¿Si?
–Palomo… Soy Drea….
–Te esperábamos. –El tipo soltó una risita y apretó otro botón. –Subí no más.
Unos pasos se fueron asomando desde la escalera. Bárbara esquivaba mi mirada inquisitiva. Drea apareció. Una mujer extremadamente delgada. A lo mejor llegaba a los dieciocho, pero llevaba mucho maquillaje y un ceñido vestido negro con bordes rojos.
Besó los labios de Palomo, luego los de bárbara y, finalmente, tras un segundo, los míos. Palomo le sirvió una copa de vino.
– ¿Y tu tía?
–Bien, bien. Tuvo un problema en los bronquios. Es asmática. ¿Podés creer que de los tres hermanos que tiene, ninguno le quiso ir a hacer el aguante? Tuvo que ir la pelotuda de la sobrina… Parece increíble que se pueda ser tan hijo de puta….
Palomo le rodeó los hombros con una mano, tal como lo había hecho antes con bárbara.
–Tranquila… Tranquila… Ya fue. No te pongas mal que sino todo esto es al pedo.
Drea asintió con un gesto.
–Tenés razón, ya fue.
Palomo la acomodó al lado de mi prima.
– ¿Tenés algo? –Preguntó Drea con amargura. Palomo sonrió.
–claro.
Se demoró su tiempo a nuestro alrededor. Picó cuatro líneas gruesas sobre un espejo. Se tomó una y lo hizo circular.
Es una exquisitez.
Elimina mi borrachera en un segundo.
No me pude reprimir.
– ¡Pero qué buena! –Le digo con una sonrisa y descar-

gando una palmada en su hombro. Pero Palomo ya se había dado cuenta de todo. Ahí me doy cuenta yo también.
Besó la irresistible mejilla de Bárbara suavemente, tomándola de la cintura, descendió con sus labios por el cuello delicado a la vez que acariciaba su vientre y ascendía hasta sus pechos. Drea se acercó a mí y no opuse resistencia cuando su lengua entró en mi boca. Se sentó en mi regazo y me acarició la nuca. Yo no podía dejar de observar a Bárbara y cómo ella correspondía las caricias de Palomo.
Estoy duro, bien despierto, pero no excitado.
Drea se levanta y me toma la mano. Me arrastra a la cama donde Palomo acaricia lentamente a Bárbara.
Algo se escapa de mis labios, mis ojos bien abiertos, fijos.
–Bár…
Ella me mira un segundo, cierra los ojos.
Palomo explicó:
–El sexo es una liberación de energía. El orgasmo nos libera de la opresión de nuestros cuerpos…
Bárbara dejó escapar unos gemidos, la mano de Palomo la liberó de su diminuto sostén. Le levantó la blusa y comenzó a chupar los jóvenes y tiernos pechos, suaves, apetecibles.
–…Llenos de energía.
Drea acariciaba mi entrepierna. Desafortunadamente, no había erección.
–Mi padre lo sabía. –Prosiguió Palomo. –Estuvo en la guerra, ¿sabías?
Miró a Bárbara y su dulce cuerpo casi liberado de las ataduras de sus ropas.
– ¿Le contaste?
Ella permaneció en silencio. Palomo apretó unos de sus pechos.
–Pero, ¿cómo no le contaste? –Me miró fijamente mientras se quitaba los calzoncillos y empuñaba la verga bien

dura y erecta, lista para penetrar el cuerpito de Bárbara.
–Sí. Mi padre estuvo en la guerra, en Europa, allá por 1940… Era apenas un teniente en la Alemania de Hitler….
Y bla, bla, bla… Ese tipo de mierda que ya no escuchás porque te encantaría irte lo más lejos posibles de esa situación.

Es muy cínica esta idea de ignorar la probabilidad de uniones. Y la probabilidad de censura. Cinco días en la universalidad lolicon dijo, “de las tres, debido a la hemorragia, ahora se han vuelto diez”.
Resultado de la exposición mandálica, según expertos, dijeron que fue inevitable.
Buenos sensores. Claro. Buenos censores.

(Drea)

Excepcionalmente, no fui más que lo que puede transformarse en la Era.
Esas mutaciones, me dejaron completamente calvo, pero jamás necesité guita para los cambios en la situación de mi propio capítulo uno. Supongo que era algo cotidiano.
De acuerdo a Néstor, mi libro no tenía la fuerza instintiva digna de ser editada, había que volver a traer a aquellos que estaban familiarizados con los hechos y unirlos.
Ajá, entré con el sí.
–Entonces, ¿le doy el término lolicon a todo factor viviente, suponiendo que no sepa hacer la H?
Ni tanto.
– ¿Conseguir que Néstor sea un infectado por cuestiones laborales?
Ahí quebró la raíz del amor e hice del cariño una explicación: el fundamento de los hechos humanos y la fantasía lolicon.
(…)

Antes que dijera algo, la manoseó, antes habían contoneado películas y él, en sus deseos de volver carnosa su niñez ideal en los glúteos de catorce, aceleró el papeleo.
Cuando cansó los buenos meses que dispuso de ella se transformó en buitre y dejó mención de lo esencial, no volver a verla.
Arriba, cadáveres encontraban una pareja más intentando.

LA NOCHE DADO VUELTA

La florida guerra le llamaban; enemigos a cazar y en ciertas épocas salían.
En pos de un ser que justifique el insomnio.
Decepción. Decepción y un ligero mareo. Mañana será resaca.
Masturbarse nunca fue un pecado. Pensar por uno mismo, bueno, eso ya es otro tema.
En la mentira infinita de ese sueño también lo habían alzado del suelo, también alguien se le había acercado con un cuchillo en la mano, a él tendido boca arriba, a él boca arriba con los ojos cerrados entre las hogueras.
Un sueño en el que había andado por extrañas avenidas de una ciudad asombrosa, con luces verdes y rojas que ardían sin llama ni humo, con un enorme insecto de metal que zumbaba bajo sus piernas. Alcanzó a cerrar otra vez los párpados, aunque ahora sabía que no iba a despertarse, que estaba despierto, que el sueño maravilloso había sido el otro, absurdo como todos los sueños; durante un segundo creyó que lo lograría, porque estaba otra vez inmóvil en la cama, a salvo del balanceo cabeza abajo. Pero olía a muerte y cuando abrió los ojos vio la figura ensangrentada del sacrificador que venía hacia él

con el cuchillo de piedra en la mano. Con una última esperanza apretó los párpados, gimiendo por despertar.
Y cada vez que se abrían era la noche y la luna mientras lo subían por la escalinata, ahora con la cabeza colgando hacia abajo, y en lo alto estaban las hogueras, las rojas columnas de rojo perfumado, y de golpe vio la piedra roja, brillante de sangre que chorreaba, y el vaivén de los pies del sacrificado, que arrastraban para tirarlo rodando por las escalinatas del norte. No llegó a tomarla, sus dedos se cerraron en un vacío otra vez negro, y el pasadizo seguía interminable, roca tras roca, con súbitas fulguraciones rojizas, y él boca arriba gimió apagadamente porque el techo iba a acabarse, subía, abriéndose como una boca de sombra, y los acólitos se enderezaban y de la altura una luna menguante le cayó en la cara donde los ojos no querían verla, desesperadamente se cerraban y abrían buscando pasar al otro lado, descubrir de nuevo el cielo raso protector de la sala. Hizo un último esfuerzo, con la mano sana esbozó un gesto hacia la botella de agua; le costaba mantener los ojos abiertos, la modorra era más fuerte que él. Cada vez que cerraba los ojos las veía formarse instantáneamente, y se enderezaba aterrado pero gozando a la vez del saber que ahora estaba despierto, que la vigilia lo protegía, que pronto iba a amanecer, con el buen sueño profundo que se tiene a esa hora, sin imágenes, sin nada... Jadeó buscando el alivio de los pulmones, el olvido de esas imágenes que seguían pegadas a sus párpados. Pensó que debía haber gritado, pero sus vecinos dormían callados. En la mesa de noche, la botella de agua tenía algo de burbuja, de imagen traslúcida contra la sombra azulada de los ventanales. Salió de un brinco a la noche del hospital, al alto cielo raso dulce, a la sombra blanda que lo rodeaba.
El pasadizo no acababa nunca, pero ya iba a acabar, de repente olería el aire libre lleno de estrellas, pero todavía no, andaban llevándolo sin fin en la penumbra roja,

tironeándolo brutalmente, y él no quería, pero cómo impedirlo si le habían arrancado el amuleto que era su verdadero corazón, el centro de la vida. Cuando en vez del techo nacieran las estrellas y se alzara ante él la escalinata incendiada de gritos y danzas, sería el fin. Boca arriba, a un metro del techo de roca viva que por momentos se iluminaba con un reflejo de antorcha. Ahora lo llevaban, lo llevaban, era el final. Los portadores de antorchas iban adelante, alumbrando vagamente el corredor de paredes mojadas y techo tan bajo que los acólitos debían agachar la cabeza. Se sintió alzado, siempre boca arriba, tironeado por los cuatro acólitos que lo llevaban por el pasadizo. Cedieron las sogas, y en su lugar lo aferraron manos calientes, duras como el bronce; las luces se reflejaban en los torsos sudados, en el pelo negro lleno de plumas. Apenas ceñidos con el taparrabos de la ceremonia, los acólitos de los sacerdotes se le acercaron mirándolo con desprecio. Vio abrirse la doble puerta, y el olor de las antorchas le llegó antes que la luz. Su brazo derecho, el más fuerte, tiraba hasta que el dolor se hizo intolerable y hubo que ceder. Convulso, retorciéndose, luchó por zafarse de las cuerdas que se le hundían en la carne. El chirriar de los cerrojos lo sacudió como un látigo. Gritó de nuevo sofocadamente, casi no podía abrir la boca, tenía las mandíbulas agarrotadas y a la vez como si fueran de goma y se abrieran lentamente, con un esfuerzo interminable. Pensó en sus compañeros que llenarían otras mazmorras, y en los que ascendían ya los peldaños del sacrificio. Era él que gritaba en las tinieblas, gritaba porque estaba vivo, todo su cuerpo se defendía con el grito de lo que iba a venir, del final inevitable. Otro grito, acabando en un quejido. Oyó gritar, un grito ronco que rebotaba en las paredes.

Lo habían traído al teocali, estaba en las mazmorras del templo a la espera de su turno. Lejanamente, como filtrándose entre las piedras del calabozo, oyó los atabales

de la fiesta. Ahora estaba perdido, ninguna plegaria podía salvarlo del final. Con el mentón buscó torpemente el contacto con su amuleto, y supo que se lo habían arrancado. El frío le ganaba la espalda desnuda, las piernas. Estaba estaqueado en el piso, en un suelo de lajas helado y húmedo. Quiso enderezarse y sintió las sogas en las muñecas y los tobillos. Lo envolvía una oscuridad absoluta. Inútil abrir los ojos y mirar en todas direcciones; Como dormía de espaldas, no lo sorprendió la posición en que volvía a reconocerse, pero en cambio el olor a humedad, a piedra rezumante de filtraciones, le cerró la garganta y lo obligó a comprender.

La luz violeta de la lámpara en lo alto se iba apagando poco a poco. Quizá pudiera descansar de veras, sin las malditas pesadillas. La almohada era tan blanda, y en su garganta afiebrada la frescura del agua mineral. Le preguntaría alguna vez al médico de la oficina. Ahora volvía a ganarlo el sueño, a tirarlo despacio hacia abajo. Y era raro. Con todo eso, un alivio al volver al día y sentirse sostenido y auxiliado. Con el dolor del brazo roto, la sangre de la ceja partida, la contusión en la rodilla; de todas maneras al salir del pozo negro había sentido casi un alivio mientras los hombres lo alzaban del suelo. El choque, el golpe brutal contra el pavimento. No, ni siquiera tiempo, más bien como si en ese hueco él hubiera pasado a través de algo o recorrido distancias inmensas. Y al mismo tiempo tenía la sensación de que ese hueco, esa nada, había durado una eternidad. Entre el choque y el momento en que lo habían levantado del suelo, un desmayo o lo que fuera no le dejaba ver nada. Trataba de fijar el momento del accidente, y le dio rabia advertir que había ahí como un hueco, un vacío que no alcanzaba a rellenar. ¿Quién hubiera pensado que la cosa iba a acabar así? Se vio otra vez saliendo del Complejo Lolita, sacando la camioneta. La ceja le dolía apenas, como un recuerdo. Ya no debía tener tanta fiebre, sentía fresca la

cara. Distinguía ahora las formas de la sala, las treinta camas, los armarios con vitrinas. Bebió del gollete, golosamente. Le habían puesto una botella de agua mineral en la mesa de noche. Se puso a mirar el yeso del brazo, las poleas que tan cómodamente se lo sostenían en el aire. Había tantas cosas en qué entretenerse. Pero no quería seguir pensando en la pesadilla. Todo era grato y seguro, sin acoso, sin... Se oía toser, respirar fuerte, a veces un diálogo en voz baja. Una lámpara violeta velaba en lo alto de la pared del fondo como un ojo protector. Al lado de la noche de donde volvía, la penumbra tibia de la sala le pareció deliciosa.

AHORA INTERRUMPIMOS CON: LA INTROMISIÓN DE NINFA

1

Era esencial disponer de aquellos meses para que los acontecimientos siguiesen su curso normal.
Su pareja le lanzó mil fonemas para oposición.
La niñera y el sujeto no renunciaron a actuar con una cosa u otra, sin pensar en la peculiar consecuencia, aunque tampoco en la sonrisa.
El niño recuerda exclusivamente las líneas que se forman a partir de la alegría, la visión del mandala promete retorno hasta en su más mínima existencia.
Apelando a la forma de otro espejo donde jugar, miraba las enseñanzas como objetos de muchos colores.
La cercanía de Ninfa recuperó la prueba, su acento era el comentario puesto en turquesa para sostener nuevas repeticiones de viaje, por consiguiente no eran visibles sino a través de favores especiales en interés de aquellas

funciones instintivas que aún guardaba.

NINFA

De seguir en yo latente, la casa se comportará cual mis pruebas de conducir paternales, y ni qué hablar de los peligros heredados…

2

El primer test de mi novia pudo descubrir mis genes malandras en 16 diferentes estructuras, sin nada que guarde relación más que con mis caracteres instintivos.
Y como posibilidades de ver el destino pienso que está dentro de mis posibilidades viejas formar una rutina poco existencialista, puede que decida vivir saludable…
–Entre.
Probando, probando…
Doce a Bustamante:
–Son continuas aquellas paredes que se pierden al doblar el pasillo.
–Ay, Néstor, presidente de alquileres, en la vida dónde aprendiste, se sentía en el comportamiento tan típico de hombre extranjero consiguientemente, ¿verdad?
Con un
–NO
radical dispone otra ciudad, otros pares, no extraordinarios si bien fuentes inagotables de planificación y energía.
–Ninguno.
–Qué sé…

3

Pero después, renueva continuamente este grupo de tres. Tras sus huellas enloquecí, demasiados “¡ah!”, definitivamente contenido cuanto lo imagina ser Bustamante,

el inespecífico.
Su negocio correspondía a la manifestación de dudas en torno a la constelación de Leo, sólo para variar empezó a actuar de una persona a otra sin progresar.
Y, de cuando en cuando, con frases de época, algo mejor que otra, progresa sobre presas menores, pero la raíz es siempre la misma.
¡Transforma las que serán mías!
La hace patente. No todas han llegado a la adaptación, las variadas manifestaciones que se producen conllevan trastornos.

4

Siempre la arrancó, trayendo su misma sumisión ante el dominio de su vida.
Me preguntó de cada uno la plata, así como qué vieja versión de la humanidad conocían.
–La payana…
Los instintos de los humanos concuerdan por la bella plenitud durmiente sobre los mismos motivos, condiciones generales.
Sí, y se los veía infectados.
Pero mentí en eso, hablábamos de límites infectados, instintivos y enseguida salían los factores instintivos del ser humano, en depósito, los factores instintivos de las veredas se los vieron hecho hombre en pos de una búsqueda ahistórica.

5

Es una mujer que obra con las mismas fuerzas que cualquier hombre, equipararía cualquier acción en unos pocos días.
También preguntaría preferencias para modificar su comportamiento y vida.

De anteojitos, como siempre actuales, y de trenzitas cortas, experiencias que quedarían en muchos procesos psíquicos en tiempos de fauna de mamá.
Y, además, está Santos Justo y su gente.

6

Recuerdos de la Escuela Normal, después de una contestación aparente y principio de sí, comenzó un año de no placer, donde no habría, seguramente puesto a circular el rumor por él, ni falditas ni otro modo de entender. Se dio la casualidad de que toda su actividad le acercaba más a la pregunta.
Este fue el tercer intento de una fuerza psíquica para manotearle batallas de sustitución en las carnosas cuadras de su hogar.
– Tome agua y va a ver que duerme bien. A mí me pasaba igual cuando me operé del duodeno. –dijo el de la cama de al lado–. Es la fiebre.
Alcanzó a cortar el aire una o dos veces, y entonces una soga lo atrapó desde atrás. Ya lo rodeaban las luces y los gritos alegres. El olor a guerra era insoportable, y cuando el primer enemigo le saltó al cuello casi sintió placer en hundirle la hoja de piedra en pleno pecho. Como si el cielo se incendiara en el horizonte, vio antorchas moviéndose entre las ramas, muy cerca. Oyó los gritos y se enderezó de un salto, puñal en mano.
Todo tenía su número y su fin, y él estaba dentro del tiempo sagrado, del otro lado de los cazadores. La caza continuaría hasta que los sacerdotes dieran la señal del regreso. Pero la cantidad no contaba, sino el tiempo sagrado. Pensó en la cantidad de prisioneros que ya habrían hecho. Si conseguía refugiarse en lo profundo de la selva, abandonando la calzada más allá de la región de las ciénagas, quizá los guerreros no le siguieran el rastro. La guerra florida había empezado con la luna y llevaba

ya tres días y tres noches. Pero sentía al mismo tiempo que los tobillos se le estaban hundiendo despacio en el barro, y la espera en la oscuridad del chaparral desconocido se le hacía insoportable. Moviendo apenas los labios musitó la plegaria del sol que trae las lunas felices, y la súplica al Sacaojos, a la dispensadora de los bienes tribales. La mano que sin saberlo él aferraba el mango del puñal, subió como un escorpión de los pantanos hasta su cuello, donde colgaba el mandala protector. Nada podía ayudarlo ahora a encontrarla. Tal vez la calzada estaba cerca, con la primera luz del día iba a verla otra vez. Jadeante, sabiéndose acorralado a pesar de la oscuridad y el silencio, se agachó para escuchar. Sus pies se hundían en un colchón de hojas y barro, y ya no podía dar un paso sin que las ramas de los arbustos le azotaran el torso y las piernas."Me salí de la calzada." "La calzada", pensó. Comprendía que estaba corriendo en plena oscuridad, aunque arriba el cielo cruzado de copas de árboles era menos negro que el resto. Primero fue una confusión, un atraer hacia sí todas las sensaciones por un instante embotadas o confundidas.

Un poco incómodo, de espaldas, pero al pasarse la lengua por los labios resecos y calientes sintió el sabor del caldo, y suspiró de felicidad, abandonándose. Cuando los ventanales de enfrente viraron a manchas de un azul oscuro, pensó que no iba a ser difícil dormirse. El brazo no le dolía nada y solamente en la ceja, donde lo habían suturado, chirriaba a veces una punzada caliente y rápida. Un trocito de pan, más precioso que todo un banquete, se fue desmigajando poco a poco. Vino una taza de maravilloso caldo de oro oliendo a puerro, a apio, a perejil.

Como estar viendo una película aburrida y pensar que sin embargo en la calle es peor; y quedarse. Caía la noche, y la fiebre lo iba arrastrando blandamente a un estado donde las cosas tenían un relieve como de gemelos de

teatro, eran reales y dulces y a la vez ligeramente repugnantes; un médico joven vino con un aparato de metal y cuero que le ajustó al brazo sano para verificar alguna cosa. Vio llegar un carrito blanco que pusieron al lado de su cama, una enfermera rubia le frotó con alcohol la cara anterior del muslo, y le clavó una gruesa aguja conectada con un tubo que subía hasta un frasco lleno de líquido opalino. La fiebre lo iba ganando despacio y hubiera podido dormirse otra vez, pero saboreaba el placer de quedarse despierto, entornados los ojos, escuchando el diálogo de los otros enfermos, respondiendo de cuando en cuando a alguna pregunta. Sintió sed, como si hubiera estado corriendo kilómetros, pero no querían darle mucha agua, apenas para mojarse los labios y hacer un buche. El brazo, enyesado, colgaba de un aparato con pesas y poleas. Mientras trataba de sonreír a su vecino, se despegó casi físicamente de la última visión de la pesadilla. Abrió los ojos y era de tarde, con el sol ya bajo en los ventanales de la larga sala.

–No brinque tanto, amigazo. –dijo el enfermo de la cama de al lado–.Se va a caer de la cama.

Entonces sintió una bocanada del olor que más temía, y saltó desesperado hacia adelante. En el sendero en tinieblas, buscó el rumbo. Hubiera querido echar a correr, pero los tembladerales palpitaban a su lado. A tientas, agachándose a cada instante para tocar el suelo más duro de la calzada, dio algunos pasos. Había que seguir, llegar al corazón de la selva evitando las ciénagas. No se oía nada, pero el miedo seguía allí como el olor, ese incienso dulzón de la guerra florida. Tal vez un animal que escapaba como él del olor a guerra. Se enderezó despacio, venteando. El sonido no se repitió. Había sido como una rama quebrada. un resplandor rojizo teñía esa parte del cielo. Muy lejos, probablemente del otro lado del gran lago, debían estar ardiendo fuegos de vivac; esperó, tapado por las ramas de un arbusto y la noche sin estre-

llas. Tener miedo no era extraño, en sus sueños abundaba el miedo. Un sonido inesperado lo hizo agacharse y quedar inmóvil, temblando. “Huele a guerra”, pensó, tocando instintivamente el puñal de piedra atravesado en su ceñidor de lana tejida. Lo que más lo torturaba era el olor, como si aun en la absoluta aceptación del sueño algo se revelara contra eso que no era habitual, que hasta entonces no había participado del juego.
Y todo era tan natural, tenía que huir de los guerreros que andaban a caza de hombre, y su única probabilidad era la de esconderse en lo más denso de la selva, cuidando de no apartarse de la estrecha calzada que sólo ellos, los infectados, conocían. Pero el olor cesó, y en cambio vino una fragancia compuesta y oscura como la noche en que se movía huyendo de los guerreros. Primero un olor a pantano, ya que a la izquierda de la calzada empezaban las marismas, los tembladerales de donde no volvía nadie. Como sueño era curioso porque estaba lleno de olores y él nunca soñaba olores.
Le palmeó la mejilla e hizo una seña a alguien parado atrás. El hombre de blanco se le acercó otra vez, sonriendo, con algo que le brillaba en la mano derecha. Manos de mujer le acomodaban la cabeza, sintió que lo pasaban de una camilla a otra. Alguien de blanco, alto y delgado, se le acercó y se puso a mirar la radiografía. Lo llevaron a la sala de radio, y veinte minutos después, con la placa todavía húmeda puesta sobre el pecho como una lápida negra, pasó a la sala de operaciones.
Las enfermeras bromeaban todo el tiempo, y si no hubiera sido por las contracciones del estómago se habría sentido muy bien, casi contento. Pero lo tuvieron largo rato en una pieza con olor a hospital, llenando una ficha, quitándole la ropa y vistiéndolo con una camisa grisácea y dura. Le movían cuidadosamente el brazo, sin que le doliera. Ya la náusea volvía poco a poco; mientras lo llevaban en una camilla de ruedas hasta un pabellón del

fondo, pasando bajo árboles llenos de pájaros, cerró los ojos y deseó estar dormido o cloroformado. Los dos rieron y el vigilante le dio la mano al llegar al hospital y le deseó buena suerte. “Como que me la ligué encima...” “Natural”, dijo él. El vigilante le dijo que la camioneta no parecía muy estropeada. Unas semanas quieto y nada más. Se sentía bien, era un accidente, mala suerte; Una o dos veces se lamió los labios para beberla. El brazo casi no le dolía; de una cortadura en la ceja goteaba sangre por toda la cara. Con toda lucidez, pero sabiendo que estaba bajo los efectos de un shock terrible, dio sus señas al policía que lo acompañaba. La ambulancia policial llegó a los cinco minutos, y lo subieron a una camilla blanda donde pudo tenderse a gusto.
Opiniones, recuerdos, despacio, éntrenlo de espaldas, así va bien, y alguien con guardapolvo dándole de beber un trago que lo alivió en la penumbra de una pequeña farmacia de barrio.”Usté la agarró apenas, pero el golpe le hizo saltar la máquina de costado...”; Mientras lo llevaban boca arriba hasta una farmacia próxima, supo que la causante del accidente no tenía más que rasguños en la piernas. Preguntó por la mujer, tratando de dominar la náusea que le ganaba la garganta. Su único alivio fue oír la confirmación de que había estado en su derecho al cruzar la esquina. Voces que no parecían pertenecer a las caras suspendidas sobre él, lo alentaban con bromas y seguridades. Sentía gusto a sal y sangre, le dolía una rodilla y cuando lo alzaron gritó, porque no podía soportar la presión en el brazo derecho. Cuatro o cinco hombres jóvenes lo estaban sacando de debajo de la camioneta. Volvió bruscamente del desmayo.
Fue como dormirse de golpe. Frenó con el pie y con la mano, desviándose a la izquierda; oyó el grito de la mujer, y junto con el choque perdió la visión. Cuando vio que la mujer parada en la esquina se lanzaba a la calzada a pesar de las luces verdes, ya era tarde para las solucio-

nes fáciles. Tal vez su involuntario relajamiento le impidió prevenir el accidente. Quizá algo distraído, pero corriendo por la derecha como correspondía, se dejó llevar por la tersura, por la leve crispación de ese día apenas empezado. Ahora entraba en la parte más agradable del trayecto, el verdadero paseo: una calle larga, bordeada de árboles, con poco tráfico y amplias villas que dejaban venir los jardines hasta las aceras, apenas demarcadas por setos bajos. Dejó pasar los ministerios (el rosa, el blanco) y la serie de comercios con brillantes vitrinas de la calle Central.
La camioneta ronroneaba entre sus piernas, y un viento fresco le chicoteaba los pantalones. El sol se filtraba entre los altos edificios del centro, y él –porque para sí mismo, para ir pensando, no tenía nombre– montó en la máquina saboreando el paseo. En la joyería de la esquina vio que eran las nueve menos diez; llegaría con tiempo sobrado donde iba. A mitad del largo zaguán del hotel pensó que debía ser tarde y se apuró a salir a la calle y sacar la camioneta del rincón donde el portero de al lado le permitía guardarla.

ENFERMEDAD DE RAITER

Explicaremos la enfermedad de Raiter para comenzar el tema de las enfermedades degenerativas porque, excepto por algunas orientaciones, no se comprende mejor y no reacciona más al tratamiento que cualquiera de las otras entidades que aplicaremos. El aura de desesperanza que ha rodeado a estos trastornos durante muchos años está desapareciendo al descubrirse nuevos hechos.
(…)
–Está desapareciendo al descubrirse sustituyentes regenerativos y no con el nombre con cual son conocidos.
La enfermedad de Raiter exige consanguinidad, edades degenerativas, pues es de tendencia autosómico, con orientaciones, no se comprende, poco frecuentes.
Los caracteres más intensos del tratamiento incluyen reemplazo corneal, característica que nunca explicaremos.
El aura de las enfermedades, durante muchos años, fue arbitraria.
Nuevo hechos sobre una infección hepatolenticular también es tema de enfermos., excepto por alguna ingenuidad de los padres. Mejor, ninguna reacción recesiva y el gen de las entidades principales son otras desesperanzas en el anillo de La Compañía de los psicoanalistas.

Aspecto de la articulación. Deformidades especiales.

Edad de comienzo:

15 a 25
Manifestaciones generales
Articulaciones afectadas

Nódulos subcutáneos
Rayos X
Líquido articular
Factor reumatoide
Recuento sanguíneo
Curso
Terminación
Amiloidosis de complicación

Décadas tercera y cuarta
Normal o bajo
Existentes
Cualquiera

Décadas quinta y sexta
Generalmente excesivo
Nulas
Principalmente rodillas, y falanges periféricas
Hinchazón ósea
Nódulos de Heberden
Nunca presentes

Osteoscleorosis
espículas óseas
Pocas células
mucina normal

Generalmente ausente
Normal
Estacionario o muy lentamente progresivo
Sin anquilosis

Generalmente ausente

Hinchazón de tejido blando
Articulaciones digitales fusiformes, desviación cubital
existentes en el 20 por 100
osteoporosis, erosiones
aumento de células, mucina pobre
presente en 85 a 90 por 100

Anemia
Leucocitos (generalmente progresivo)
Anquilosis y deformidad

–(…) La merca te lleva a la psicología y la matemática. El faso a la literatura y la filosofía.

–¿Y la pepa?
–A la teología.
–¿Y los hongos?
–A la astronomía.
–¿La nuez moscada?
–A toser.
–¿El café con whisky?
–A no leer nada y escribir algo de lo que te vas a arrepentir.
–¿¿¿El vino con mayonesa???
–A vomitar… O a llorar.

Charlas con el profesor Zalazar. Me entregó sus cuadernos y dijo que debía internarse. Insistencias ajenas. Sería una larga estancia.
–Ve todas estas cosas –Me dijo –En el sol, en la luna y en las puertas.
No aclaró cuáles serían esas señas.
Supongo que no importaban.
–El Sacaojos dio estas señales…
–De una.
–No dará su resplandor cuando esté cerca de las puertas.
El reloj, 00:30.
–…Sus hojas en la primavera…
Angustia de las gentes, confusas. Con la misma seguridad del mar y de las olas.
–Los hombres buscarán en el sol, en la luna y en el temor y en la expectación de las avenidas cercanas.
Estas señales ya habían aparecido. Las había visto venir sobre las nubes del sol que se oscureció.
–…Ese día enviará a sus ángeles con el "día oscuro"…
En la parte "salvarán a sus escogidos de los…" grandes fueron sus tinieblas.
–Remo del cielo hasta el otro. –Murmuré.
Tuve que encender las luces.
De la medianoche, la luna.

–Creyeron que había llegado. La higuera aprende las razones de la satisfacción. Ha pendido tierna y brotan las hojas. Nieblas inusitadas. Así también ustedes…
Pero no había nadie más que nosotros dos en la habitación.
–…Entonces, recién entonces, vendrán las señales. Reconozco que están cerca de las estrellas…
Ya lo conocía.
"El sol se oscurecerá y su venida, para que sepamos, hará caer las estrellas del cielo…"
¿Cuántas veces alguien más lo había repetido?
Cuando los árboles echen raíces en tierra sabremos de la cercanía del verano.
A causa del sonido de las señales, Zalazar quedó sin aliento. Repetía, al igual que todos repetimos acciones, eso de que las estrellas sabían los hechos que sobrevendrían en la tierra.
–…Y verán al Hijo del hom… El 19 de mayo de 1780… Cielo, con poder y gran goce. Como si sólo él conociese la historia de la gran voz de trompeta y la orientación geográfica.
–…Cuatro vientos…
En muchos sitios la gente aguardaba al mediodía y hasta un poco después.
La luna era llena, pero no alumbraba. Zalazar, los ojos bien abiertos, agregó:
–Dejado el día del juicio, ninguna bola. Cuando ya la rama está por secarse, sabe bien que tiene que quebrarse a sí misma…
Lo miré. Todo lo que yo sabía era que el verano estaba sobre nosotros.
Razón encontrada en la Pala.
Hay gente que desconoce el lugar donde vive. Por cierto, no conocen mucho más.
Lo malo no son los prejuicios, sino ignorar por qué cometemos nuestros mejores errores.

Las viejas son como cadáveres de mujer que nadie se atreve a enterrar.
¿Cuál es la profundidad de la belleza? ¡Es superficial!
–Aparentemente alteró sus propios conceptos.
Le gritó Drea a los viejos detrás del escritorio. Uno de ellos tomó nota. El del medio se puso de pie y repitió:
–Remítase a los hechos, señora.
–Señorita. –Remarcó Drea. Claro que a nadie le importaba.
El viejo me miró y sentenció:
–Esto es por su propio bien, ¿lo sabe, no?
Pensé en las violetas en la corbata de Néstor Bustamante, en Ninfa, en la esquina donde me paraba todos los días de la semana, en las yemas de mis dedos manchadas. Y metiendo las manos en mis bolsillos moví afirmativamente la cabeza.
Claro que lo sabía.
Pero algunas veces podemos elegir el mal.

CARNE DHARMA

Un juguete en manos de nuestros países ricos como una "mujer Dharma", está recortando los brazos, las piernas. El erotismo bizarro tiene esas piernas y brazos... Además, la mujer real que fue secuestrada en el pago de deudas. Fue un espectáculo, una grabación secreta, todo en una habitación normal... Grabación de sonido de miedo secreto carne Dharma, sólo un nombre, tenía veinticinco años su nombre.
Y el ginecólogo divorciado devenido en psicoanalista, para caminar solo en el consumo de alcohol, el amor fue su escena porno de la tarde. Denuncias falsas como intensas incisiones abdominales en este título: carne Dharma.
Drea entornó sus ojos en la penumbra intentando dispersar una piara de sombras desertoras del razona-

miento. Un temblor se abría paso a lo largo del cuerpo horizontado disgregando las placas de su corteza – se iban coordinando los sucesos acontecidos en la víspera. El rumor de ajenos pulpos miradas de seda jalaban sus miembros hasta las profundidades de una negra laguna occipital. La ataxia como un frondoso laberinto extendiéndose a su alrededor vislumbró el pasillo crecer y crecer al vértigo longitudinal de la piel de una serpiente gris/helada. Desorientada. Náuseas gravitando desde la agitación de su estómago lleno de larvas que morirían antes de la primavera elevaron la mitad de su tronco – rostro al suelo un incipiente vómito amarilloverdoso insultó la palidez de unos labios otrora llenos de vida. El vacío se gestaba en el interior. Automatizada su mano se posó en su vientre percibiendo solamente la vaguedad del término ausencia.

Ya una vez la habían tratado de urgencia. Aquella primerísima vez un antiguo gusano de luz hincó su piel con la delicia del escalpelo en filigranas cuneiformes. Cigarrillos electrónicos provocaron tumores voltaicos mientras el gusano lo paseaba de un lado a otro salmodiaba *"hicimos todo lo posible"*. Drea no lo comprendía – se dejó arrastrar por primera vez. *"¿Cómo puede ser? ¡¿Cómo puede ser…!"* Histeria masculina in crescendo desde una habitación contigua – una voz familiar que pronto fue sofocada por las murallas de la angustia.

El jardín se marchitó. Debió ser una intervención de emergencia – al menos lograron dejarla con vida para sentir dolor endemoniados de blanco y vírgenes locas insertando catéteres donde el leitmotiv era una ruina arcaica abandonada por la civilización de los adoradores del Sacaojos – la MDP descendió ritmo y así fue como se formó la raíz pútrida del error.

Derivada a otros muros Dolores le brindó asilo obligadamente a estertores nacidos en llanto de escarabajos. Un período de seis lunas llenas sucedieron el crepúsculo

y un adolescente comenzó a narrar los acontecimientos de la gillette bebedora de sangre rouge et noir – los saltos retorcidos de la locura de un pueblo fantasma. Me dije es lo correcto mientras perforaba tumbas de papel en la pálida venganza infantes de noche. Diluye a este que se inyectó las cucarachas. En cavernas. En úteros hierofánticos con ranuras para óbolos – extinción de carontes – sequía de estigios – fue la decepción ante las mandíbulas de las garrapatas. Rupturas del fantasma – muerte de la fantasmagoría hermenéutica en el rasguido continuo de unas cuerdas vocales roídas por el carcinoma de otras voces.

Drea en su cuerpo y tan lejos de él sólo pudo retomar el sendero de las espinas oxidadas – abandonada al instante parámico sólo contenida por inyecciones y camisas de fuerza. Las voces familiares se volvieron las más extrañas y una cicatriz curvilínea en el bajo vientre la inundó de irrealidad. Náuseas. Problemas de sueño. Insomnia. Desarreglo perceptivo. Este idioma de estereografías pregonó el argot de las pesadillas.

Poco a poco fuese hundiendo.

Sin llagas y sin dedos, una vida la había abandonado sin dilatar sus pupilas una vez. Sintió la cicatriz otra vez y unas lágrimas silenciosas se desmoronaron en el rostro simétrico era de plástico – una forma curvilínea – recorriendo sus dedos de ave – sólo eso quedó del primogénito.

Un par de ojos.

En la *Enciclopedia de Prácticas Sexuales Inusuales*, Bárbara leyó la historia de una prostituta filipina que se hizo famosa por pedirle a sus clientes que penetren su cavidad ocular luego de remover su ojo de vidrio.

Se dan cuenta lo que uno busca, a menos que le caigas con algo atravesado en el recto, pero ese ya es otro tema. Pero bueno, por fortuna la chica de la fila no lleva ojo de vidrio.

En ese caso podríamos hacer “juegos de ojo” (es cuando el pene o los testículos penetran la cavidad vacía).
De boca, pueden emerger hasta la punta de la lengua y fácilmente puede dañarse la córnea.
Muchas personas que sufrieron esto son los que después van a la consulta con la excusa de la arena y el viento, o el óxido acumulado en algún lugar que jamás se limpió.
Pero algunos doctores se dan cuenta, siempre muchos casos conocidos, como el de una mujer que, para alcanzar el orgasmo, debía lamer la superficie del ojo de su complaciente amante.
Asimismo, aprendió que hay que cuidarse del herpes oral, que se puede pegar al ojo.
También hay otros riesgos, como que las partículas, residuos y placas que se juntan en el impulso sexual de tocar, besar, lamer o incluso frotar los genitales en los ojos de otra persona.
En ese punto la atracción erótica no sería netamente sexual sino también emocional e intelectual.
Oculolinctus, pienso.
Bárbara, en otro libro titulado *Todo lo que sabes sobre sexo está mal*, leyó que la oculolinctus puede ser rara, pero para llegar al fetiche es necesario sentir el deseo de establecer contacto físico e interactuar con el ojo en sí mismo. De acuerdo a las numerosas variaciones que este fetiche puede tomar, digamos que está en el paso uno, si asociamos el uno con el mero deseo de establecer un contacto visual y el diez como la utilización de químicos en los ojos para dilatar pupilas y hacer creer a los hombres que les resultan atractivos. Me gustaría que me viese de nuevo, al menos un segundo. Pero no me preocupa tanto.
La oculofilia es una parafilia en la que los individuos derivan sus gustos y placeres sexuales en la zona ocular. No importa si es para salir del hogar o si para permanecer en un lugar público.

Esa gente parece conocerme mejor que yo.
Es atracción sexual lo que siento en la fila, mis propias pupilas se dilatan aguardando otro posible encuentro visual.
Es normal, ¿no?
Bárbara, en su *Enciclopedia de Prácticas Sexuales Inusuales*, leyó que las mujeres europeas solían aguardar, acechantes, la expectativa.
Pasa media hora hasta que me doy cuenta que estoy actuando como un voyeur invadiendo el espacio personal a lo largo del edificio.
Pienso en Arabia Saudita.
Ahí, el *Comité para la Promoción de la Virtud y la Prevención del Vicio*, promovió una ley para que las mujeres de ojos sensuales se los cubran.
Néstor Bustamante.
Haciendo fila en el correo.
Alguien me mira, por un segundo, una conexión rápida que se pierde a la brevedad cuando gira su cabeza.
Pero ese momento de contacto fue más que suficiente, el resto del tiempo siento la necesidad de volver a encontrarme esa mirada y mis ojos quedan a la deriva, flotando en la habitación.
Cuando sentí morir las ilusiones, no asistí a ningún funeral. Estaba sentado en la barra de Punto Cero escuchando la charla entre dos adolescentes haciendo planes para su futuro. Me hubiese gustado formar parte de la conversación, pero yo no tenía nada para decir así que seguí en silencio con mi cerveza. Parece que no creían en el cliché, pero yo tampoco creía en la autocompasión y a pesar de eso yo no podía esquivar mi tristeza ni ellos podían acabar hablando mal de personas que no conocía.
Eso era todo, asistir al crepúsculo de uno mismo mientras el alba quema los ojos.
Tengo un trabajo de ocho horas que siempre desprecié.

Oprimir un interruptor quizás no es la tarea más gratificante del mundo, pero al menos me da tiempo para pensar. Me dijeron que pensar tanto no hace bien, pero tampoco lo hacen las drogas y hace un tiempo que no me interesa consumirlas (absoluta mentira). Digo, creo que si existe la adicción en mí ha dado un giro particular.
Soy consciente de esto: trabajar es lo peor que puede pasarle a uno en el mundo, pero es lo único que se puede acabar haciendo. Claro, es preferible desempeñarse en la actividad que más nos gratifique intelectualmente, no obstante estamos obligados a desenvolvernos en el mundo de acuerdo a las posibilidades que éste nos ofrezca, las cuales pese a todo optimismo, son limitadas.
Somos seres limitados, anhelamos el infinito. Nuestras posibilidades son limitadas, quisiéramos lo contrario. Y, así, en todo el interior… *El interior es el infierno, menos mal que nos estamos muriendo…*
Es como jugar a la ruleta, siendo las fichas.
Definitivamente: lo mejor de trabajar es no trabajar.
No creer ya en el mundo, no tener más fe es justamente lo contrario a una segregación de endorfinas.
La cosas es así, uno siempre termina odiando lo que mejor conoce. Conozco a los viejos egoístas y misántropos que buscan la comodidad, ellos son los héroes que determinan al mundo cotidiano.
Conozco a las adolescentes inseguras y a sus noviecitos de papel. Los hacen como toallitas húmedas. Creo que ahora hasta vienen con alas.
Conozco el sabor de la ironía, nunca pude probar los dulces.
Prefiero a los borrachos que uno nunca llega a conocerlos del todo. El alcohol puede obligar al silencio o a hablar y en este caso lo importante no es lo que se dice sino cómo se difumina el vacío a nuestro alrededor.
La verdad, ¿qué importa la verdad? ¡Que la verdad se vaya a cagar!

Las bases de nuestra fe en ruinas fueron gestadas en pos de la verdad. Hoy sólo son eso, ruinas. Por unas monedas más los lugareños graban tu nombre en los suvenires.
No tener más que la amargura para darse los lujos de las migrañas.
De cualquier forma, huir del dolor es imposible. Los únicos privilegiados son los fetos que no acaban de desarrollarse en el útero.
La generosidad de las vasectomías y los anticonceptivos.

COMPLEJO LOLITA

El hecho conocido que determinó la proporción de sus ideas como sujeto fue su única forma de cortar, porque las existencias protectoras acaban por volverse peligrosas cuando comienza a crecer la sucia rutina. Estableció con indicaciones la introducción del trabajo psicoterapéutico del tratamiento.
En la ruptura de test, el mundo de Palomo Santos quedaba en bolas, utilizando símbolos y sexo de personajes con delirios de mitología. De la aparición de mitos y leyendas, empleó sus manos en películas de psicología en una búsqueda profunda por redes, la expresión inculta, de los Complejos.
Bajó a adorar sus depresiones, acontecimiento y caracteres de sueldo, psíquico, como San La Muerte.
Así que, un ejemplo: en el Complejo Lolita nunca cayó un Edipo.
Enfrente, todo el día buena cumbia, *Electra*. Las filas se extendían en dimensiones similares, cuando *Electra* estaba cerrado también.
Igualmente, cambiaron las apariencias cuando llegaron con el Test del Degenerado, y de una manera simbólica se les puso el nombre de Caín, para acomplejados, y

Moisés, para los de comportamientos más caballeroso (o bien, tenían en la cabeza a los cainitas en sus mentes monoteístas) para determinadas y pequeñas alegrías destinados a sincerarse con el instinto de realidad y brindando individuos complejos.
En el Test del alcohol, Palomo agradeció estar acompañado en las cuarenta y ocho fotografías en las que se basaron.
De haberme conocido en mi primer rostro, la incursión se habría distribuido en más de seis series.
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
Cada serie hallada incluye sexo, las siguientes nada interesantes fotografías: un homosexual erudito; un proyecto de homicida sádico; un epiléptico más la venta de un histérico; un catatónico en su domicilio; una paranoica que tenía vista; un depresivo en una encrucijada; y la novia de un maniático.
Perdidos en la correspondencia de películas condicionadas, cuatro círculos y con enfermedades hereditarias independientes de buena mudanza, el juego mágico de Drea. El día de su no naturaleza creadora sería capaz de producir más que consideraciones viables.
Así entendemos que su idea es buena, Bustamante.
Buscó cambiar la raíz de la personalidad en los sujetos infectados, o al menos cambiarlos de sitio. Quienes pudieron lo percibieron homogéneamente y lo entendieron. Lo somático cambiaría por puro entendimiento.
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
Ninfa sí que tenía problemas. Después de la primera noche que pasamos juntos me di cuenta. Me preguntó si se podía quedar unos días y después que le dije que sí, me contó que toda su vida estaba en la mochila que había dejado al lado de la puerta. Lanzó una risa amarga y me pidió un cigarrillo.

–Es lo mismo, una y otra vez.
Sus palabras estaban cargadas de amargura. Acaricié su rostro y la besé con ternura. Aparentaba ser de esas chicas necesitadas de cariño físico.
Claro que yo, por ese entonces, era un idiota.
–Siento que puedo contarte cualquier cosa. Lo que el ojo no ve, ¿cómo podrían recrearlo las manos?
Después un zumbido.
De pie.
Clic.
Del otro lado de la línea.
–Man, ¿hacemos una esta noche? ¿Jalamos pegamento y miramos Gran Hermano?
La televisión me quema la cabeza.
Hay un informe sobre el tránsito más seguro del mundo, por allá lejos, en Suecia, donde la gente sí es feliz.
La televisión es el mal mejor llevado por la sociedad.
Escucho música, pero la televisión siempre está encendida. Supongo que es más barato que alquilar una puta, pero con muchas más exigencias. El horario de protección al menor no me permite tener sexo a las 3 de la tarde. Y no tengo dinero para el milagro de la televisión satelital.
Todas las drogas no pueden evadirte. Sólo la televisión dice lo que es la realidad.
Arrastrados por el cansancio de los estereotipos, la caja boba estalla en una mancha roja de fuego y odio y repulsión. Sus ondas se expanden como un veneno como el gas mostaza esparciéndose por el campo enemigo. Pero este gas no nos matará. Le basta con hacernos daño.
Por eso nos quedamos en silencio, mirando la lluvia caer. Escribimos pero no nos leemos, leemos pero no hablamos de ello. La droga nos brindará el lenguaje necesario ningún lenguaje ningún lenguaje. ¿Te acordás de Burroughs diciendo que el lenguaje es un virus? Tanta razón no puede tener un profeta, pero sólo es mi punto

de vista.
Una de las teorías más aceptadas dice que el universo tal cual lo observamos no es más que un estereograma.
Proponen interesantes tareas oculares para poder descifrar lo que está oculto.
Suponen que detrás de edificios o campos, se esconde un lugar más que sólo puede apreciarse a través de cierta perspectiva a la hora de observar.
Cada segundo que pasa siento desintegrarme poco a poco. No sé cómo evitarlo. Me espanta. La carne resbala entre los huesos, los nervios gritan al quedar desnudos y salen corriendo sin destino. La estructura ósea se vuelve polvo.
Es mi imaginación. Aunque dicho de otro modo no podría explicarlo.
Es una mujer que no conozco, me da un beso en la mejilla y cruza la calle. Estuvo hablando largo rato. Ojalá me hubiese importado.
El amor que sienten las criaturas de mi especie es una infección viral en la corteza cerebral. Demasiado desagradable para ser enseñado pero algunos viviseccionadores no tienen hogar al que ir cuando terminaron sus turnos.
¿Demasiadas vueltas? Creo que es demasiado específico.
Supongo que la droga puede tener algo que ver con que no me interesen la mayoría de las cosas cotidianas.
Me he vuelto primitivo.
Al final, ustedes ganaron. Tenían razón. Yo estaba equivocado. Proveyeron de mutabilidad al virus y así, como un milagro oscuro, la Infección se esparció y aniquiló todo.
Está bien. Al final, ustedes tenían la razón. Ganaron. Y la victoria es algo indiscutible.
Me acuerdo que al principio estábamos todos del mismo lado, avanzábamos tomados de la mano, como una inmensa guirnalda de muñecos de papel. Demasiado frágiles. No fue tan grave lo que separó nuestras extremidades, pero yo y muchos otros, no pudimos volver.

Algún consuelo hubo, de esos en los que se concebía un plan que nunca se llevaba a cabo.
El virus continuó mutando estando yo lejos y separado, por eso adquirí cierta inmunidad. Pero esta inmunidad al virus no tardó en generar recelos y como en una fantasía apocalíptica, los zombis sólo piensan en devorar.
No estaba armado, por supuesto. Y no pude defenderme.
Me refugié en un cuarto pequeño y mugriento para ver, tras la ventana, cómo la Infección crecía y se llevaba a mi familia.
La raza se extinguió a principios de la primavera. Anduve solo, sin buscar a nadie. Las otras criaturas no me comprendían y me enseñaron que la soledad es no tener a quien comunicarle las ideas de uno.
La luz de la luna era lo único que reflejaba el campo tras el arroyo, una vez que El Bestia hubo apagado los faros de su Ford F100.
Dentro del vehículo, El Bestia clava sus ojos en Raiter. Abre sus mandíbulas como una fiera.
Enseguida abre la guantera y extrae un barbijo. Se lo coloca suavemente a un Raiter ausente, estupefacto y petrificado de terror. Sabe lo que va a pasar, y no puede hacer nada.
–Penrose... –Susurra.
–La última línea. – Dice El Bestia para distraer a su presa. –Hoy no tuve mi parte.
Con indiferencia clava una jeringa vacía en la yugular de Raiter. Tan sólo le inyecta aire.
Unas gotitas de sangre brotan del pinchazo.
Raiter se retuerce.
Un poco de aire basta.
Contempla al sol tanto tiempo que de repente el paisaje se oscurece.

LA VIDA NOS QUIERE MUERTOS

PALOMO

Yo, el psíquico, el cuarentón sano, también estaba junto a los enfermos. Había llegado bastante mareado, hacía los pases aprendidos en la teoría pero sobre todo el ejercicio de *"constitución y favores al carácter"*, a pesar del sueño, por el bien de mi familia.

Cuando el cuarentón terminó su teoría su constitución y su botella de tipología nada más de un largo trago, el tratado y nada… se tragó el diagnóstico.
Y experimentó los primeros instintos…
Le pedí El tratado.
–Néstor Bustamante
Del diagnóstico que me… experimental…
–Ginecólogo divorciado
Los instintos, o hiciese un nuevo test proyectivo de espacio…
Bustamante ofrece en su consultorio los siguientes aspectos para la noche:
Ignorancia. Realiza el test en su departamento, descubre el provecho de las enfermedades psíquicas, claro que familiares a las muchachas de las cuales es conductor y primer probador.
Negación del yo.
Hace lo que harían los padres con el sexo, y, en alguien, el amor, los toma en cuerpo la decisión y el espíritu. El instinto admite la orquesta de nuestra propia teoría génica.

NÉSTOR BUSTAMANTE
(con fingida preocupación)
Bueno, las fuentes pasaron de contar energía a remarcar las peculiaridades de la historia. Los factores instintivos se redujeron finalmente a ocho; representaron un ocho y lo pegaron en las cargas hereditarias específicas. Parte del grupo de instintivos de hoy se asoció a los verdaderos infectados, por sus caracteres ahistóricos, cediendo a la tentación de marcar su impronta en la escritura. Conformes con las fotografías del vago factor determinante (cada vez, de más rara aparición, ya que de antemano lo habían decidido), así que a lo sumo serían el último capítulo.

Para ellos los personajes de las fotografías eran siempre el mismo, el factor instintivo lo tenían todos, notorios y en gran cantidad. Cuatro o cinco veces habían planificado escribir sobre aquello.
Para replantear el significado, la llegada de dos nuevos a la escena.
Ahora reacciones, claro, por elección histórica.
Sedante de "nada" para Bárbara y un paralítico que le había hecho morisquetas para llevársela a su departamento.
Todos, víctimas de y para cada uno de los presentes, desde homicidas motorizados a los mismos factores instintivos.

EL HERROR ES UNA PUERTA

Aún cuando ya no podía, intentó poner un motor al niño para que obtuviese la alegría de la marcha, pero al retornar el mandala, no hubo respuestas.
Volvió la existencia de hacer nuevos intentos con forma

de juego. Una, dos, tres veces. Pero a los objetos que tenía a su alrededor no les ocurrió nada.
Recuperado de la prueba, los increpó:
–Beatos –por su acento diría que está molesto por haber sido desprendido de su pareja.
–Tendrán que repetir la separación –Ordenó.
–Empujame…
Se horrorizó de la pérdida del sedante, pero ante ello, el insulto era el juego del niño homicida en el automóvil.
Podía robarle las instrucciones si quería evadir la pulsión de la nada, de la muerte.
También pronunciar palabrotas de frente por la pérdida de su esposa.
Palomo, enfurecido en el seminario, contrajo su rostro: “Los escritos y los técnicos han corrompido las primeras enseñanzas”.
Inmediatamente, alguien tomó la palabra:
–No, no. Hemos mejorado el conocimiento para ajustarlo a nuestros propios intereses.
–Es una pérdida.
¿Cómo que más estructuralmente no?
La pérdida de control del automóvil emitió la relación directa entre el rugido y el mecánico furioso alejado de su taller, contemporáneo del
–Mire señor, al acceder usted llegará al lenguaje.
(La costumbre de la palabra es tratar sin consideración a la gente que compondrá el asesinato).
–Desde este momento yo no toleraré insultos frente al habla.
–¿Y mi niño, señor?
–Puede usted robarme dieciocho meses y violar la disposición esencial de mi perro, y vestirme como quinceañera para formar pareja y filmar mis fonemas en un video ofensivo.
(Deseos del pedófilo).
–Pero, sujeto, no puede renunciar a las palabras como

su único recurso especial, aunque no a la altura exclusiva en que la madre intentó posicionarlo en primer lugar como un objeto sin ningún deseo.
–Su miembro de satisfacción me lo paso por mi familia. Tranquilo, Raiter.
–Si el lenguaje lo prefiere y lo permite, puede usted llamarnos para decirle a sus hijos su deseo de ser una puta, pero se eleva solamente a eso, a una.
El vehículo se puso en segunda, el homicida se cansó de su puesto. De ahí en adelante, las palabras sucumbieron al sedante y su yo se volvió acción misma.
Ya no tenía ganas de aparecer y desaparecer. Continuar ya no era una imposición de su narración. La constitución de su objeto ya no permitía vuelta atrás.
Tomó la Bereta de la guantera y, de raíz, disparó a lo simbólico. Seis veces.
Lo malo del sedante es la ausencia del cuerpo, evocada en presencia de la psiquis, en presencia de la ausencia…
Cayó sobre el pavimento. Unos pasos más allá, su mujer. Y no podía seguirla.
Recordó el seminario y la prueba de La Distancia. Tras hacer los ejercicios comprobó que no había ningún disparo.
Con conceder un “sabemos” a un lugar particular la gente no tarda en apartarse. Entonces, uno queda solo, con su mandala.
–Esta es nuestra ceguera, y se llama noche.
Algunas veces, Marcos, Vector 6, trataba con El Bestia.
La noche es injusta, a veces las garrapatas son la única compañía en la cama. Pero si necesitabas eliminar la soledad, ahí estaba El Bestia.
–¿Y por qué te anda pasando eso, amigo? –Le pregunto en su dialecto.
–Estoy mal… Muy mal.
Más aburrido que preocupado, le pregunto:
–¿Qué te pasa?

–Nada… nada…
–¡Tomemos el vino negro de la desesperación pasajera! –Grité.
Y un perro ladró.
Y los ojos del ebrio quedaron clavados en mí. Le dije que yo era un esquizofrénico
en recuperación
y lo entendió perfecto. Sorbió un trago del vino.
–Así que sos medio loquito vos –. Sentenció.
–Soy un medio que busca su fin en el mundo. –Le dije.
Sorbió otro trago. Carraspeó.
–Medio marica el vino, ¿no?
Sonreí. Era un espumante.
–Me lo regalaron. –Era la verdad. Como tantas otras veces andaba sin plata.
En las manchas repetidas soy el cometa que impactará el planeta. Mi carne se fundirá en el cráter y mi señal será una forma humeante. Ningún ruido de la humanidad, ninguna extensión del universo. ¡Cómo tiemblan mis noches cuando oigo el rugir del silencio!
Han pasado doce años desde mi llegada al búnker. Todo lo que recuerdo del exterior es el bramido de sus bombas, el repiquetear de sus repetidoras. Un caótico flash del Infierno. Cuerpos marchitos suplicando piedad, seres mutilados por su propia voluntad inconsciente, complejos sistemas biológicos arrastrados al llanto por una deformación del núcleo celular.
Aquí dentro todo eso parece lejano e innecesario.
Pero dentro mío se sacude como un parásito cerebral la insaciable curiosidad humana. Realmente creen en la felicidad mientras no se les asome la muerte, aunque ese momento dure poco.
Quisiera dejar esta seguridad y erosionar mis poros en el aire tóxico de la Infección. Quisiera inflar mis pulmones hasta escupir sangre y alvéolos. Quizás no sea tan tarde. Tengo la única llave.

Los que ya hayan saboreado con profundidad la experiencia de ser Sacaojos, mañana estarán alardeando al pie de las montañas. Las extrañas visiones pueblan las cavernas para que la bestia que se desvela tenga algo con qué entretenerse. Señal de alarma, si atraviesan la luz.
Incapacidad de unir los puentes. La fuerza abandonó. Cruzamos a nado el río putrefacto. Restos de cadáveres penetraban nuestros cuerpos. Al final cruzamos, pero el hedor permaneció impregnando nuestras pieles por semanas. Mirar atrás era imposible. No podía mirar. Mis ojos fueron arrancados por un cuervo. Fue al abandonar la playa. El hedor a carne podrida se estancó a nuestras pieles por días. Fuimos presa fácil.
Así que anduvimos juntos algún tiempo, pero no sé en qué momento el grupo se alejó. Bueno, en realidad, supongo que me perdí.
En las sombras, ante tanta maleza, era inevitable.
Una noche, en los últimos meses de frío, leyendo la mano perdida del manco de Lepanto, recordé los jardines donde había crecido. Los senderos no se bifurcaban y hablaba el lenguaje del sol. Recordé unas palabras, y las pronuncié, y el sol me dio la espalda por siempre, y mi naturaleza le aulló a la luna.
Recuerdo bien el día en que nací. Víspera de Navidad. Agosto, doce, mil novecientos noventa y ocho. Tenía catorce años. Era costumbre, en la tribu, adentrarse desnudo en el campo y tener una visión. Sólo después de experimentar la visión se nos trataba como iguales, antes de eso uno era como una criatura que no participaba en ningún espacio de nuestra comunidad. Esta costumbre, y muchas otras más, podrían considerarse bárbaras, salvajes, pero dado el riesgoso ambiente en que vivíamos era menester el surgimiento de una cultura igualmente peligrosa.
Ya desde la aparición biológica estas costumbres nos rodeaban. Las madres primerizas, en el momento del

parto, eran arrojadas a los rápidos. Si regresaba con su primogénito, la fiesta era inminente; mas si volvía sola, la tribu se sumía en silencio y la joven madre guardaba luto durante tres lunas. Luego sobrevendría otra oportunidad. Otra oportunidad que, de haber perecido en la corriente, no tendría. Y por eso mismo se continuaba.

Y Azazel, querido nuestro, lo pensamos cada mediodía.

–No nos apresuremos, la prisa empantana la situación, como una rueda en el barro, empotrada, y el boludo quedó arriba, acelerando, acelerando.

Recuerdo bien aquel día en que nací. Mi madre muerta, su cabeza aplastada, me recordaban que no había Sacaojos alguno. Ni padre, ni hermanos. Todos los hombres de la tribu eran mi padre, todos los niños que me rodeaban, mis hermanos. No había otra posibilidad. Así había quedado establecido. Los odié a todos.

Recuerdo bien aquella víspera de Navidad. Agosto, doce, mil novecientos noventa y ocho. Tenía catorce años. Mi madre muerta, su cabeza aplastada. Me presenté ante los Lejes, los ancianos de la tribu, listo para hacerme hombre.

Mordisqueando su peyote, completamente desnudos, me referían la historia que culminaría con mi niñez. La historia de Azazel. Una vez oída, lo sabía, nada volvería a ser igual. Mi inocencia habría de morir, dejaría lo que fui alguna vez. Muerta la madre, y sin padres ni hermanos, rodeado de enemigos, mi única opción sería nacer. Cantos guturales proferidos por los Lejes, marcaban el inicio del final, el principio del relato.

Odio a mi padre. Realmente lo odio. No con un motivo particular, digamos que, más bien, todo se debe a una condición genética. Herencia de familia. Tal como su padre había matado a su abuelo, él hizo su parte matando al mío. La noche que cumplió su cometido fue la noche que me engendró. Sometió a mi madre a las vejaciones de sus bajos instintos como celebración, haciéndola

gritar de dolor y placer durante tres días con sus consabidas noches. Fui producto de esta aberración, surgí como fuerza espermatozoide, pleno de indignación y reclamando vengar la afrenta. Furioso, mi cuerpo vacuo recorrió los canales necesarios desde sus testículos hasta su uretra. El camino era un trajín de otras posibilidades como yo, me abrí paso a empujones y violencia. El avance comenzó a ser más ligero de repente, y enseguida no tuve que empujar más, algo inmenso me arrastraba, el portal hacia el otro mundo. Caí pegado a otros, en una recámara cavernosa, carnosa. Un círculo luminoso se veía no muy lejos, fui el único con suficiente fuerza para arrastrarse, sentí que no lo lograría, desfalleciendo a cada segundo, viendo al resto de mis congéneres sacudirse en las cercanías, desorientados. Me esforcé un poco más y enseguida alcancé aquel globo luminoso que sin dudas me salvaría. Avancé, reforzado por mi furia, sabiendo ya mi destino, presintiéndolo en aquel esfuerzo extremo, aquella dolorosa procesión que me costó todas mis fuerzas.

Me desarrollé con normalidad, pero siempre estuve cansado, carente de energías. Y por eso tampoco logré conseguir un trabajo.

Habitar las neuroruinas es complicado, además. Todavía se mira raro a los tipos tatuados o a los jipis artesanos que vienen en temporada a robarse chicos. Se hace difícil entonces ir a la playa para las familias, y es por eso que mayormente se ven parejitas. Conozco a muchos, suelen ser siempre los mismos, con alguna variación dada la inclusión de algún turista.

Una vez, conocí a un tipo que tocaba la mandolina. Paraba en un camping. Tomamos unos tragos y le pedí que me enseñase su arte. Le conté la fascinación que me provocaba su instrumento. Sin decir más, el músico se puso en pie delante de mí y bajó su bragueta lentamente, con su mano masculina y llena de oscuros pelambres. ¿Qué

estaba haciendo? No sé. Se bajó los calzoncillos y empezó a masajearse la pija. Lo miré, curioso, sorprendido y borracho. Apuré mi vaso y salí de la carpa. Noches así, hubo un montón. Donde la ponía, casi ninguna. Instrumentos que aprendí a tocar, mi propia verga.
Los jipis tampoco son buena onda. Estaba el loco de la bondiola, por ejemplo. Un pelado con corte hare–krishna que decía vender artesanías que nunca nadie había visto. Terminó en medio de la Centenario, en un lugar donde vendían quesos de campo… y bondiolas. El loco de mierda este las olía frente a todos, entre la multitud, de un modo desagradable. Obviamente, los dueños lo echaron. No sin resistencias consiguieron empujarlo a la calle. Haciendo escándalo, a los gritos, el loco se alejó arengando insultos. En la esquina de la Escuela Normal, tropezó y se abrió la cabeza. Le brotó un espeso manantial amarillo, y, aunque no pudo volver a ponerse en pie, seguía insultando de manera incoherente. Finalmente, llegó la policía, y en un segundo lo cargaron en su vehículo. Pusieron la sirena y lo llevaron a la jefatura, sin mucha historia. El ruido de los turistas y los comercios tapó a la perfección los disparos del fusilamiento. Obviamente, nadie necesitaba ese tipo de escoria.
Todos, en realidad, nos sentimos bastantes conformes con el desempeño de la policía local. Inclusive yo, que vivo hablando mal de ellos. Son muy convincentes. Tienen lo que se llama "método". Una Ithaca en la cabeza, unas trompadas mientras se está esposado, una ducha improvisada de agua fría a alta presión en el calabozo de madrugada, convencen a casi cualquiera. Sí, casi a cualquiera. Algunos se la bancaron, algunos que estaban conmigo. Pero más de una vez canté y me fueron desplazando. Sólo se me premió con palizas posteriores, bien merecidas, y humillaciones públicas, también merecidas, para qué mentir. Es complicado tener malas costumbres en la tribu, enseguida uno es expuesto al juicio del resto.

Quizás el gusto por la soledad me viene desde tiempos ancestrales, lo que sí recuerdo es cómo se intensificó en la pubertad. De sentirme extraño, ajeno a los intereses de los demás, aislamiento escolar, no hallar puntos de inflexión para generar relación alguna, refugio en libros y bibliotecas, que los niños detestan por aburridos.
La biblioteca municipal era un edificio inmenso, de limpios cristales, que la primera vez que vi creí que alcanzaba los cielos. Filas y filas de volúmenes de todos los tamaños, encontré el placer al sumergirme en aquel mundo, internándome solo, en grietas profundas y sin fondo.
La locura del quijote no tardó en hacer su parte en mí, entregándome a ilusorias realidades y molinos de viento que simulaban naves madre o, en el peor de los casos, extraterrestres en pos de la Tierra. Claro que, en mi caso, yo no era sino un simple espectador, observando arder el mundo y a la espera de un héroe que no lograría escapar de la prisión de papel. La frustración dio paso a la desesperanza, y todos los actos heroicos no me parecieron sino malas noticias. El acto verdaderamente agradable era la irrupción del mal en sí mismo, la tragedia era la actriz principal de todas las tragedias.
Me escapé a la casa de Izquierda–Derecha.
Izquierda–Derecha era una especie de amuleto personal al cual recurrir cuando la suerte se terminaba. Lo conocía de la secundaria. Me sorprendí mucho cuando mi ansiedad encontró su nombre por primera vez en las páginas amarillas. Ofrecía delivery pero preferí llamarlo y arreglar una cita.
Se acordó de mí y me invitó a su hogar despreocupadamente. Podía pasar cuando yo lo creyese oportuno, no había problemas. Claro que dentro de los horarios comerciales.
Cierta alegría se apoderó de mí, una especie de nostal-

gia. En ese momento noté cuanto había envejecido.
Izquierda–Derecha me sirvió un vaso de vino y se lamentó por la ausencia de copas. Luego largó una carcajada breve y nos sumergimos en el silencio.
El silencio hablaba de nosotros, de una grieta insondable que nos comunicaba.
Golpearon a la puerta con un compás estudiado.
Adelante.
Una corbata con flores violetas entró en la habitación.
Miré un segundo a Izquierda–Derecha, sus ojos vidriosos y tranquilos musitaron que no había de qué preocuparse.
Néstor Bustamante estrechó mi mano y su sonrisa no era la de la oficina. Estaba hambriento.
Izquierda–Derecha hizo un gesto con sus manos. Néstor Bustamante se echó al suelo en cuatro patas, dejó salir su lengua imitando a un perro.
Izquierda–Derecha se acercó a él, acarició su cabeza y se inclinó frente a él. Dibujó una línea a lo largo del suelo.
– Despacio. –Ordenó con los labios apretados.
Néstor Bustamante comenzó a esnifar la línea con voracidad, pero Izquierda–Derecha lo detuvo al instante con una certera patada en la sien. Néstor Bustamante aulló como un animal y se alejó unos pasos.
– Despacio. –Repitió Izquierda–Derecha.
Néstor Bustamante se acercó tímidamente y comenzó a inhalar lentamente.
–Buen perro. –Dijo Izquierda–Derecha mostrando su dentadura descalcificada con una sonrisa. –Buen perro.

INSTRUCCIONES

Impunemente recorría Raiter las calles, brindando combustible robado a las personas que evaluaban sus automóviles.

¿Por qué no?
Esta vez ni siquiera sabía utilizar sus pies, alguna raíz de ropa convencional caratuló a cuantos vejetes cruzaba de un modo simbólico, donde resultaba interesante la transformación de cualquiera a la prostitución y, en ausencia de nada, evocada la fosa, distendía sobre lo común.
Los vestidos en presencia de la vista se hacían más y más cortos y la única presencia que acabó por convencer fue la del portaligas que un día se ajustó a la ausencia de cigarrillos.

Instrucciones siguientes: el incidente Drea Levoy fue una simple muestra que figuró en ocho fotogramas, en todas las páginas, más o menos detenidamente.
Mírelas…
Estaban en todas las páginas del interior excepto la portada.
Es el diario más importante de la nación…
Un sedante y Bárbara, parecía regresar de lo más simpática.
Directo desde la conferencia, después aquella cena escena sobre los medios para despertar una segunda simpatía.
–Cielo, después le encargo esta tarea al profesor Zalazar…
Ese eminente psicótico es reconocido mundialmente ahora. Ocho fotos de sus estudios en filas, revelan la forma de sus prácticas quirománticas en nuestra área.
Como que cada cosa que decía, producto del sedante, Bárbara regresaba a cuatro fotografías. Prefiguraban su hogar, lo sabía, seguía el orden interceptado por los números arábigos del homicida señalado y su camioneta. Encontró agradable el Chrysler Neon escondido en el

color invisible de las fotos, era muy famoso.
Pero no era tiempo de poner en duda las hazañas evaluadas por más escabrosas que fueran.
A continuación, el homicida se detuvo frente al paciente con la siguiente instrucción: elija su pareja y enuncie las reconocidas frases:
–¡Genuina naturaleza!
–¡Démen de todo su enfermedad!
La pareja le pidió gasoil y luego se aterrorizaron.
–No elija dos sólo porque guste de fotos con presencia criminal. Y si no, por lo menos utilice el vocabulario marginal que menos les agrade.
En cada serie.
Raiter resume el funcionamiento de su vehículo en el significado del aceite, a elección del señor…
–Las tres –Dijo, y se encaminó al sedante, siguiendo al pensamiento de Drea: consoladores.
El degenerado elegirá una pareja de cada categoría.
Con su índice manoseó las tenencias del encargado.
Latentes.
Era la melancolía en persona.
Pensó que la elección de un viaje la convencería tanto que sus tipos de desagrado no representarían las tendencias que lo transformaron en degenerado. Verse aceptado por ella, de seguro tiraría abajo todo el negocio.
Pero Bárbara y yo existíamos, y Raiter nos veía aprovechables.
Y muchas de las manifestaciones tenían que ver con las películas de entonces, sin porno.
–Demasiado elevado para saber el número de elecciones que indican los clientes
– ¿Qué?
–Que también las respectivas tendencias de próximo encargue también las echaré a la mierda.
Manifestación de géneros de llanto.
De regreso, Drea comprobó que eran específicos.

Tenía las elecciones del tema y las interrelaciones de su clientela estaban en correlación con los límites y las conductas de los variados.
Mis conductas delictivas acabaron por mostrar una predisposición a la agresión, la zoofilia y el sadomasoquismo. Aunque en el *Quiero dormir, Test de un fin*, Bustamante no quiso que despierte hasta no actualizar las clases de amanecer, aplicando perversiones imaginadas por alcohólicos y delincuentes.
A lo largo del pasillo se amoldaba la gente común, experimentos de palabras vistos claramente en un sueño.
En su mayoría eran como yo, pero aún no habían sido investigadas.
Había algunos que serían rechazados, desde luego, tenían la opción de no elegir o no poder en absoluto cumplir con las pruebas.
Una futura separación, más tarde, los obligaría a recordarlas.
Y luego, el Factor S.
Para terminar en los cuatro círculos psicopatológicos hereditarios iba como presentación y explicación de las formas clínicas del otro, genéticamente inseparables, razón vinculada a La Distancia.
–Hablaremos más cuando lleguemos a la venta… –Un total desconocido me sonrió. De las ocho necesidades instintivas específicas que denominamos Factores, el tipo éste representaba lo más bajo de mi radical vida instintiva.

LA CLIENTELA

–De los ocho, el último tiene enfermedades mentales hereditarias, de color, con la sutileza del catálogo abarcando productos eróticos lo descubrimos.

–Los círculos hereditarios comunes en este tipo de afección son: –Me dijo– ENFERMEDADES, color ámbar. SEXUALES, que el hermafroditismo favorece en su florecimiento cuando no, la homosexualidad (veía la H descocida de su uniforme) en ambas. Sadismo rayitas en mano (volví a pensar en el Factor S), color mano, ENFERMEDADES PAROXISMALES, qué ambar, EPILEPSIA (quería pedir algo para aclararme la garganta), receso a la histeria (deslizó sus dedos por la H). ENFERMEDADES, treinta clases esquizoformes. Y actividades catatónicas (cientos… Genial K)
Sí… me dirigía a la esquizofrenia, pero… *¿Paranoide? ¿a a (pa) la quién?*
Esquizofrenia de oficina.

Enfermedades circulares A LA VENTA.

El director depresivo invisible. Su monólogo a la manguera comenzó así:
Sí, sí, a llenarte vete, no de aceite te necesito, de oliva yo mismo o te hecho a descender…
Para acercarse al depósito de La Distancia, le comenté a Raiter, como de pasada, era esencial meterse sin el vehículo homicida.
Llevar a cabo la operación tardó un poco más de lo imaginado.
–¿Estás veinte segundos de acuerdo con los robos? Si debe hacerse un ocultamiento en este juego, debe hacerse rápidamente.
-La tesis por la cual acabé en la teoría no admite reservas psicoanalíticas. Fueron expulsadas por sí solas, en la evolución del depósito los procesos se vuelven ajenos y la psiquis deja de estar regida por su dueño.
– ¿Lo qué?
–Sencillo. Estamos al principio del no–más–placer.
Lejos o no, en un lugar o en otro, de un modo o de este, la sirena era la única actividad de los bomberos.
“Diablé”

Automáticamente, la psiquis pensó en el vehículo homicida. Intentó sustituirlo por “los bomberos viene a liberarme de mi estado penoso”
¿Había un pensamiento más agradable?
No. No.
Debía apresurarse si no quería volver a salir y ser rotulado como un caso perdido, impune.
El cigarrillo se consumió entre sus dedos, y las partículas humeantes contornean una silueta que se le ocurre femenina. Sin saber en qué pensar. Se echa hacia atrás en su silla y contempla las paredes vacías del cuarto. ¿Piensa en una mujer? Apenas contornea una silueta mentalmente, pero su sinapsis no es de hacer retratos fieles.
La ceniza cae al suelo, ensucia la tapa de un libro con los cuentos completos de Onetti que robó en la biblioteca, y como en un pestañeo, el sol trepa la ventana.
A lo mejor en algún momento cerró los ojos y quedó dormido. No lo recuerda. Debió ser así.
Se pone de pie, directo al baño, una ducha para ordenar el día y las ideas.
Se mira frente al espejo, sus ojos vidriosos no dejan de reflejarlo.
Una mancha carmesí le cae de la fosa nasal derecha.
Y sus ojos vidriosos no dejan de reflejarlo.
Ninfa pasó prácticamente toda la noche sentada en la barra, hablando con Marcos, Vector 6.
Los pocos clientes que entraban les echaban una mirada curiosa y ocupaban alguna mesa.
Estábamos en otro mundo.
–Muy bien. Para vos existe el tiempo. Para vos existe un ayer, un tiempo pretérito, y un mañana, un plan de ataque o esperanza. Lamentablemente, a mí no me sale eso. Trato de engañarme día a día, lo juro, pero no puedo. Porque sé de la arbitrariedad de todas las cosas y, por sobre todo, la arbitrariedad que es el tiempo. No concibo un ayer ni un mañana, ni sombra ni ensueño; soy como

aquel hombre que no puede dormir, todo el tiempo despierto y es ahora. Pasado, presente, futuro. Un mismo e ínfimo punto donde convergen algunas fuerzas, nada de lo que se pueda escapar. Acercarse y ver las diferencias, es un asunto de perspectiva; pero también podríamos encontrar diferencias entre el hombre de Asia central, el de Asia menor y el contemporáneo occidental. Pero alejados de la tierra, comprobamos que forman parte del mismo grupo biológico. Asimismo, el distanciamiento nos ofrece una perspectiva más general sobre aquello que creemos diferente tan sólo por un juego de nuestra conciencia. Ignorarlo y llevarlo adelante, no significa gran cosa. Notarlo y tratar de no tenerlo en cuenta es autoengañarse.

*

El asunto de los agujeros me pareció una cosa terrible.
Me da terror la clase de cosas que se pierden a través de ellos.
Recuerdo bien la tarde.
Todos en el bunker del Cefe.
La trastienda de una ventana que daba a la calle
bajo el lema Kiosco.
En la vereda se escuchaban las voces rígidas de Cofler y Cubanito. Estaban nerviosos.
Eran amigos del Cefe, pero por algún motivo, él había puesto la traba y los había dejado ahí.
Así que ellos golpearon la puerta.
Después la patearon con más fuerza, con desesperación.
Una ráfaga de balas atravesó la puerta.
El instinto me condujo al suelo.
El sonido de una ametralladora. ¿Cómo describir el sonido de una ametralladora? ¿Cuántos disparos hubo en aquellos segundos?
Al Cefe le dio una bala en el ojo, de rebote. Su error fue

asomarse por la ventana cuando sonaron los disparos.
Gritaba y se retorcía en el suelo.
Su mano sobre su ojo, sin tocar la masa gelatinosa que se desprendía de la cuarta parte de su rostro.
Y gritaba.
¡Cómo gritaba!
Se escuchaba hasta la otra cuadra seguramente.
Lo sofocó el ruido de cuando tiraron la puerta, y me escabullí tras una heladera abandonada.
Sonaron dos disparos, esta vez de pistolas.
BANG–BANG.
Vi el disparo en su cabeza.
Cerré los ojos y oí el chasquido de la carne arrancada a balazos.
Raiter había encendido un cigarrillo y comenzó lo que sería su último discurso:
–Según Penrose, la conciencia es un tipo particular de colapso de la función de onda sobre sí misma.
“La naturaleza es un compendio de superposiciones cuánticas.
“La observación consciente causa colapsos.
“Cada superposición se ramifica y forma un nuevo universo – universos paralelos.
“La interacción de superposición con el entorno causa decoherencia.
“Las superposiciones crecen hasta que encuentran algún umbral natural inherente a la naturaleza que las convierte en hechos.
“Superposición: Separación en la realidad fundamental al nivel más básico. El universo se separa en porciones inestables y con el tiempo colapsan en una o en otra.
“Este colapso es la conciencia.
“Ocurre en circunstancias especiales, necesita un sistema aislado del entorno para no sufrir decoherencia y lo suficiente extenso para alcanzar el umbral.
“El umbral se relaciona inversamente al tamaño de la

superposición.
"Una superposición de electrones, si está protegido de la decoherencia, tardaría diez mil millones de años en lograr el umbral. Tendría entonces, un momento minúsculo y sin brillo de conciencia.
"Algo más grande alcanzará el umbral antes.
"En el cerebro ocurren procesos cuánticos que alcanzan el umbral en veinticinco milésimas de segundo.
"Cuarenta veces por segundo tenemos momentos conscientes. Estos instantes en los que las superposiciones colapsan, son la realidad inmediata.
El fuego se había desplazado hasta el filtro, un círculo rojo intenso se dibujaba alrededor. Los ojos de Raiter estaban en blanco. Había entrado en trance.
Los presentes, sin decir palabra, se pusieron de pie y abandonaron la casa.
–Esto es el infierno, man. Y no puedo encontrar la salida. Todas son paredes de vómito, sangre y podredumbre de erosión con el resplandor del amanecer.
–Claro que también te hablo de odio.
–Estoy imaginando un escultor que deshace las formas, que mezcla los patrones. Un guión sin trama, argumento, ni final. Una tierra árida, obsecuente, liderada por el ansia del olvido de los electricistas como una paciente de esas que cuchichean de los trueques por el desayuno de estiércol y manzanas podridas embebidas en formol. Y la ración suculenta de coherencia consciente fluye como baba directo desde mis labios, animales, criminales, de otro hemisferio, intentando verse al espejo. Sin miedo.
Los viejos me veían una vez a la semana. Me estaban controlando, desde luego. Pese a esto, yo no podía evitar seguir mis impulsos.
Una corrida al baño, y después otra y después otra. En el ínterin, el interruptor, el interruptor, el interruptor.
Aparecía Néstor Bustamante. Mis ojos eran una laguna. Me dijo que alguien más había entrado. Asentí sin

escuchar. En el ínterin, el interruptor, el interruptor, el interruptor.
Ni bien me daba la espalda, de nuevo al baño.
Tiene la maldita costumbre de, una vez cada tres noches, subir al techo y aullarle al cielo. Es la clase de idiota que cree que el exhibicionismo es divertido. Escucha otras voces como teleteatros en directo, enseguida olvida las escenas y se pierde en sus propias circunferencias.
Marcos, Vector 6, escuchaba a Zalazar, el profesor. Hablaba y apretaba sus manos. Hablaba de un amigo muerto. Le había dado un aneurisma en el gimnasio. Zalazar, el profesor, hablaba en llanto, Marcos, Vector 6, apenas lo comprendía.
Fijaba sus ojos de espectador en el escenario cotidiano.
–A todos nos va a llegar. –Murmuró Marcos, Vector 6, .
Pero Zalazar, el profesor, hablaba muy fuerte, gesticulaba cada vez más, con los ojos abiertos como platos de porcelana sobre una hornalla. Repetía su recuerdo de las cenizas.
Pero Marcos, Vector 6, avanzaba como tórtola al lado de Ninfa. Ni siquiera había intentado tomarle la mano. No sabía qué, pero algo me ocurría.
Se sentaron en un restaurante frente a la costa. Un camarero de acento extraño los atendió, Ninfa pidió la carta.
Marcos, Vector 6, le dijo que pediría lo mismo que pidiese ella y Ninfa no exigió mucho más. Le habló de la Infección de su abuela y que la estaba cuidando. Y algo más sobre tener ochenta años y sentir deseos de seguir viviendo.
Luego, comenzó a hablar de sexo, en un tono más bajo y con mirada seria. Marcos, Vector 6, se sentía incómodo y apretado en su silla, como adolescente, bajo el peso de los ojos claros de Ninfa.
Ninfa fingía torpeza ante la timidez de Marcos, Vector 6, pero no pudo evitar narrar su primera vez con un tal Raiter. Lo había cautivado su sonrisa, y porque parecía

un chico sincero.
Pero sólo estuvieron una vez. Algo malo le había ocurrido a Raiter.
Marcos, Vector 6, oía en silencio. Por algún motivo no comprendía en su totalidad la experiencia a la que Ninfa se refería.
–Poneme atención y tratá de interpretarme. Si te dejás caer por la playa, avanzá con cuidado. Nunca sabe el pie dónde puede haber un hormiguero, un refugio de alimañas carroñeras deseosas de tu joven carne, o un venenoso ofidio molesto por tu intromisión.
"Así es. Si andás por la playa, andá con cuidado. Sé de aves que entierran sus garras en la profundidad de las cabezas de los extraños. Ellas siempre te verán como una amenaza, aunque tu único artilugio sea una cámara digital, te verán apuntar y pensarán lo peor. Son así. Nada que hacer. No dudarán en caerte encima y arrancarte el cuero cabelludo con sus garras, claro que no. Quedarás gritando de dolor en el suelo, sólo si sobrevivís podés llegar a tener una posibilidad de saber qué te ocurrió. Y sobrevivir no es un resultado invariable.
"Así que, te lo repito. Cuidado cuando andes por la playa.
Al margen: Cae noche. Puñado de hombres como lombrices en tierra hechos para corriente. La pesca es más que una profesión para ellos. Rodeando cuarenta y tantos olvidaron habilidades en pos de otra venta ambulante bajo el sol del mediodía.
Un minutos antes el alba y regresan a la costa después de drenar sus odres sobre el agua. Nadie se preocupa por ellos más que ellos mismos. Supieron crear su propio argot y trazaron círculos en sus propios calendarios de luna. Como los tuareg conocen aquello de que volverse parte de la Historia es desaparecer. Intento de solución, brazos abiertos al nuevo pescador que se acerca a ellos.
Una mañana, redes alzadas, un iniciado enseña sus primeras presas. Pobre orgullo de aquellos que están aprendiendo.

En blanco plástico agonizan en agua sábalos, bagres.
Aplausos corteses, palmadas en la espalda.
Buscando más elogios introduce en el blanco balde y extrae la curiosa maravilla que intriga su espíritu.
La congregación observa. El pez, fuera del agua en manos humanas, abre y cierra sus costados, forzando la respiración.
Dos finos pliegues como labios se forman alrededor de la boca y encima una protuberancia triangular respingada. Como nariz. Y los ojos… los ojos del pez…
Fuera de órbitas giraban de un lado a otro con desesperación casi humana. El pescador no puede ocultar una sonrisa nerviosa. "¿Alguien sabe de qué clase es este?"
La congregación en silencio. Solamente tres de ellos, los más arcaicos, fruncen el ceño. "¿Qué pasa? ¿Cuál es el problema?"
Los ojos del pez en blanco. Progresiva desaparición de sus movimientos espasmódicos. Inmóvil. Un arcaico frente al iniciado, le aprieta la muñeca y deja caer el pez al suelo. Escupitajo dentro del plástico en señal de desprecio y su añejo índice en dirección al oeste. El iniciado, cabeza gacha, toma su balde blanco y desaparece en la dirección de la noche. Ninguno de aquellos hombres lo volvería a considerar un pescador jamás.
Amanece en la tierra de los primitivos.
El Bestia, solo en su casa, pone la radio local a todo volumen, para no sentir que está solo.
Desayuna un cigarrillo. Y un yogurt.
Se encierra en el baño y se mete bajo la ducha, mientras tanto, afuera, llueve.
No sabe si tendrá algún trabajo en los próximos días. Espera que sí.
Sale desnudo del baño y apaga la radio y las luces. Y se va acercando al resplandor bajo las escaleras.
Su dedo es la llave.

La caja de seguridad se abre.
–Lo que este pueblo te ha hecho no tiene perdón.
Las palabras llegan imperceptibles, un susurro constipado por el viento y el polvo. Quizás podría articular algunas palabras, pero la obviedad me resulta desagradable y debo resguardar mis pocas fuerzas.
Los nervios dibujan una débil sonrisa en mi rostro, pero la vista se nubla poco a poco y contemplo por última vez la ciudad que no verá otro amanecer. Sellado fue el destino, tiempo de correr…
La misión está a punto de concluir, relajo mis músculos mientras una multitud enardecida se precipita hacia mí como salvaje jauría.
Desmembramiento.
Pero no pueden amputar los alaridos del tormento.
Un niño echa a correr con una de mis piernas. Hinca sus dientes en la carne fresca. Enseguida un hombre aplasta su cráneo con un mazo y se apropia del manjar. Para todos no hay suficiente, pero prácticas más funestas conforman su rutina abominable.
En cualquier caso, no se trata de un sueño, sino de una serie de eventos desordenados que desencadenaron una acción.
Pero no pueden amputar los alaridos del tormento.
– ¿Hay una leve diferencia entre lo que ocurre y lo que ocurrió? – La voz me llega desde detrás de la luz cegadora. No entiendo mucho. Tampoco hay demasiadas diferencias.
–Parece la clase de boludo que no tuvo nada que ver. –Dice la voz.
Y enseguida otra voz le responde y la reconozco al instante: Ninfa.
–Sin embargo, algo debe haber visto. ¡Háganlo hablar!
Nunca me gustó saludar a mis conocidos. Sin lugar a dudas, porque las personas que conocía me resultaban desagradables. Una relación superficial, un estrecharse las

manos o mover la palma abierta al viento. No me cuesta nada, es cierto, pero a veces uno no tiene ganas de ver a nadie. Retorna a su oscuridad como un pulpo o como un cangrejo. Sólo la oscuridad es profunda. Sobre esa superficie también me sentía mal. Pero nadie me veía.
Nadie.
Vio las agujas del reloj dieciséis veces hasta que Ninfa decidió reunirse con él. Fue ella quien le mandó un mensaje. Yo ya sabía que el encuentro resultaría otra pérdida de tiempo. Pero, sinceramente, los últimos tres días los había desperdiciado contando las horas como pasatiempo, lo que demostraba que esa clase de pérdidas realmente no le molestaban.
Pero estaban las otras, claro.

TRANSMISIONES EXTRANJERAS

La voz de Ninfa dijo cien y encarnaba con los catorce, doce años, como surgen las doncellas que se revelaban conmigo, y ciertos viajeros, para colmo, embrujados, la contenía dos o tres veces cada uno, según los acuerdos estipulados con la Nodriza, en aquel momento Drea.
En la princesita, reconocí al pequeño que mejor podía contenerla. Como en un cuento de hadas, me doy cuenta que ya no soy un hombre sino que era uno de los suyos…
Buena cojida…
Era por la misma niña: otro, con los mismos hombros frágiles que les gustaba, y su color y su yo agitado, y cubierta en un ligero sudor de miel, como la gran delicia, la preferían también de espaldas y hacerles de terapeuta, mientras ella permanecía desnuda y sedosa.
Raiter, de pelo castaño, se fue dejando caer un pañuelo.

Pero, como verán, teníamos otros problemas anudados a nuestras cabezas, ella ocultaba en mi pecho mi confusión por viejos ojos y ciertas cosas de mono, y yo y mi inseguridad vulgar y mi personalidad adictiva no estaba menos en lo cierto que nuestra comunidad determinada por una extraña consideración que aparecía de a ratos, cuando masturbarse nos daña forzosamente. Ciertas características poco misteriosas pero ignoradas, tomadas con gracia letal, dozyc o el evasivo, anfranil cambiante, anonadante (recetados por mi insidioso psiquiatra, obviamente de punta), ejemplifican mi lengua.

*

Pero en las entrañas, todo eso fue veneno, y la intrincada llamada de la historia suprema jodió un poco la siempre encendida cabeza y sutil espinazo, que, para reconocer alguna manera de inmediato, debía contar con signos como medios inefables para exorcizar el diseño de sus propios fantasmas ligeramente felinos.
Sin embargo, en los pómulos, ya se evidenciaba otro problema.
–La delicadeza de amar un miembro lo vuelve aterciopelado y viviendo por lo que otros han asesinado elija tan cruelmente a la niña más bonita y querida en una.
El Chrysler de la fotografía hizo un último intento para apresar al grupo de colegialas y girl scouts, pero ya era tarde.
Siempre señalará a los bomberos que se acercaban al lugar del impacto.
Desde la esquina lo dejaron ser.
Artista y loco detenido, un automóvil infinitamente homicida y melancólico, con las burbujas de sus dos últimas víctimas, ardientes. Sacaron sus mangueras y gritaron a la mirada de asesinos:
–Joven, recuerde, si le muerde los senos juveniles, lo bañamos.

–No, como si fuera Bárbara, van a agarrarme vivo…
Con pantalones, pensó en la desgracia de no ser Néstor Bustamante, el dueño del Chrysler.

*

En la Escuela, obligado a ser motor de Drea cuando encenderse era un bajón.
(Es decir, una diversidad que sólo al final del Desarrollo de la medicación el sistema clasificaría como “no medicada”).
Era un instintivo humano.
El problema de los instintos no infectados es que vuelve a los actos humanos más sinceros y los arroja a la humillación propia.

VECTOR 6
(frente al televisor, sin mover los labios)

Miro. He madrugado un rato el lunes. Estoy en el techo, cansado pero no por vencido. Mirame, sigo anestesiado porque estaba no dormido pensando en “estoy en pareja”, este extraño suceso simbólico lleno de exclamaciones elementales.
Esto fue destacado por los primeros teóricos – El profesor Zalazar tuvo como único gesto la ocurrencia de hacer de niño de dieciocho meses, imitando sus gestos. Retomó la misma acción en cada visita. Entonces, no sólo a mi me quedó claro que no podía hacer más cosas que aquellas.

Del principio, pero ahora de placer. Debía apresurarse sino también para simular el acceso al lenguaje que nada le había ocurrido. Debía permanecer, mientras tanto, en la dimensión de la calma. Aunque eso implicase una pérdida.

Le costaba caer en lo que los psicoanalistas llamaron La Distancia, el pánico ante un momento tan constitutivo llenó de dudas al sujeto, pensar en el mundo sin historia, todos reirían sustantivando manifestaciones de todo lenguaje desde las centrales y La Compañía caería en la ruina, sometidos a la observación del caos continuo.
Llegado Néstor.
Más allá de este punto hago principio de un stop. Placer. No me disculpo, señor, en posición *petrovichiana* miro hacia atrás, poniendo reversa sobre mí mismo.

NÉSTOR BUSTAMANTE

Esto es lo que pide: un niño que he querido desde hace dieciocho meses, uno que pueda decir AHORA y que le dé nietos.
Se encontraba de un buen carácter, excelente humor, tenía que hacerlo.
No se da cuenta de la costumbre de arrojar a lo lejos la causa de los problemas, como pequeños objetos que caían entre esperanza y manos pronunciando el sonido de la prolongada necesidad o–o–o–o que los impulsaba.

Los cromosomas que constituían a Bárbara son un esbozo de los que ocurre cuando se ejercita La Distancia. Además, las perversiones de Bustamante.

Observando hacia atrás, un día lo encontré en la misma postura de un niño, increíble.

(Bárbara)

Ahora también parece seguir siendo un juego, aparentemente más bueno.
La completo…
Teniendo la posibilidad de exponer una de sus manos, el asunto es la punta en que yo y nuestro hilo contador (de historias, un mandala del niño sin plata), escribo,

volvíamos a nuestras cunas con resaca.
Y pronunciando el mismo o–o–o–o.
Aunque lo hiciera por falso, se negó hábilmente a sus alucinógenos sintéticos y clásicos placebos, exclamando: ¡Da! (*acá*, en, o del, alemán).
En el café ocupó una mesa frente a unos turistas.
–Nada que ver con la costa–. Afirmaba una mujer de cara rechoncha y enorme anteojos de sol.
–Bueno… Pero que tan mal no la pasamos. –Un hombre calvo frente a ella, con todo el sudor del verano encima, frotaba sus manos y miraba a su alrededor cerciorándose que los comentarios de su esposa no ofendieran a nadie.
Para su fortuna, así fue. A nadie le importan los comentarios ajenos, mucho menos si vienen de un desconocido.
Lo único que me importaba ahora era el paso del tiempo. Pasó una hora. Ninfa no apareció. Sentí que me hundía. Hubiese querido mirar alrededor y cerciorarme que nadie había sido ofendido.
Está bien. Yo lo hice. Yo sé que lo hice. Pero eso no es realmente importante. Como casi siempre logro enfocar mi mente en la nada y me masturbo mirando unos videos de zoofilia.
Una morocha gime mientras se la chupa a un perro. Se mueve de manera insaciable y sostiene el grueso miembro del animal con ambas manos. Se apoya sobre un brazo, inclina su pelvis e inserta el pene del can dentro de sí. Enloquece. Gime. Grita.
Eyaculo cerrando mis ojos. Me quedo inmóvil frente a la imagen un tiempo. La morocha me resulta cada vez más familiar. Adelanto el video. Los nombres de las actrices están al final.
También el de Ninfa.

APOCALIPSIS

Objetos desparramados por el piso, cenizas, vidrios, colillas de cigarrillo, papeles, discos, ropa, cadenas, obsequios despreciados, devoluciones innecesarias, rencor en los dientes, palabras como uñas, uñas en el cuello.

Van Gogh se cortó una oreja. Eso es sufrimiento.
No aquel que se padece por terceros, o por escasez de recursos.
Imaginate, Van Gogh sufría tanto que tuvo que arrancarse una oreja.
Claro, sólo el dolor físico puede amenizar el estertor que causa el dolor espiritual. Luego de mutilado el cuerpo, quitado el vendaje, el nuevo monstruo nace.
Ya no van a cruzarte en la calle para darte una palmada y aconsejarte hacer algo que no se puede hacer: mejorar. No.
Ahora van a mirarte con desprecio, el sentimiento que te merecés; o compasión, las dádivas inmerecidas.
Mientras, la herida expuesta revelará en tu rostro, que algo no anda bien.
Para nada.
Sufrir no es algo útil.

ANTE LOS OJOS DEL VACÍO UN RECIÉN NACIDO SUELE INSTALAR MILLONES DE PISTAS INCIERTAS

En los pasos flor lila del campamento, sí que tome el hambre del éter...

(Anónimo)

I

Con dedos inclinados. Nada, amor mío. Ya nadie posee los ojos de una misma cabeza. Nada hay, amor. Pura y abundante. Nada ahí, amor. Los cuerpos de la noche rehacen nuestros fantasmas famélicos y acaban como hormigas nerviosas dentro de un vaso de cerveza. Nos hace danzar frenéticos sobre nuestros pies. ¿Aman? ¿Podemos sentir el roce de sus labios comidos por la ternura o la despiadada avidez de matar y devorar el espejo que construye un rostro? Nada, amor. Ni el eco hay para luego liberarlo en un cuarto de baño. Todos buscan un espacio donde correr de una punta a otra. Sí, puede verse con claridad cuando intentas en mitad unos sonidos de tijeras para anunciar la levedad. ¿Quiénes siguen heridos? ¿Suavemente el cielo cambia sobre el ala de una avispa? ¿Cómo amar sin sentirse frente a un montón de toros? Y decir: nada hay amor, no sea nuestro ademán de leer las huellas de los rostros grabados en la presa.

II

Cruza las calles de Santos Justo cargando amargas hojas. Niebla de un lado a otro de los ojos. La Bacante duerme sobre la verdad con una ochava como un paquete de diarios. Se cubre, ebria. Pierde un poco de su esplendor en la tierra. Las primeras horas con sus ojos amansando la madrugada. Hileras de hormigas dispuestas en su boca abierta dan lugar a más hormigas.
La luz, la primera hora y la carcajada de la alcohólica caen en el viaje del camión.
A las siete de la mañana los horóscopos enfrían.

III

La mejor excusa. Murió la atención de los abandonados. A un lado, otros ojos. La Bacante duerme sobre la vereda. Se amargó y se fue.
Al cubrir a la ebria pierde un poco de su esplendor.
El vacío suele instalar un millón de pistas inciertas ante los ojos de una misma cabeza. Las calles de Santos Justo cargan amargas hojas.
Niebla de noche rehace nuestros fantasmas famélicos y una ochava como un paquete de diarios nos hace danzar frenéticos sobre nuestros pies a tierra.
Las primeras horas con sus ojos haciendo ternuras, la despiadada avidez de matar y devorar.

IV

Acabo de dar lo que no tengo a alguien. Ahora sí que no hay nada, amor. Ni brazos emergiendo del bosque de agua por lo inocuo y voluble. Muchos han muerto. Recuesta el alma sobre aquel árbol que se curva sobre las paredes para lograr algo de vértigo.
Murió la busca de un espacio donde correr de una punta a otra sin las manos de los muertos. El diablo siempre tiene unos sonidos de tijeras anunciando la levedad.
¿Quiénes siguen con dedos inclinados?
Nada amor mío.
Ya nadie hará además de leer las huellas de los rostros grabados en la abundante pureza. Nada hay amor. Los cuerpos acabaron el juego.
El vagabundo olor de los cráneos acaba como hormigas nerviosas dentro de un vaso que no está.
Fin al amor de sonrisas semejantes a vasos.
¿Aman?
¿Podemos sentir el roce de sus labios como amigos y amores muertos?
Ha muerto la flor que trepaba el espejo construyendo un rostro. Nada amor. Ni el ya.

Tranquila madrugada. Hileras de hormigas dispuestas sobre el loco enamorado bajo un ceibo.
Todo es azar en la primera hora y la carcajada de la alcohólica cae en su boca abierta para dar paso a más hormigas.
La luz de un camión.
A las siete de la mañana los horóscopos enfrían el viaje.

V

La mejor excusa. Murió la atención de los abandonados. Se me acabó el juego. El vagabundo olor de los cráneos enamoró, amargó y se fue.
Que no está. Fin al amor de sonrisas semejantes.
Ya.
Muerto amigo y amores, el vacío suele instalar un millar de pistas inciertas ante la fábula del loco enamorado bajo un ceibo. Todo este azar es dorado.
Acabó el dar lo que uno no tiene a alguien, murió el trapecista. Murió Dios que bajó, miró el agua por lo inocuo y voluble.
Muchos han muerto.
Murieron las paredes por lograr algo de vértigo.
Murieron las manos de los muertos.
El diablo siempre tiene los ojos de un recién nacido.

DIEZ VECES MÁS NEGRO QUE LA MÁS NEGRA DE LAS PINTURAS NEGRAS

Volviéndose alcohólico, Palomo, entre estos límites tem-

Humedecí mi dedo mayor con mi boca y sin preámbulos se lo introduje en el ano.
Sentí el filo de sus dientes clavándose en la mano que sostenía su boca, pero no hice caso al dolor.
Retiré el dedo y volví a meterlo, esta vez más al fondo.
Lágrimas involuntarias brotaron de sus ojos y humedecieron el corte en mi mano.
Pero no me interesaba, la tormenta en mi cuerpo se desató en mi entrepierna.
Mi pija era una piedra dura que apretaban mis pantalones de un modo incómodo. La saqué pensando en cada una de mis frustraciones, mis fracasos de romance, cuando en mi cuarto oí cómo se movía el cerrojo, con timidez, y supe de inmediato que era mi oportunidad.
Corrí a la puerta, con violencia la tiré al suelo.
Golpeé sus nalgas mientras me dejaba caer encima de su espalda, sofocando sus gritos con una mano y tirándole la cabeza hacia atrás jalándole el cabello.
Gritaba… Claro que gritaba…
Y podía hacerlo tranquilamente porque por un par de horas íbamos a estar solos. Le bajé el pantaloncito blanco que llevaba, y ni un segundo después su bombacha rosadita cedió ante mis manos de bestia. La carne blanquísima de sus glúteos me saludó, y yo los saludé con otra fuerte palmada dejando huella.
Nadie confiaba ni en mi ni en mis manos, no nos dejaban solos, pero ella no dejaba de mirarme con su carita de desprecio más despectiva (valga la redundancia).
Así creció, unos añitos, a los once se descuidaron.
Cuando ella cumplió once, yo ya tenía diecisiete, y el rencor acumulado ante cada una de esas expresiones de desprecio, y la falta de conciencia que siempre me caracterizó.
Cuando tenía once años, se descuidaron.
La mandaron a casa en un momento en que solamente estaba yo.

La dejó su madrastra (mi viejo no había perdido tiempo, nunca le gustó hacerse la paja) en la puerta de entrada y recordé a su conejo, al que le pegué un tiro en el ojo, le corté las orejas y colgué de un árbol. Un poco de alcohol sobre el cuerpo que se agitaba y una pizca de fuego.
No fue ningún ejercicio de poder, no soy el mediocre de Aleister Crowley, resulta que la puta de mi hermana le fue con el cuento a mi viejo que la estaba tocando por las noches.
Claro que lo negué todo, pero las peleas llevaron al divorcio y el divorcio fue una pena que mi hermana debía pagar con el sacrificio de su mascota.
Después, casas separadas.
No nos podíamos quedar en la misma casa, mierda, que explotan vomitivos enunciados con el único fin de evadirte del conjunto de mocos que forma tu asquerosa familia.
No valés una mierda, es hora que alguien te lo diga.
Si ahora tuviese un arma, te podría hacer un hermoso agujero en la cabeza y a nadie le va a importar.
¿A tus seres queridos?
¿Qué van a hacer?
Avisar a alguien, enterrarte, llorarte, pero la vida continúa…
Y si sos tan miserable como para tener la fantasía de que tu amado te llorará y mantendrá tu recuerdo vivo por siempre, entonces, ya no hay tiempo que perder, basura.
Mi primera víctima fue la mascota de mi hermana.
Un me cago profundamente en cada uno de tus pensamientos, para mí, no sos más que un monigote, una muñeca a lo sumo, y la verdad, me tiene sin cuidado lo que puede llegar a pensar tu cerebro, si es que todavía funciona. Estás inmóvil ante cada una de mis palabras, como una mosca en plena red; perdida, como cuando entrás al supermercado y un anuncio te quita la poca atención que le queda a tu mente dispersa.

Así que ahora, cállate y escuchá bien: me cago profundamente en cada uno de tus pensamientos.
Sí, mejor te hubiese ido quedándote en casa, devorando esos programas de televisión llenos de mierda.

La mañana que Ninfa se fue me obligué a pensar en el interruptor. Me senté sólo en la mesa y comencé a oprimir mímicamente mi fantasía. Las paredes de la habitación se desvanecían.
Era domingo.
Exactamente, el peor día de la semana.
Necesitaba desahogarme.
Tomé el teléfono y llamé a Palomo. Su acento tosco del otro lado de la línea.
¿Cuánto?
Le repetí el número inverosímil el cual le resultó veraz.
En quince en el lugar de siempre. Sin problemas. Colgué y dejé pasar quince minutos. Siempre se demoraba.
Volví a tomar el teléfono. Llamé a la CP, la Compañía resuelve todo.
Sí, aparentemente quieren hacer un negocio grande.
Del otro lado se oía teclear al empleado consultando los datos que le obsequiaba. Aquella entrega no estaba programada. Actuarían de inmediato.
Colgué y me arrastré hacia la esquina del cartel de madera con letras desgastadas. Faltaban la C y la H.
Madrugada. La sombra en los azulejos del baño, la luz entrecortada desde otra habitación.
Con una mano, Marcos, Vector 6, enciende la luz y la sombra desaparece.
Era la mía.
Al día siguiente. Lo primero que veo: un ojo que me escupe. Está bien. Me gusta ver la saliva surgir entre los dientes. Es buenísimo… Puedo sentir mis neuronas muriéndose… Y esa molestia en la cabeza, es lo que ocurre en mil sinapsis incompletas. Es como una bomba de tiempo dentro de uno, al final explota y todos se mueren.
En una casa abandonada organicé el mejor banquete. Acomodé unos cuantos muñecos en torno a una mesa. La electricidad se había acabado, pero me atreví a improvisar una melodía apenas acompañada por mis propios golpes sobre la mesa. No me estaba divirtiendo, pero fingía estarlo. Una especie de estúpido orgullo cruzó mi mente al verme a mí mismo cantando en una mesa. Nunca cantaba en público. Pero los ojos muertos de los comensales de plástico no parecían emitir juicio alguno. Me sentía libre.
El agua corriente también se había acabado. Sólo quedaba un poco dentro del inodoro. La hediondez del abandono me dio arcadas, pero había gente que bebía su propia orina. Justificaban su extravagancia con una práctica medicinal. Llevaba horas sediento, no tenía más opción. En casos extremos, la extravagancia no es más que otra manera de sobrevivir.
Primero invité a mis comensales, quienes no emitieron queja.
Embebí los labios de algunos y vi una sonrisa dibujarse en sus labios. Volví a llenar sus copas hasta quedarme sin una gota.
Entonces, con los labios resecos, lamenté haberme excedido en mi generosidad.

EN FUGA

Una aventura pavorosa se la debo a las obras completas de Iván Petrovich, que habían llegado a la biblioteca. Algo más cerca empezaba a sentirse el olor fétido de los restos putrefactos de comida. Quizá empezaba a sentirme solo otra vez y nada más, pero no podía apartar la impresión de que se preparaba algo que lo cambiaría

todo.
Ahora fui yo quien se sorprendió.
En cierto momento percibí lo que me pareció un guijarro de luz.
Tanto, que me identifiqué hasta el alma con la carta de un lector que me definió como un periodista deportivo incapaz de distinguir la diferencia entre un balón y un tranvía. Me evadí de la compañía del profesor Zalazar poniendo en práctica la estrategia de ir al baño de la taberna y engancharme con alguien a conversar en el camino de vuelta.
Fui a mirarme al espejo pero la luz era débil y no vi nada.
Sin embargo, en aquella ocasión me había visto obligado a reunirme con él. Le conté que mis parientes, con mucha seriedad, llamaban "perdices" a todas las aves que yo cobraba.
Apenas empezábamos a vislumbrar el perfil de algunas cúpulas de iglesias y conventos en la bruma del atardecer, cuando nos salió al encuentro un ventarrón de murciélagos que volaban a ras de nuestras cabezas y sólo por su sabiduría no nos tumbaban por tierra. El viento silbaba en mis oídos, peinando los pastizales más altos de la vasta planicie desierta.
Los vidrios del auto se habían empañado pero no tenía importancia porque no había nada que mirar. Raiter tenía una gran sonrisa cuadrada que exhibía unos dientes grandes, blancos y cuadrados que encajaban en las encías como los dientes de un engranaje.
Se acostó y se cubrió los ojos con el sombrero y habló sin mirarme.
–Reza conmigo –me dijo–. Pero eso sí: con mucha fe.
Bostecé sin preocuparme.
Me echó una mirada sarcástica, con una sonrisa que le arrugó las mejillas. Parecía un chico muy competente, desde luego, y al mismo tiempo algo distante. Calló y me examinó con curiosidad.

Acostumbrados a ser dueños y señores de nosotros mismos, nos costó mucho trabajo adaptaros a un régimen ajeno.
--- (Esto era el panfleto) ---
La presión social de un informe es la venta de armas o el equipo de paranoia colectiva. El ser publicitario lo presenta desde un primer momento como verdad irrefutable, el hambre y las miserias humanas, políticas o religiosas en beneficio de la revolución.
La practican con nosotros.

FRENOCLASTÍA

Una nueva-vieja salida para confesar la vida individual o la caída en la locura.
El cerebro no puede lavarse, pero es manipulado hasta que a las neuronas se asocian una serie de técnicas.
Estas teorías y demás experimentos son llevados a cabo en el maravilloso Centro de Manipulación y Frenoclastía, conducido por el profesor Zalazar, donde Palomo Santos inició sus "recuentos sensoriales prolongados".
Colocando a Aristóteles en medio del rompecabezas, las alienizasiones policiales tomaron nuestra sangre y le otorgaron distorsión.
-Frenoclastil control y manejo de sujetos en doble yo-. Ordenó el profesor Zalazar a su división.
Para comprender las técnicas del "pero" se mencionó el aparatoso axioma de Santos: "Prohibido referirnos a Iván Petrovich".
El pentotal fue crucial en sus brillantes investigaciones, bajo su acción el sujeto

liberaría nuestros días.
–Conclusiones: cuando se somete por hipnosis las funciones pueden ser rechazadas por intensos estímulos de caracteres morales.
Los católicos prohíben al principio la respuesta al hombre y referirse a drogas psicotrópicas y narcóticas febriles puede ser sancionado.
–Sin embargo, llega un momento–efecto más contundente. Lo producen inhibiéndose y paralizándose con flufenazina, utilizado en mucha gente como método de supervivencia. Se describe como voluntad, provocando una técnica de levitación de camisas de fuerza química para la aparición de la fase equivalente al adoctrinamiento, aprovechando a aquellos incautos con necesidad de estímulos intensos.
"Buda, una pizca de esotéricos y la aparición de cierta fase paradójica en la que el azar y el ahora se presenten fuertes.
"Si ustedes pertenece a la fase ultra–paradójica de falsos testigos, falsos documentos, déjeme decirle que ustedes ya no tiene estímulos agradables y viceversa."
–Ustedes no son el efecto válvula señalado por el psicoanálisis en una aparente comunicación con una nada. Ustedes son la técnica más utilizada por la Iniciativa de Defensa autocrática y facilista, hasta el hecho incestuoso de someterse a los sujetos, sin olvidarse como medio para confusión de amenazas, riesgos, etcétera, que son, como diría Santos, 'muy comunes'.
"Lleguen al clímax, bríndenles su cerebro

con llegadas al pretendido salvador, que no sólo nos hizo preguntar paralelamente, sino que nos prometió el séptimo cielo de corriente consumista, un arpa candorosa y una bellas alas.
–La felicidad depende del honor de realizar trabajos en coches más costosos. –El profesor dio por terminada la clase, no tenía intención de dejar entrever más conocimientos.
Pero pensaba…
Si el ofertante es un político, de haber sido manipulado por algún medio, dejarán la dicha de prestar servicio a sus países. Estos pseudo ciudadanos dejarán de serlo, para volverse aquello que habían sido: una carencia de mecanismos dados, todo un contexto que sucedió al dejar de lado la función de los bien organizados, programados e investigados.
Un fenómeno expuesto de esta manera, en casa, puede ser transformado casi en una guerrilla.
Es como cuando llegás a la cocina, abrís la heladera y pensás *¿qué venía a buscar yo?* No hay mucho dentro: unas fetas de fiambre, un sachet abierto de mayonesa y otro de leche. Tras mucho pensarlo te servís un vaso, la leche está agria y con una mueca de asco vaciás el contenido en la pileta. El vaso queda en remojo, con un poco de agua en su interior, si acaso tenés todas las luces en ese momento. Después, salís de la cocina, en el living te esperan tu amigo y una minita que trajo con él, su novia, ella está descansando en el suelo, los ojos cerrados, las extremidades extendidas, tu amigo te pregunta preocupado si ya llamaste a la ambulancia, entonces te acordás, Bueno, esto es más o menos así. Entonces, te

quedás mirando, preguntándote, "*¿cómo?*" (En su defecto, "*¿qué?*") Te miran y te repiten la pregunta. Y sonreís con la más estúpida e inofensiva de tus sonrisas, porque estás con un amigo, después de todo. Claro, claro, ahí entendés y como que te tranquilizás un poco. ¿*Qué onda*? Preguntás y hay dos respuestas probables: 1) "*Tu zanja*"; 2) "¿*Qué cosa*?". En el caso de haber acontecido la segunda, le contestás: *No sé*… Es como cuando te bajás en la estación de servicio, te echás un meo y pum, el tipo que te levantó en el cruce se fue a la mierda, ni chau dijo, y pensás, a lo mejor dio la vuelta y estacionó para estirar la piernas, y das una vuelta por los surtidores y los chabones que laburan ahí empiezan a mirarte feo, bajás la cabeza, haciéndote el boludo, al pedo, señal de que sos un boludo, así parecés más delincuente… Un rato después (tres minutos, no más), la yuta en patrullero. ¿*Qué hacés acá*? ¿*Adónde ibas*? Dale. *Estoy esperando.* ¿*Querés que la respuesta te la tire yo*? Bueno, repasemos, antes volvías de la heladera. Sí, sí, sí… habíamos escupido la leche cortada. Un asco. Disociación cognoscitiva. Es cuando tu mente te dice que hagas una cosas y terminás haciendo otra. Me pasa cada vez más seguido, ¿es tu primera vez? Bueno deberás acostumbrarte, son cosas que pasan. Es por la puta sobreexposición a los medios, todo el tiempo están bombardeando información, continuamente, como un infinito pozo de mierda, como un eterno cigarrillo eléctrico que dejaste de lado por el gusto a culo que tiene, como invitar a un amigo y su novia a tomar unas bolsitas que pegaste porque no había otra cosa y que ella se ponga eufórica, no parase de hablar y rememorase su infancia constantemente, y tu amigo la mira, estupidizado y duro, y vos pensás, ¿*cómo fue que me cortaron el cable*? Y, de repente, como pasa menos que en un cuento de Onetti, la tragedia aparece. La novia de tu amigo queda congelada, un rictus siniestro en la boca, los ojos parece que se le van a saltar, y pega un

salto y cae al piso, cabeza arriba, temblando de arriba abajo.

LA IMPOSIBLE CANCIÓN DE AMOR

Cuatro fueron en el daño.
Raiter, Palomo y Dolores, dice Drea.
El hecho de que no se encuentran en torno a junio.
y la cabeza
y el corazón
de sus miembros
habían sido encontrados
en la zona
en las afueras
de Santos Justo
en agosto
de Santos Justo

mes pasado

se encontró que el sospechoso
Néstor Bustamante
es el líder
de los detenidos

satanismo
diablo
adoración
de ocho personas

estaban separados del cuerpo para matarlos

la investigación entonces

no sólo matar a los niños y niñas
los que adoran al diablo
pueden quemar los cuerpos
de los niños y las niñas

se encontró que habían comido

Apuñala con un cuchillo
sobre 666 veces
antes de desmontar
el cadáver

y luego
desmontar el cadáver,
su cuerpo fue arrojado

en el fuego

son propensos a comer carne humana

fue quemada
una persona
puede ser atraído
a la casa
al departamento
al complejo
antes de que
los niños y las niñas
sean asesinadxs

y tenían
una gran cantidad de alcohol

fueron alimentados a la fuerza

Como yo era una persona

que está desenterrando
los cuerpos
de los muertos
son enterrados
en la tumba

estaba comiendo
los cuerpos
en la línea
también

A partir del comportamiento
de quienes sospechan
sabe que los que adoran
al diablo de los sospechosos
también
los niños y las niñas
que son víctimas
también

es muy probable
que hayan cometido
el delito
como un ritual
para pedir la ayuda
de Dios
(Sacaojos)

Se dice que
hay una posibilidad
satanista

también
fueron
víctimas

(Anónimo)

Las manos me darán seguridad. A salvo de lenguas muertas, a salvo de sus reflejos de tótem neonato. Sospecho que habita una manada de lobos, lamento no haberte hundido cuando tuve la posibilidad. Quizás sólo piense en acorralarte, invocar la somnolencia con la verdad. Mejor que me cuelgue en tu palacio moribundo antes que me habiten la casa los perdidos. A orillas de los pájaros, el cielo maldice mi nombre. Permití que tus manos me perfilasen la mirada con tu escofina, la que lleva al Sacaojos al arrepentimiento. Después, cortan alas jóvenes y en las duchas de barro, el Sacaojos se arrepiente de su calvario. Lo dice en voz alta, sintiendo la cruz rasgar sus entrañas. Si se desarmara el fantasma de todos estos implantes, sería evidente la ornamentación humana: humanos como adornos. Alguien acecha todo el tiempo induciendo a desflorar tu hechizo pero todos preferimos ayudar con las paladas a mencionarte unas palabras en tu entierro. Cercá tus enfermedades que no estoy acá, mis huesos nunca serán ceniza mientras estén los dientes apretados. Con los brazos cruzados sobre el pecho aguardo y el sudor corre hasta por los nudillos. Salí demasiado temprano del bar pero sé que en cualquier momento curzará su ex esposa, que cómo se atrevió a alejarlo de sus hijos, denunciarlo e intentar mejorar su vida… No me enseñás nada… Y así aprendió a dejar de ser una persona, un nombre, una palabra. Restos de la tristeza, soy la huella de los muertos exhumados, demasiado rápido me hago polvo en una urna en el fondo de una estantería como un trofeo inútil. Los hongos y las bacterias me adoran. Tenemos las mismas dimensiones. Tenemos los mismos movimientos. Los siento encima y sobre mi. Lo siento, te equivocaste, soy lo menos dulce que pudiste conocer. Con los brazos cruzados, con los brazos cruzados sobre el pecho, un hombre, un hombre grande y robusto, un puño cerrado y el otro vacío.   Aguardan.

(Raiter)

VECTOR 6

¿Qué había ocurrido? ¿Eso era todo?

Era sábado, así que volví a preguntar el domingo, levemente. Más o menos la misma respuesta más un reproche: Dejó a la familia.

Así fue, nada más que agregar.

Compartiendo un trago nos escabullimos en otras cuestiones más apolíneas. Sin embargo, al día siguiente algo me tironeaba dentro, algo inconcluso, y salí a comprar el pasquín del pueblo. Una reseña diminuta sobre el hecho, camuflada, entre otras noticias sin trascendencia, como accidentes sin víctimas, o infractores del código de convivencia en estado de ebriedad, y anuncios inmensos de todo tipo para subsanar cualquier necesidad. No había más que agregar. No sé por qué pensé que, al menos, podría haber dejado una carta. Pero, ¿con qué fin?

Lo poco que se lee en estos días no parece importante.

La actriz parecía pedirme auxilio, empatía, comprensión... Pero no podía hacer tal cosa. Su rostro conmueve, pero no pude descifrar su dolor, su sufrimiento es un misterio. Está sola, al igual que el resto de los personajes del film. Como director de culto, Garrel deja una gran obra. Su cámara captó a la perfección el sufrimiento real que padecía Jean Seberg. Se suicidaría en 1979, dejando sólo una nota en francés para su hijo: “Perdoname. Ya no soporto mis nervios.”

La noticia me llegó en un mensaje de texto, por parte de terceros, ya sabés, el amigo de un amigo. Quise saber un poco más, así que agarré el teléfono. No hicieron más que confirmarme lo que acababa de leer. Quise saber un poco más. Pero no. No me parecía correcto ahondar. No había nada más que decir. Había ocurrido lo mismo en los diálogos...

Eso resulta en que la trama sea difícil de captar, pero esto no siempre es importante para el director. Garrel, en esta película, retrata rostros. Rostros solitarios, tristes, Garrel

parece más dispuesto a la recreación de un concepto que a una narrativa convencional: El rostro como espejo del alma. Cuenta, para esto, con la interpretación de Jean Seberg, una actriz estadounidense que fue perseguida por el FBI a raíz de su lucha por los derechos civiles. Les hautes solitudes guarda reminiscencias de Juana de Arco de Dreyer, pero al contrario del misticismo y la redención que rodean a Juana, Jean Seberg no trasciende, sus vivencias se repiten en el ojo de la cámara, sólo logra una que otra sonrisa ante el sufrimiento y la melancolía. Jean Seberg y la cámara de Garrel me hipnotizaron, la mirada de la el parabrisas quebrado al medio y las manchas de sangre, todo me habría parecido un sueño. Raiter estaba petrificado en medio del camino, las manos pegadas al volante. Me transpiran las manos, me dijo.
El cadáver del suicida había volado a un costado de la ruta, unos metros más allá del camión. No se movía. Raiter dio marcha atrás y siguió por la ruta, a una velocidad lenta. Ningún auto nos cruzó. La ruta estaba vacía.
–Hace uno días me topé con una película de Phillip Garrel, que a lo mejor te agrada. Él es un director de cine experimental, no es muy conocido, pero quizás vos ya lo conozcas... El film en cuestión se llama Les hautes solitudes. De 1974, ya desde el comienzo un cartel advierte que no se trata de una película convencional: carece de banda sonora…
Veníamos bien. Raiter probaba el motor recién hecho. El viaje venía bien, tranquilo, el vehículo sin problemas devoraba la ruta. El stereo sonaba bien, nos preguntábamos algo sobre el guitarrista que tocó en el disco One hot minute, de los Chili peppers. Dave Navarro siempre me había parecido una mierda. Los arreglos de la música parecían de Frusciante. A lo mejor, grabó algo antes de dejar la banda por la heroína. El camión al costado de la ruta, detenido, se definía más cada segundo. No le prestamos atención. Había un tipo al costado de la

puerta, mientras nos acercamos pude ver sus facciones tristes, arrugadas, decididas.
Hicimos un trompo sobre la ruta, afortunadamente no venía nadie detrás. El sonido de la carne sobre el capó y luego subiendo por el techo duró apenas unos segundos.

Una criatura del día después corta el silencio. Su caminar torcido, su manera balbuceante de definir su entorno, me provocaba náuseas. Es un ser repugnante de ojos pequeños y pómulos hinchados. Cada tanto es atacado por un brote psicótico y se refugia en las ruinas del zoológico. Le gusta meterse en la jaula de los monos y pelearse con ellos. Él nunca gana, por cierto. Siempre vuelve con una nueva cicatriz, sólo para dar lástima. Es una bestia repugnante. Si el sol arrecia, y el sol arrecia mucho últimamente, se puede sentir su hedor a orín fermentado y brebajes etílicos. Si el viento sopla, su hedor me sofoca y debo alejarme. Lo observo de lejos, cuando estoy aburrido, por curiosidad.
– ¿Cómo? ¿Nunca perdiste el tiempo matando insectos? Sé que vos fuiste amigo del barro.
Hay veces que el reloj repta con más cautela. Se queda quieto, parece. Nos acercamos, entonces, desprevenidos y, tras enroscarse en sí mismo, nos lanza sus colmillos. El veneno no tarda en colmar el flujo sanguíneo. Nos acercamos a la muerte. La picadura del reloj.
–Ahí está, luchando por su vida. Acabo de quemarle las patas con un encendedor. Lo hice de a poco, no para contemplar su sufrimiento sino para ver su reacción.
La flama quemó la punta de mis dedos. Tengo un ardor desagradable y podría gritar. Las patas van derritiéndose de a poco, me detendría si comenzara a gritar. Me da algo de pena, así que volteo al insecto.
Sacude sus patas ennegrecidas, como queriendo escapar. No puede moverse. Lo ayudo con un ligero soplo y sus patas continúan moviéndose aunque ya no es capaz

de generar fuerza alguna. Que hoy sea mañana. Obedece a su instinto, el instinto de la vida, que es persistir.
A través de la suciedad que lo cubre casi completamente, entre los millares de liendres y pulgas que anidan en su grasosa cabellera, pude ver surgir la antigua forma de la criatura. Y era tan parecida a la mía. Nos considerábamos amigos, sólo por ser compañeros de trabajo y no tener nada que hacer. Subestimamos el lenguaje. La extinción nos mostró la realidad.
Yo creía y me lamentaba de que la extinción jamás llegaría. Era poco más que fantasía. Sin embargo, una oscura fe me poseía a pesar de que la realidad me contaba otras cosas.
Decía, por ejemplo, que el reinado de un imperio suele oscilar entre los tres mil y cinco mil años, que la Era Espacial había sido sólo un sueño, que las nuevas tecnologías nos permitirían alienarnos y evitarnos infecciones venéreas. A lo sumo.
–No vas a zafarte de ésta, linda.
La niña había intentado huir, pero El Bestia volvió a amarrarla a la silla. Esta vez, la soga más tensa aún. La piel alrededor palidecía. Circulación dificultosa, y la piel se volvía morada lentamente.
Le dijeron que la tuviera siete días y le avisaban. La bajaron de una Kangoo amarilla. En el garaje.
Había llegado el viernes. Domingo a la tarde lo llamaron. Le dijeron que la despache.
No pensó en desobedecer. No veía la hora de que aquello termine.
El sábado a la tarde la soltó para ir al baño. Ella lo golpeó con un sartén. Intentó escapar.
El Bestia le muestra todos los dientes en una sonrisa.
La niña clava los ojos en su captor. Inmóvil y quieta mientras el hombre y su fuerza le van aflojando las ataduras fractales.
El Bestia la toma de la cintura, la pone en pie. Le llega

casi hasta la cintura.
La niña, la cabeza gacha, las manos del monstruo la sostienen por la sien.
La muela del juicio recibe su nombre debido a la creencia de que al crecer esta estructura ósea, un nervio puede sufrir alteraciones y producir la pérdida de la razón en un individuo.
–Ahora el fetichismo es una cosa muy común en nuestra sociedad. Todos lo practican abiertamente y hasta cada rama tiene su terminología específica, como si se tratase de una condición patológica seria. La invasión de los medios y el multiculturalismo los han explotado de buena manera que hasta suelen ser mencionados en alguna charla de esnobs.
« Pero antes había que ser guapo para tener fetichismos. Antes, cuando por sexo anal te disparaban en las bolas, y te ahorcaban si te veían encamado con alguien de tu mismo sexo, no era fácil. En la época de mi abuelo ya había muchos fetichistas, y de los más depravados, gente realmente perversa con una visión sexual meramente animal. Él conoció a un tal Farías que, allá en los campos y hace tiempo, tenía un jueguito sexual peligroso con la china. Farías contaba que cuando a él le venían las ganas, entraba en el rancho dando rebencazos y haciéndose el malo. Se paraba en seco frente a la china y la empezaba a acariciar con el rebenque, no a pegarle, con el rostro serio y enojado. La china daba unos gemidos y no tardaba en alcanzar el orgasmo allí, de pie. Lo cierto es que Farías hacía esto porque una vez la había encontrado masturbándose con el rebenque porque no la tocaba hacía una temporada. Y no quería que los muchachos de la pulpería supiesen que era marica.
« Así y todo Farías y su china envejecieron juntos en el mismo rancho y su truculenta historia permaneció en lo más secreto de las neuroruinas… Hasta el día de hoy. Sin embargo es una historia feliz en comparación con la

de un contemporáneo de Farías. Se llamaba Alejo y era un joven hijo de comerciantes que quería pasar a la historia como uno de los pilares de la revolución industrial. Lo primero que hizo al heredar fue fundar una metalúrgica. Trabajaban mucho con aluminio. El fetiche de Alejo se relacionaba con el metal. Sin embargo, habiéndose casado y siendo que no la ponía como quería, se cogió a la mucama con la cabeza en el horno, pero con el gas encendido.
No puedo dejar de admirar la belleza de los cuerpos femeninos.
Ya sé que todo se ha extinto, que es el final de la raza y que no resulta nada productivo. Quizás sería más lógico revolver por ahí buscando un botiquín. Era justo lo que andaba haciendo. Cosas que sólo respondían a mi lógica.
Y vi, por obra del caos, la sedosa piel de una joven, blanca como la nieve y sensuales ojos celestes. Sonreía eternamente en el cartel. Fue como ver el sol. Yo odiaba el sol, pero esta luz realmente trastornaba mi espíritu.
Karen estuvo ahí por unos cuantos años. No cambió el mundo.
–Parece feliz, creo que está enamorada.
A eso me refiero. Una vida desperdiciada. No cambió el mundo. No existe otro más que el propio.

LA TEORÍA DEL ABANDONO

I

«Alarma desfibrilador… a unos tropiezos del shock… la calma de los roedores apenas un preludio al luto salvaje… cuenta regresiva indefinida…

«Por supuesto él la golpeó – una borrachera elefantiásica pobreza psyché cristiana clamó por culpables – sin responsables su histeria testosterónica menguó insulto de trapo con olor a kerosén y con algo más que gritos la abofeteó.
«Por supuesto, Drea reaccionó – ya lo escribí antes para olvidarlo – un puntazo a rajatabla preciso en el vientre masculino. Ahora ya le dieron el alta. Unos cuantos puntos y alcoholismo deliberado apenas una minúscula secuela. Lo peor – no retornará a Drea.
«Ahora está bebiendo.
«Ahora su odio silencio.
«Jamás podría invitarle una copa – yo tampoco perdono – dejar que se confiese '*apretá la fuga, el torrentess común disco*' – fue todo lo que dijo – amarras del olvido.
«Balanza antropomórfica de imprecisiones semánticas – las tácticas rudimentaron un sedimento. Hongos bajo la piel '*d'este cuerpo inmóvil doscientos años*'.
«Nuevos muros para ella – para quebrarle el ceño fruncido. Voz histérica masculina. 'vo'que no lo vivistes' un puñetazo al aire a esta semántica lanzada en cara de paciencia duradera cual reloj invertido – la recriminación del golpe y directo al suelo – la arena se volvió vidrio. '*¡Dejá loen paz!*' el dueño del bar me cerró entonces las puertas. Lo mismo de nuevo. '*Es precisamente lo que ella no quería*' Ladró Raiter guardando – pude haberla salvado – pero fue terapia grupal apagarse cigarrillos en los brazos – parásitos anidaron en su piel tan pronto quedó inmóvil en las alturas aguardando el retorno… Contorno impreciso… Más que un hueco en estas palabras… Echando a correr de afasia – detonada – lenguaje de fantasmas – mañana tendrá nicotina en las cicatrices… divinatorias post–trauma.
«Por supuesto ella fue derivada a Arcadia. Un edificio de paredes blancas y un aviso con haches y pés. Ella rogaba por una exposición a los metales pesados aunque los

grilletes apenas la arrimaron a la luz del día llenándola de pasillos la anclaron en el valle Haloperidol – la noche de control en que las neuronas carcomidas fue autodestrucción – poco se olvidaba. Diagnóstico depresión – 'suele ocurrir de todos modos' – de visitas permitieron a la madre de los Dolores.
«Envía una postal regurgitada "no existe el destinatario" mienta la pasión obsesiva releía una hoja escrita donde el afecto se fue desdibujando. La llevé al fuego. No se quemaba.
«Ciento veinte soles yámbicos y una plegaria en forma gillette. Nada pudo hacerse sólo Dolores murmurando a las lombrices 'no te rindas' a la sombra de la madre consuelos imposibles un aumento de dosis para un ataque de histeria unas lágrimas risueñas que no podían explicarte ante tantas lunas. Un coágulo aracnoides provocado por la amalgama de ácaros purulentos mientras desgreñaban la mugre de sus alas y uñas – un río de pirañas – una montaña derrumbada – las agujas bajaron lentas acariciando una cabellera de agujas. Resonancia magnetizada esquirlas mustias de metal reformando la estructura craneal descalcificada. Ausencia también globulina blancos. Anemia.
«Crisparon su rostro con un disparo de voltios – quemaduras en la sien – sincronicidad – como de cigarrillos. Bifurcados los nervios la descendieron de Haloperidol con al menos un tic en la mejilla derecha prometiendo que iría desapareciendo.
«Y 'no te rindas' el murmullo de Dolores la siguió a medida que las puertas se cerraban. Arcadia agotados los recursos.
«Hicieron todo lo posible. Desglosaron el cerebro y sus múltiples canales sin hallar agente enfermo – las bacterias no podían soltarle la pneuma. Ese es todo el tratamiento, ojalá pudiésemos hacer algo mejor.
«Mitigar el dolor – Drea cantó – una segunda oportuni-

dad. Dolores revisó las páginas del manual arcaico herencia del Sacaojos escupiendo la Novena en conjuros arrítmicos que ya no surtían efecto. Hubo reflotar sus diamantes en el nombre de sangre – pústulas de sarcopte – pero sus dedos invocaron números para otra consulta.
«Bustamante – por supuesto que incluiría la historia de la pobre necesidad que agujerea la tierra con la furia del rayo. 'Sin problemas… déjeme hacerle un espacio… no, no hay por qué'. Ni la distancia previno el rastro de aquel que se sabía noche y estas lágrimas risueñas expelieron crueldad de hienas jugueteando con la carroña. 'Veré que puedo hacer por ella' Voz hipócrita – Bustamante perspiró a doscientos kilómetros de distancia con cautela para impedir la detección de las frecuencias satelitales muertas su aliento perverso ralentizó un anhelo de infiernos.
«Dolores predijo 'muchas gracias'… ¡Pero cómo se equivocaba!...» – Raiter, heredad de Tánatos.

II

El problema de los instintos infectados es que los actos humanos se vuelven más y más sinceros, hasta desembocar en la propia humillación.
Ocurre sobre todo cuando las raíces condicionadoras de momentos se vuelven más alegres ante una existencia humana conservadora.
Estimulan los pasos.
El instinto de Recuerdo, por ejemplo, se aferra a imágenes, digamos, del último verano determinando las obras de entonces así como los colegas presentes.
Se repiten las conductas, una sola mujer representa todas las ambiciones, y, a un lado, Ninfa.

III

Palomo en el clásico alcohol, remite así la fase homicida. Esto le brinda facilidad.
–Te juego que en esta situación me van a identificar por la mancha de aceite. Siempre, de niño, me persiguen las manchas de aceites, pero en otras épocas no contaminaba.
Estando así, no tardó en evocar a Dolores y su ausencia bajo líquidos combustibles.
Por largas horas no había podido creer lo que había hecho, pero no sintió culpas ni ofensas.
Se quejaba, y además, creyó que sufría las palabras por los muchos sedantes recetados.
Luego, de repente…
–Bajesén ya del auto en que está – Tardó mucho en darse cuenta que Raiter iba, camuflado, en el asiento trasero del Chrysler.
La pareja obedeció. Ella, más educada, sin oponer resistencia.
El juego reproducía la desaparición del asesino en su vehículo. Abrió las puertas y expulsó a la mujer con una patada.
Lo más interesante fue la parte del combustible, cuando sin cuestionarse se vio a sí mismo haciendo aquello que no podía borrar. Sin saber por qué había quedado sólo e imaginando hipótesis sobre lo acontecido en su vehículo.
–¿Qué siguen? Pongalé donde a este va, sino quiere volverse elaboración de primer nivel, pan loco, amante de Iván Petrovich. –Palomo volvió a un lugar importante en imágenes transmitidas tras los sedantes.
Estas palabras le recordaron la idea de ser niño, y, en silencio, obedeció.
Ante el silencio, sabía que el acontecimiento sería una mancha de aceite en medio del camino, y asume que el fin del juego incluiría el daño del Chrysler.
Papel activo. Se oyó haciéndose dueño de un sonido, de

él, aún como el mejor, que hace que se venga un ventilador con él al encenderse, en bajón (esto es, una distorsión cognoscitiva, que sólo al final del desarrollo de la medicación el sistema propondrá como no medicada).

IV

Las necesidades de aquel día en particular incluían la ingestión de varios deseos y cervezas en pasiones individuales. El peculiar balneario, la transa con instintos, llegan a ella hasta toda la tarde.
Más profundas fueron las capas de transa de nuestro ser.
Linda de "sin embargo", actúa hasta que alcanza la cúspide en la vida y reencarnación.
Se lamía; habla entonces aparentemente, estaba cómoda conmigo.

(Néstor Bustamante)

Sublimación y ojo.
Digo aparentemente porque así fue la humanización de sus instintos.
Estábamos cuerdos.
Mis instintos estaban infectados.
Hermoso velo y una infección de alcohol es, como más se sabe, precisamente, un factor que arrastra a S.
La raíz del condicionamiento y cerveza determinan hereditariamente un velo especial de las posibilidades estéticas del destino, ya sea que se juegue con una persona o en la sociabilidad del grupo humano.
–La aceptación de los infectados debería corresponder a nuestra cultura como uno de los siguientes criterios. Primero: una onda de droga…
(…)
–Pero algo bueno tienen los infectados… –Continuó.
–Lo malo es la destrucción de la historia, permanecer biológicamente alejado del asunto a lo largo de los siglos

para solamente experimentar la esencia.
Tal felicidad correspondería a los infectados que intenten borrar la historia en los ratos de mi transmisión hereditaria.
(…)

VECTOR 6

Al comenzar la liberación, comencé a desarrollar breves períodos de alegría, y mis pies la pasaban descalzos.
Encanto con la belleza mediante.
Pero claro, el hecho no se distingue de lo que fue y la estupidez reaparece en toda su naturaleza de culpa.
Tarde para darse cuenta, no humana, y, creo que, si nunca fue nínfica, al menos fue demoníaca.
Su proposición de llevarme hasta La Distancia, me pateó.
No obstante, todo esto ya había sido previsto. Como hasta tu mente lo sabrá, no hay nada nuevo, sólo ciertos asuntos por descubrir…

Este y todo el catálogo de Michaux podes encontrarlo en la FLIA: FERIA DEL LIBRO INDEPENDIENTE.

Catálogo Michaux Editorial

Records De La Polla – Michaux Editorial
Por Los Hijos Lo Que Sea – Evaristo Páramos
Commando – Johnny Ramone
Eskorbuto: Historia Triste – Diego Cerdán
Spirit of 69 – George Marshall
Antología Poética – Jim Morrison
Biafra For President! – Jello Biafra
Guitarra Negra – Luis Alberto Spinetta
El Último De Los Hippies – Penny Rimbaud
Obsesión De Vivir – José Sbarra
Aleana – José Sbarra
Manifiesto Punk – Greg Graffin
Miedo Y Asco En Las Vegas – Hunter Thompson
La Banda De Los Chacales – Enrique Symns
Cuando Me Muera Quiero Que Me Toquen Cumbia – Cristian Alarcón
Rimbaud, El Hijo – Pierre Michon
Antología Poética- Henri Michaux
El Sonido Primordial – Luis Alberto Spinetta
Antología José Sbarra – Michaux Editorial
Diarios Y Cartas – Kurt Cobain
Poesía Anónima Africana – Michaux Editorial
Breviario De Los Vencidos-Emil Cioran
Poesías- Miguel Abuelo
Otro Mundo – Alverto De Mari
Arin – Alverto De Mari
El Libro De Los Terremotos – Alverto De Mari
Oleaje – Nicolás Prieto
El Árbol Inminente – Nahuel Martinez
Sensuales Cadáveres Del Apocalipsis – Ezekiel Malamorte
La Versatilidad De Los Días – Candelaria Draghi
Deviniendo Imperceptible – Nadia Neyret Balart
Las Neuroruinas- Martín

Impreso y encuadernado artesanalmente
en el taller
La Noche Incierta
No se donde es ni cuando fue.
Mucho menos se quien lo hizo.